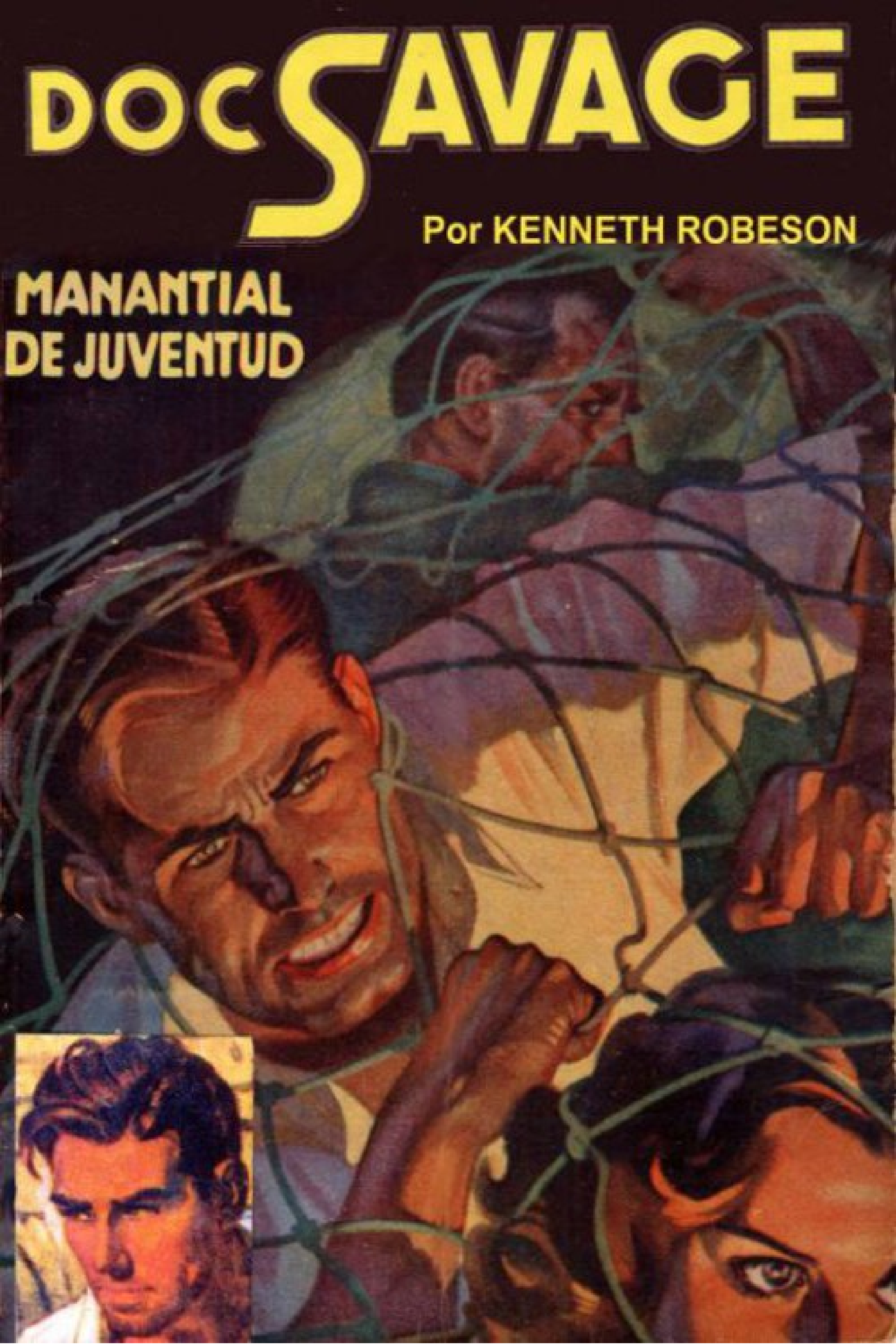

DOC SAVAGE
Por KENNETH ROBESON
MANANTIAL
DE JUVENTUD

Manantial de juventud

Kenneth Robeson
Doc Savage/20

CAPÍTULO I

EL “TRUCO” DE LA CARTERA

DOS hombres iban juntos por cierta concurrida calle de Nueva York. De pronto uno de ellos volvióse y, señalando en dirección al bronceado hombretón que acababa de pasar, dijo:

—¡No me cambiaría yo por ese tipo ni por un millón de dólares!

Su compañero miró también al hombre de bronce.

—Lo creo-asintió —. Yo no duraría un día en su pelleja si la mitad de lo que se dice de él es cierto.

Si el hombre de bronce se dio cuenta de la atención que estaba despertando, no dio la menor muestra de ello. Mucha gente volvía la cabeza para mirarle; pero el hombre de bronce seguía adelante, con su paso largo y ágil.

—No se le ve con frecuencia en público —susurró alguien.

—¡Es natural! —respondió otro—. Los periódicos dicen que sus enemigos han intentado matarle numerosas veces.

La cabeza de los más altos transeúntes, no llegaba al hombro del hombre de bronce. Era un gigante. Sin embargo, sólo era la forma en que sobresalía por encima de la muchedumbre lo que hacía que pareciera tan enorme como lo era en realidad, tan simétricamente perfecto era su desarrollado cuerpo.

—Dicen que es capaz de coger un ladrillo con una mano y estrujarlo hasta convertirlo en polvo-aseguró un hombre.

Tendones como maromas adornaban el cuello del hombre de bronce y, en el dorso de sus manos, los salientes músculos eran duros como el hueso. La ondulación de los mismos participaba de la suavidad de un liquido.

Las personas que veían los ojos del hombre metálico, se apresuraban a quitarse de su paso. No era que sus ojos fueran

amenazadores, sino que tenían algo que imponía.

¡Extraños ojos! Expresaban poder y delataban la habilidad de hacer cosas singulares.

Dos guardias que había en la esquina saludaron al gigante con entusiasmo.

—¡Buenos días, Doc Savage! —exclamaron, a coro. El hombre, que parecía hecho de metal, correspondió al saludo con una inclinación de cabeza y siguió su camino. Sus facciones eran regulares y hermosas.

Más de una mecanógrafa bonita se sintió, inexplicablemente, impulsada a intentar un leve flirteo al ver al hombre de bronce. Pero el asombroso gigante hacía como si no se fijara en semejantes incidentes.

Llegó a un punto en que la acera estaba casi desierta. Se detuvo.

A sus pies yacía un pequeño objeto de cuero. Se agachó y lo recogió.

El objeto era una cartera de buena calidad y su grueso parecía indicar que estaba repleta. EL hombre de bronce la abrió.

Se oyó un sonido semejante al que hubiera hecho una botella al descorcharse. A continuación, el gigante dejó caer la cartera, que resbaló por la acera más de un metro antes de parar.

Sus manos flojearon, su hermosa cabeza cayó hacia adelante y empezó a hacer eses, como si estuviera borracho. De pronto, como si hubiera sido cortado el nervio maestro que dominaba todos los músculos de su cuerpo, se desmoronó en la calle.

Fueron numerosas las personas que vieron caer al gigante de bronce; pero una de ellas se hallaba más cerca que las otras.

Era ésta un hombre corpulento, de nariz extremadamente larga, una boca pequeña y redonda que parecía un pinchazo y piel congestionada, como si experimentara enorme calor. Una de las características del hombre que más llamaba la atención, era que siempre parecía estar sudando un poco.

Llevaba un maletín negro, corriente.

Corrió hacia la yacente figura de Doc Savage, agachándose por el camino a recoger la cartera que éste había estado examinando un momento antes de caer. Se la metió en el bolsillo.

Una vez junto al hombre de bronce, se dejó caer de rodillas. Al depositar su maletín de cuero negro sobre la acera, éste se abrió y

los curiosos que se habían acercado vieron que contenía el instrumental de un médico.

—¡Este hombre ha sufrido un colapso cardíaco! —dijo el desconocido en alta voz, después de un breve examen.

Un taxi se acercó al bordillo y el chófer alargó el cuello. El hombre sudoroso se irguió y le llamó.

—¡Eche una mano! —gritó—. ¡Tenemos que llevar a este hombre al hospital para salvarle la vida!

El conductor del taxi saltó a tierra y acudió a ayudar al otro. Era bastante fuerte; pero los dos tuvieron que hacer grandes esfuerzos, tan pesado era el gigantesco cuerpo que trasladaron al coche.

Se acercó un guardia, jadeando:

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Colapso cardíaco-le respondieron —. Este debe de haber hecho trabajar con exceso su corazón y ha cedido.

Lograron meter a Doc Savage en el coche. El hombre narigudo, sudando un poco más que antes, volvió a recoger su instrumental y subió al taxi.

—Yo les acompañaré-dijo el guardia.

—¿Es necesario? —inquirió el que sudaba.

—Este hombre es nada menos que Doc Savage-declaró el policía —. Lo mejor es poco para él y yo voy a encargarme de que no le falte.

El guardia subió al taxi.

El chófer lo puso en movimiento. Sonó la bocina, los peatones se apartaron y el coche tiró calle abajo.

—¡Corra como el mismísimo demonio! —gritó el guardia.

Chirriaron los neumáticos al doblar una esquina. No se veía mucha gente por las aceras.

El hombre sudoroso se metió una mano en el bolsillo, sacó una pesada pistola y la alzó. El policía estaba ocupado en examinar a Doc Savage y no vió cernirse sobre él la culata del arma.

Se oyó un ruido semejante al que emite un balón al recibir un fuerte puntapié. El guardia exhaló un quejido, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Se abrió la portezuela del coche y el policía fue echado fuera de un empujón. Él impulso le hizo rodar por el arroyo hasta chocar con un automóvil parado, donde se inmovilizó, sin haber sufrido ningún

daño de consideración.

El chofer del taxi volvió la cabeza. Tenla el rostro cubierto de pecas, el labio inferior caído y los dedos manchados de nicotina.

—Cuando subió ese policía, creí que se nos había estropeado la combinación, Leaking-rió.

—¡Tú encárgate de conducir! —le gruñó Leaking.

Y se enjugó el sudor.

A continuación sacó la cartera que había estado tirada en el suelo. Cuando la abrió, se vio un frasquito aplastado, de metal, cuyo corcho salía al desplegarse la cartera.

—¡Muy ingenioso! —rió el siniestro narigudo—. No sintió la menor desconfianza y, cuando la abrió, el gas que contenía el frasquito de metal le avasalló antes de que pudiera darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo.

Entregó la cartera al chófer.

—Esconde esto en alguna parte.

—Seguro.

El conductor había estado contemplando el espejo que tenía delante, para asegurarse de que no eran perseguidos.

El coche tiró hacia el oeste por calles más bajas.

Colgaba una especie de bata del portaequipajes de atrás. Leaking la echó sobre el exánime cuerpo de Doc Savage para evitar que un curioso pudiera verle.

—¿Estás seguro de que su señoría está vivo? —inquirió el chófer.

—No me importa gran cosa su estado-respondió Leaking —, ¡pero aun respira!

—Hallet le quería vivo, ¿no?

—Seguro.

—¿Tienes idea de lo que trama ese picapleitos?

—No; cierra el pico y conduce.

—¿A quién se le ocurrió el "truco" de la cartera?

—A mí. Y... ¿querrás callarte y cuidarte del volante?

Las calles se fueron haciendo más miserables aún y el coche corrió más deprisa. Se dirigían ya al barrio financiero de la ciudad, pasando por calles que estaban casi desiertas. El coche amainó la marcha y se metió por una calle más animada después de un rato.

—Hemos llegado-dijo Leaking, de pronto.

Se hallaban ante un rascacielos de ladrillo blanco, moderno, impresionante, uno de la veintena igual que se alzaba alrededor de Wall Street como otras tantas espinas. Entre el edificio en cuestión y el que se hallaba contiguo con él, había una estrecha callejuela destinada a la entrada de mercancías.

EL coche se metió por ella, y se detuvo.

El conductor se apeó y entró en el rascacielos. Con toda seguridad entablaría conversación con el encargado del montacargas para distraerle, porque éste no compareció a estorbar a Leaking cuando descargó a Doc del taxi y, no sin gran trabajo, le trasladó al montacargas.

En el piso vigésimo Leaking sacó su carga y empleó un armario grande del conserje para almacenarla temporalmente. Luego bajó con el montacargas, sin que nadie se hubiera enterado de que lo había empleado.

Subió a continuación en el ascensor, hasta el piso vigésimo, se enjugó el sudor, aguardó en el pasillo hasta que nadie hubo a la vista y sacó a Doc Savage del armario.

Sobre una puerta de vidrio opaco se leía el siguiente letrero:

N. BECKELL HALLET PROCURADOR

Leaking abrió la puerta de un empujón y entró con su carga. Dejó el cuerpo de Doc en su sillón giratorio y éste soltó un chirrido.

A1 otro lado del despacho se abrió, de golpe, la puerta de un cuarto interior.

—¡Ya lo sabia yo! —gimió el hombre que asomó la cabeza por ella—. ¡Ya lo sabia yo!

Leaking frunció el entrecejo y preguntó con sequedad:

—¿Qué era lo que sabías, Hallet?

—Sabia que Doc Savage te haría daño a ti o a uno de tus hombres-gimió el otro.

Leaking se echó a reír al comprender que, desde donde se hallaba Hallet, no le era posible ver las facciones de Doc y le había tomado por otro.

—¡Qué rayos! —exclamó Leaking—. ¡Si éste es Doc Savage!

—¿Cómo?

Hallet tragó saliva, con incredulidad. Luego se acercó cautelosamente, a contemplar al gigante de bronce.

Hallet era un hombre grueso con modales de pájaro. Era

redondo, rollizo… pero se movía con afectación. Llevaba un traje color gorrión, cosa que aumentaba su aspecto de pájaro, lo mismo que su nariz que, más que tal, dijérase pico.

—¡Es Doc Savage! —exclamó, retorciéndose las rollizas manos.

—¿No querías que te lo trajera?

—Sí; pero… —Hallet se dejó caer en una silla, sacando un enorme pañuelo de seda del bolsillo del pecho y enjugándose el cuello con él—. ¿Cómo te las arreglaste?

—Con una cartera que le disparó gas en la cara cuando la abrió-rió Leaking.

—Nunca creí que pudieras cogerle tan fácilmente. Dicen que este hombre de bronce es increíblemente listo. Los malhechores del mundo entero le temen.

—¿Hace cara de ser algo que infunda terror ahora? —preguntó Leaking, burlón.

—Su nombre es sinónimo de miedo en los cuatro punto cardinales-prosiguió Hallet —. Dedica su vida a sacar de apuros a sus semejantes. Dicen que ha llevado a cabo cosas fabulosas, cosas que oscilan entre contener la revolución de un país europeo y..

—¡Y un jamón! —le interrumpió el otro, riendo—. Se exagera mucho. Aquí le tienes. ¿Qué hacemos ahora?

—Atarle-se apresuró a contestar Hallet.

Se fue al otro despacho y regresó con una cuerda delgada y fuerte.

Los dos hombres asieron a Doc Savage con la aparente intención de depositarle en el suelo, donde podrían atarle con mayor facilidad. Pero lo que ocurrió no era lo que ellos se esperaban.

Hubo un movimiento de relámpago y se oyeron como dos palmadas.

Leaking y Hallet intentaron gritar. No pudieron emitir sonido alguno porque una enorme y musculosa mano había asido a cada uno de ellos por la garganta.

CAPÍTULO II

MUERTE DESDE EL VIGÉSIMO PISO

DURANTE unos cuantos segundos, hubo una exhibición de abyecta impotencia y otra de fuerza incalculable. Los dos hombres agitaron, al principio, los brazos; pero la terrible angustia que les producían las manos del hombre de bronce pareció recorrer todo su cuerpo como un veneno y se quedaron exangües.

La carne de sus víctimas casi se le salía a Doc Savage por alrededor de los dedos metálicos y por entre ellos, tan terrible era la presión. El rostro de los dos hombres se tornó morado, se les desorbitaron los ojos y sacaron la lengua.

Doc se puso en pie, y los dos colgaron de sus manos como dos trapos. Se estremecían levemente: he ahí todo.

El hombre de bronce los soltó y, aunque ninguno de los dos había perdido, por completo el conocimiento, estaban demasiado débiles para hacer otra cosa que emitir alguno que otro sonido ronco.

A1 ser registrados sus bolsillos, aparecieron pequeñas cantidades de dinero y carteras que contenían tarjetas de visita. El nombre completo de Leaking parecía ser Manuel César Drear.

Hallet llevaba una pistola de reglamento y Leaking una un poco más pequeña, que era la que había empleado para descargar el culatazo sobre el guardia.

En el despacho exterior había un diván tapizado en cuero. Doc depositó en él a sus dos prisioneros, les ató fuertemente, de pies y manos con el mismo cordón que iban a emplear en él y les miró con fijeza.

—Quiero saber lo que significa esto-dijo —. Lo voy a sentir mucho por ustedes a menos que den rienda suelta a la lengua.

Los cautivos le dirigieron torvas miradas, se miraron mutuamente, y no contestaron.

—¡Hablen! —ordenó Doc, incisivamente.

La pareja se agitó inquieta; pero siguió guardando silencio. Esto no dejaba de ser una proeza en sí, porque los singulares ojos del hombre de bronce tenían expresión de ferocidad.

Doc se irguió bruscamente, dio una vuelta al despacho y entró en el cuarto interior. Este estaba amueblado con una mesa, sillas, un depósito de agua helada, un armario ropero, de acero, color hierba y estantes llenos de obras forenses. Sobre un grueso volumen había un teléfono.

Descolgándolo, Doc pidió un número. Hablaba en voz baja y el ruido del transito, procedente de la calle, sirvió para impedir que sus palabras llegaran a oídos de los dos hombres.

—¿Monk? —inquirió, cuando recibió contestación.

—Seguro-contestó una voz que parecía de ratón.

Doc Savage habló precipitadamente; pero no en inglés. El idioma que empleó no dejaba de ser musical. Estaba compuesto de guturales liquidas y chasquidos agudos; pero es dudoso que existiera en el llamado mundo civilizado una docena de personas que lo comprendieran.

Sin embargo, era el idioma de una raza que antaño figuró entre las más poderosas y cultas: El de los mayas de Centroamérica.

Una vez acabada la conversación, Doc colgó el auricular y volvió al lado de sus prisioneros. Habían estado haciendo varios esfuerzos por escaparse; pero desistieron al verle.

—Esta tarde les he visto a ustedes por primera vez en mi vida-dijo en voz ominosamente serena —. Sin embargo, se han tomado la molestia de secuestrarme en plena calle.

Halle tembló: Leaking sudó; pero ninguno de los dos dijo una palabra.

—¿Por qué se apoderaron de mí? —inquirió Doc, en cuya voz vibraba un sombrío poder—. ¿Qué tenían intención de hacer conmigo?

Esta vez habló Leaking.

—¿Cómo ha podido rehacerse tan aprisa de los efectos del gas? —preguntó.

—En primer lugar, el gas no surtió en mi efecto alguno-declaró

Doc.

—¿Co... cómo?

—No supo usted tener en cuenta las facultades humanas de observación. Cuando dejó caer esa cartera, le vi hacerlo.

—¿La recogió usted sabiendo que se trataba de una estratagema?

—Si usted se hubiera fijado, hubiera visto que lo hice con sumo cuidado. Podía esperarse, lógicamente, una de dos cosas: una aguja envenenada, o gas. Para prevenirme contra una posible aguja, no abrí la cartera de la forma en que una persona que se la encontrara la abriría normalmente. Y, para protegerme contra el gas, me limité a contener el aliento hasta que la brisa lo disipó.

—Pero... ¿por qué...

—¿Que por qué fingí ser víctima del gas? Pues, simplemente, por averiguar qué andaban tramando ustedes. ¿Tiene alguna otra pregunta que hacerme?

Leaking se limitó a dirigirle una mirada asesina.

—En tal caso, quizá tendrá usted la amabilidad de satisfacer mi curiosidad-insinuó Doc —. ¿Por qué se apoderó de mí?

Leaking se quitó el sudor del labio con un bufido y contestó:

—¡Váyase usted al demonio!

A estas palabras siguió un momento de violenta acción. Doc Savage asió el hombre y lo alzó.

Leaking hizo una mueca de dolor y abrió la boca de par en par para gritar.

Doc, le metió un pañuelo en ella y el hombre sólo pudo soltar un gemido por la nariz.

A continuación, amordazó al rollizo Hallet.

Transportó a Leaking al despacho interior y cerró la puerta.

Hallet, tumbado en el diván, fijó la mirada en ella. Intentó moverse. Tenía las cuerdas atadas tan fuertemente, que, en algunas partes, se le clavaban en la carne y la mordaza le mantenía la boca abierta de par en par.

De pronto se le abrieron desmesuradamente los ojos. En el interior del cuarto contiguo se oían golpes terribles, bofetadas y gruñidos. Era como si estuvieran dándole a alguien una soberbia paliza.

—Conque no quiere hablar, ¿eh? —se oyó decir a Doc.

Siguió el sonido de nuevos golpes, junto con el ruido que podría hacer un hombre amordazado que sintiera un dolor insoportable.

Hallet intentó gritar; pero la mordaza no dejó que saliera más que un lloriqueo y desistió, jadeando por la nariz, con el rostro pálido como un sudario. Su aspecto delataba un pánico mortal.

Verdad era que los sonidos que emanaban del cuarto contiguo hubiesen inspirado horror a cualquiera. Vez tras vez, la voz de Doc Savage hacía preguntas a las que Leaking sólo contestaba con lloriqueos por la nariz o, de serle quitada la mordaza, con maldiciones.

El sonido de los golpes se reanudaba, siendo cada vez más violento que la anterior. Y, finalmente, llegó la culminación.

—Bien; puesto que se niega a hablar… ¡a la calle por la ventana! —bramó Doc.

Se oyó el ruido de la ventana al abrirse.

El rostro de Hallet palideció aun más si cabe, porque se imaginaba la caída desde el piso vigésimo y recordaba lo dura que era la acera de la calle. Más de una vez había mirado él por la ventana, tratando de imaginarse lo que le ocurriría al que cayese de semejante altura.

Intentó gritar a través de la mordaza. Había oído un sonido semejante al que produciría un cuerpo al ser resbalado sobre el alféizar de la ventana. A continuación se oyó un grito terrible, que fue perdiéndose en la distancia.

La puerta del cuarto se abrió violentamente. Doc Savage entró por ella, con los ojos convertidos en hirvientes y áureas lagunas.

Le sobresalían los músculos en el cuello como cañones de escopeta.

Hallet intentó gritar de nuevo. Jamás había visto persona alguna que tuviese un aspecto tan terrible como el de aquel gigante.

Doc le levantó sin dificultad y le condujo al otro despacho. La ventana estaba abierta y Doc le obligó a Hallet a sacar fuera casi medio cuerpo.

—¡Mire abajo! —le ordenó.

Hallet miró y se estremeció como si se hubiese agarrado a un cable de alta tensión.

La muchedumbre, desde aquella altura, parecía un grupo de moscas reunido en torno a una mancha oscura, mientras otras

moscas cruzaban, corriendo, la calle o se apeaban de los automóviles que se detenían. Una mosca vestida de azul corrió hacia el lugar, haciendo sonar un silbato de policía.

Doc volvió a meter a Hallet en el cuarto. Su voz tenía un dejo sombrío.

—Subirán aquí, a investigar, dentro de un par de minutos-dijo: —Dispone usted de ese tiempo para hablar.

—¡No sé una palabra! —tartamudeó Hallet, cuando le quitaron la mordaza.

Doc le cogió en brazos y corrió, con él, hacia la abierta ventana. El hombre empezó a exhalar gritos de espanto, convencido de que le esperaba la muerte.

—¡Se lo contaré todo! —gritó.

Doc le transportó, serenamente, al despacho exterior de nuevo y le tiró sobre el diván de cuero.

—¿Por qué intentaron... usted y su... desgraciado amigo Leaking, apoderarse de mí? —preguntó.

Hallet se humedeció los labios.

—Nos contrataron para que lo hiciéramos. Se nos ofrecieron diez mil dólares por cogerle a usted y tenerle escondido donde nadie pudiera encontrarle durante dos semanas.

—Conque alguien quiere retirarme de la circulación durante dos semanas, ¿eh?

Doc no se mostró muy sorprendido ante la noticia.

—¿Quién les contrató? —preguntó.

—No lo sé-murmuró Hallet.

Doc le cogió, diciendo: —¡La ventana sigue abierta!

—¡El Manantial de Juventud, me contrató! —aulló Hallet, asustado.

—¿Quién?

—Se hizo la cosa con algunos rodeos-masculló Hallet, a borbotones —. Me propusieron, por teléfono, que le secuestrara. La persona que me llamó dijo que no había necesidad de que nos viéramos nunca el uno al otro y que, incluso, sería mejor que no nos viéramos. El único nombre que me dieron fue: Manantial de Juventud.

—¿Un hombre o una mujer?

Hallet se retorció.

—No estoy seguro.

—¡No se olvide de la ventana! Debiera usted saber si habló con un hombre o una mujer por teléfono.

—Era una voz chillona, nada natural. No me fue posible identificarla. Le aseguro que no.

—¿Por qué quería el Manantial de Juventud, que se me secuestrara?

—No tengo la menor idea. Hice yo esa misma pregunta, naturalmente; pero se me contestó que no había la menor necesidad de que yo lo supiera.

Los extraños ojos de Doc posaron la mirada en el asustado procurador unos instantes.

—Puesto que no tiene usted información alguna de importancia que darme, parece ser que no tendré más remedio que tirarle por esa ventana. ¿Tiene despacho el Manantial de Juventud?

—Sí; está en el cuarto N° 1402, del Queen Tower Building.

—¿Y el teléfono?

—Está instalado en el despacho de Queen Tower. Lo hice investigar.

—Conque intentó usted averiguar algo por su cuenta acerca del misterioso Manantial de Juventud, ¿eh?

Hallet había recobrado parte de su aplomo y casi gorjeó al hablar.

—¿No cree usted que hice muy bien en intentar averiguar algo? —inquirió.

Doc no respondió, sino que reflexionó. Aun cuando su rostro carecía de expresión, su actitud parecía dar a entender que estaba seguro de que Hallet no tenía más información que dar.

Pasó al despacho contiguo. A Hallet le era posible verle por la abierta puerta. Doc se dirigió al armario ropero de metal y lo abrió.

Al ver lo que de él salía rodando, se le congestionó el rostro al procurador.

Leaking había estado metido en el armario, atado de pies y manos y amordazado. Cayó fuera al abrir Doc la puerta y su ropa hizo un ruido esponjoso, de tanto como había sudado. Estaba ileso.

—Creí... creí... —Se le atragantaron a Hallet las palabras y no pudo acabar la frase.

—La fuerza de la sugestión-le contestó, secamente, Doc —. Unos

ruidos, unas cuantas palabras y se imaginó usted que había salido por la ventana.

—Pero el cuerpo que yacía en la calle..

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de mis cinco ayudantes?

—Siiii-murmuró Hallet; —pero... ¿qué?

—Uno de ellos, llamado Monk, desempeñó el papel ese. Los neoyorquinos son gente curiosa y todos corrieron a ver qué estaría haciendo un hombre tumbado en la acera. Ello hizo que la estratagema adquiriera visos de realidad. Avisé a Monk por teléfono, ¿comprende?

—¡Ah! —exclamó Hallet—. Ahora recuerdo que me pareció oírle hablar a usted por teléfono.

Leaking, cuando le quitaron la mordaza, profirió toda una serie de maldiciones en voz que destilaba rabia. Cuando se le propuso que dijera lo que sabia, se limitó a soltar un rugido.

Era de distinto calibre que el otro. Su mandíbula cuadrada y la expresión nada amistosa de sus ojos, demostraban determinación e insinuaban que, para sonsacarle a él, haría falta algo más que el sistema empleado con Hallet.

—Mi ayudante Monk, que desempeñó el papel de cadáver, no tardará en subir-afirmó Doc —. Le acompañará otro de mis ayudantes llamado Ham. A propósito, Ham es abogado de bastante fama y quizá quiera dar los pasos necesarios para hacer que le sea retirado a usted el título, Hallet, y que le borren de los libros profesionales.

Hallet frunció el entrecejo; Leaking siguió soltando blasfemias en voz monótona, ronca y gutural.

Se oyó cerrarse de golpe la puerta del ascensor en el pasillo. Luego unos pasos avanzaron por el corredor, acercándose a la puerta de la oficina.

—Serán mis dos ayudantes-dijo Doc.

Se aproximó y abrió la puerta.

Entró un hombre con una pistola en la mano.

—¿Verdad que estoy de suerte, Savage? —exclamó—. ¡Alce esas manos bien alto!

CAPÍTULO III

EL SEÑOR SANTINI

EL que acababa de entrar era el chófer, cubierto de pecas, que había ayudado a Leaking a efectuar el secuestro. La pistola que sujetaba con sus dedos manchados de tabaco, era bastante grande.

Detrás del chófer entraron media docena de hombres más. Tenían el aspecto de matones modernos. Todos llevaban armas.

—Fui a deshacerme del coche y volvía aquí con los muchachos-gruñó el chófer —. Vimos algo raro abajo... un tipo echado en la acera... Eso nos hizo subir aquí con la pistola en la mano.

—¡Vigilad a Savage! —rugió Hallet, desde el suelo.

—Le estamos apuntando ya-contestó el chófer. Luego gritó: —¡Atrás! ¡Atrás!

Doc Savage estaba avanzando sin hacer caso de las pistolas que le apuntaban. El chófer adelantó la mano, amenazador. Apuntaba, directamente, al pecho de Doc.

—¡Le agujerearé la pelleja! —exclamó. Tumbado en el diván, Leaking comprendió las intenciones de Doc y quiso prevenirles.

—¡Con toda seguridad, llevará un chaleco a prueba de bala! —aulló—. ¡Apuntadle a la cabeza!

¡Demasiado tarde! Doc dio un salto. Llevaba los brazos alzados, fuera de la línea de fuego, y se torció al avanzar.

La pistola se disparó y el proyectil rasgó la chaqueta del hombre de bronce por debajo de la axila izquierda y fue a incrustarse en el diván. Doc, al torcerse, había conseguido que la bala sólo rozara su chaleco a prueba de bala.

El chófer masculló una maldición, intentó disparar nuevamente. Se oyó un impacto, seco. Ninguno de los circunstantes estaba muy seguro de haber visto a Doc descargar el golpe.

Pero la nariz del chófer se convirtió, de pronto, en una pulpa aplastada, sangrienta y el hombre hacia violentos esfuerzos por no tragarse los dientes que le habían saltado. Cayó a gatas, preocupado ya, tan sólo por el dolor que experimentaba.

Los demás hombres aun no habían entrado en el despacho. Doc cerró la puerta de golpe. Tenía una cerradura de las que se cierran de un portazo y aguantaría un rato. Metiéndose, a continuación, en el despacho interior, cerró la puerta tras sí y echó la llave.

Sonó un disparo en el corredor. Él proyectil astilló la puerta y luego arrancó varias hojas del libro de leyes que había sobre la mesa del despacho exterior.

—¡Imbéciles! —aulló Leaking—. ¡Nos daréis a nosotros! ¡Echad la puerta abajo!

Alguien rompió el vidrio de la puerta de un puntapié, metió la mano y abrió.

Los seis hombres entraron cautelosamente, apuntando de uno a otro lado con sus pistolas.

—¡El despacho interior! —exclamó Hallet—. ¡Cogedle! Y... ¡soltadnos!

Hallet y Leaking fueron liberados. Hubo que ayudarles a ponerse en pie, tan fuertemente habían estado atados.

La puerta interior no se estremeció bajo los puntapiés que contra ella descargaron. Enfurecidos, le gritaron a Doc que abriera y no recibieron respuesta. Entonces se les ocurrió la luminosa idea de coger la mesa y tirarla contra la puerta lo que bastó para derribarla por completo.

Volvieron a avanzar todos con cautela. Miraron a su alrededor, aturdidos.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Hallet.

Leaking, recordando lo que había ocurrido, se adelantó y abrió el armario de acero; pero estaba vacío. Se puso a blasfemar y a limpiarse el sudor de la frente con la manga.

—¿Había alguna cuerda aquí que pudiera usarse para descolgarse hasta la calle? —preguntó.

—La única que había era la que usó para atarnos.

Leaking corrió a la ventana y examinó las paredes. Eran muy lisas. Se había empleado la cantidad mínima de argamasa entre los ladrillos y, por añadidura, ésta llegaba a ras de los mismos, sin

formar ranura alguna.

—Buena mosca tendría que ser la que pudiera pegarse a esa pared-dijo.

—Siempre oí decir que Doc Savage no era del todo humano-aseguró uno de los hombres.

—¡Cállate! —ordenó Leaking—. Echemos una mirada alrededor. Ese hombre tiene que haberse metido en alguna parte.

Sonó el teléfono.

Los hombres se sobresaltaron como si hubiera ocurrido algo completamente inesperado; luego parecieron avergonzarse y Hallet, con su paso de pájaro fue a atender.

La conversación duró bastante, sin que Hallet dijera más que "Sí" a intervalos. Pero, por fin, pronunció una frase completa.

—Cogimos a Doc Savage; pero se nos escapó-dijo.

Parecieron oírse explosiones dentro del teléfono, tras lo cual Hallet explicó, apresuradamente, lo ocurrido y, a juzgar por la forma con que se le congestionó el cuello, no debían de estarle diciendo nada agradable.

Colgó el auricular y se puso a ajustar una de las mangas de su chaqueta, mirando, al propio tiempo, a sus compañeros.

—Era el Manantial de Juventud-dijo —. Pero no la voz que acostumbra telefonearme. Esta vez no me cabe la menor duda de que se trataba de un hombre.

—¿Dio su nombre ese pájaro? —preguntó Leaking.

—Sí; dijo que le llamara Santini.

—Santini, ¿eh? ¿No dijo cuál era su nombre de pila?

—No; nada más que Santini. Dice que vayamos, inmediatamente, al despacho del Manantial de Juventud y, que si no estaba él allí para darnos órdenes, habría un sobre debajo del secante de su mesa, que contendría instrucciones.

—¿Por qué no le dijiste que se fuera al cuerno? —rugió Leaking, limpiándose el sudor—. Esto vale mucho más de lo que se nos paga.

—Santini dijo que habría siete billetes de a mil dólares cada uno dentro del sobre. Me había olvidado de decíroslo. Ese dinero representa una prima.

Leaking dejó de enjugarse el sudor y se echó a reír.

—Eso es distinto. Pongámonos en marcha, amigos.

Dieron la vuelta, habiendo decidido, al parecer, olvidar el

misterio de la desaparición de Doc Savage de momento, y se dirigieron a la puerta que daba al pasillo. Pero, antes de que llegaran a ella, se abrió ésta tan violentamente que cayeron varios trozos del vidrio roto.

Se asomó un hombre al despacho, y dijo con minúscula y cohibida voz:

—Ando buscando a un hombre llamado Doc Savage.

El recién llegado era un hombre curioso. Apenas medía metro y medio de estatura y debía pesar unos doscientos kilos. Su rostro era increíblemente feo, pero agradable, y le colgaban unos brazos que parecían vigas hasta más abajo de las rodillas.

Tenía los ojos pequeños y vivos. Su boca era tan grande, que parecía haber ocurrido un accidente en el proceso de su fabricación. Las partes de su anatomía que estaban a1 descubierto, tenían unos pelos largos, que parecían trozos de alambre oxidado.

Hallet tragó saliva, agitó los brazos como si fueran alas, y exclamó:

—¡Monk! ¡Este es Monk, uno de los cinco ayudantes de Doc Savage! ¡He visto su fotografía en los periódicos!

Se alzaron varias pistolas y apuntaron en dirección a Monk. El hirsuto visitante dio un salto de mono y desapareció.

Detrás de Monk, en el pasillo, estaba agazapado un hombre esbelto, cuyo traje era la perfección misma. Llevaba un bastón negro, y de alto precio al parecer. Al dar el salto atrás, Monk tropezó con el elegante individuo y por poco le hizo perder el equilibrio.

—¡Maldita sea tu estampa! —exclamó el elegante—. ¡Fíjate dónde vas!

—¡Quítate del paso, Ham! —gruñó Monk—. Hay ocho hombres ahí dentro, y casi todos ellos llevan pistola.

Los dos retrocedieron, apresuradamente, pasillo abajo. Se metieron la mano debajo de la chaqueta y, de fundas ingeniosamente colocadas bajo las axilas, sacaron unas armas extrañas que más parecían gigantescas pistolas que ninguna otra cosa. A1 mecanismo disparador de las mismas iban sujetos unos cargadores en espiral.

—¿Viste rastro alguno de Doc? —inquirió Ham.

—No.

Monk oprimió bruscamente el gatillo de su extraña pistola. De la misma empezaron a salir casquillos tan aprisa, que parecían un hilo de bronce. Al propio tiempo, el arma emitió un rugido ensordecedor.

Un hombre se había asomado a la puerta del despacho de Hallet. Se quedó exangüe, de pronto, y rodó por el pasillo. Sus compañeros le asieron de los talones y le metieron dentro del despacho. Se oyeron voces en el interior.

—No está muerto-dijo la voz ruda del chófer —. Parece como si las balas se aplastaran y estallaran en cuanto se le metieron debajo de la piel.

—¡Balas de misericordia o balas piadosas! —dijo la voz de Hallet —. Son huecas y están rellenas de una substancia química que hace perder el conocimiento. He leído algo de ellas en los periódicos.

—Esos dos hombres deben estar usando las súper ametralladoras que, según se dice, inventó Doc Savage-gruñó Leaking.

Siguieron hablando, pero en voz tan baja, que las palabras no llegaron a oídos de Monk y Ham.

—¿Dónde puede haberse metido Doc? —se preguntó Ham, en alta voz.

—¿Por qué no lo deduces con ese maravilloso cerebro de abogado que tienes? —inquirió Monk.

Del despacho de Hallet salió disparada una lata que rodó por el corredor y acabó explotando y llenando la atmósfera de emanaciones tóxicas.

—¡Gas lacrimógeno! —aulló Monk, convirtiéndose su minúscula voz en un bramido.

El y Ham corrieron hacia la escalera más cercana.

Se detuvieron en el piso de abajo e intercambiaron malévolas miradas.

—Si no hubieras abierto tu bocaza, les hubiéramos oído prepararse para tirar ese cacharro-gruñó Monk.

Ham hizo una expresiva mueca y sus esbeltas manos tiraron del bastón negro, que se plegó por cerca del puño. Entonces se vió que, en realidad, el bastón aquel era un estoque cuya hoja parecía tan afilada como una navaja de afeitar.

—El día menos pensado voy a probar a ver si se esconde un hombre debajo de esa piel tan peluda-prometió.

—Escucha. —dijo Monk,— algo hacen arriba.

Aguzaron el oído, oyendo numerosos ruidos pequeños causados, tal vez, por pasos que se arrastraban, junto con gruñidos y palabras pronunciadas en voz baja. El significado de éstas se hizo patente enseguida.

—¡Van a bajar en el montacargas! —aulló Monk.

Bajó corriendo el pasillo y dobló una esquina. Ham le pisaba los talones.

El hecho de que aquellos dos hombres parecieran, siempre, a punto de golpearse, no afectaba, para nada a su trabajo. Llegaron a la puerta del montacargas. Esta, naturalmente, sólo podía abrirse desde el interior del hueco de la escalera.

Ham le dio un golpe con su bastón. El entrepaño era de acero y sonaba a macizo.

Monk retrocedió y tomó impulso; pero sin resultado.

Alargó la mano para coger el estoque de Ham.

—Dame ese mondadientes de hojalata.

—No-respondió Ham; —¿qué quieres hacer? Lo haré yo.

—Mira a ver si puedes aflojar el picaporte mientras yo empujo la puerta.

En aquel momento el ascensor pasó. Esto hizo que los dos hombres redoblaran esfuerzos.

Ham escarbó con su estoque por entre las dos mitades de la puerta, mientras Monk empujaba.

La puerta se abrió. El ascensor se detuvo inmediatamente mucho más abajo.

Monk asomó la cabeza al hueco, echó una mirada y se retiró, apresuradamente, al silbar una bala junto a él.

—¡Les tenemos cogidos! —rió—. Están parados entre dos pisos y no pueden hacer otra cosa que disparar a través de la reja del techo.

—Asómate otra vez para asegurarte-sugirió Ham.

—Sí; para que me den un tiro-Monk sacó su súper ametralladora, examinó el cargador y luego dijo —. Yo soy una enorme nube negra, y voy a llover sobre esos tipos.

—No hablas como si tuvieras sentido común; pero, anda, que no es mala idea.

Monk se preparó a disparar; pero en lugar de hacerlo, miró por encima del hombro y sufrió un violento sobresalto.

Doc Savage se hallaba tan abajo del corredor, que la distancia le hacía parecer menos gigante metálico de lo que era, hasta que comparaba uno su estatura con las puertas cercanas.

—Dejadlos escapar-dijo.

Ham y Monk cerraron, inmediatamente, las puertas correderas del ascensor.

Luego se reunieron con Doc.

Este tenía otro de los ascensores parado y entraron todos en él a un gesto suyo. El aparato empezó a descender.

—¿Dónde te metiste, Doc? —inquirió Monk.

Por toda contestación, el interrogado se limitó a sacar del bolsillo un gancho telescópico de metal, al que iba sujeto un cordón de seda, delgado y muy fuerte.

—¡Huh! —gruñó Monk.

—Me deslicé desde la ventana del despacho hasta la otra de debajo; luego solté el garfio dando un latigazo con la cuerda-explicó Doc —. ¿Quedaron intrigados?

—Completamente aturdido, a juzgar por sus palabras-rió Monk.

El ascensor les dejó en el vestíbulo. Corrieron a la callejuela por donde estaba la puerta de mercancías; pero lo único que vieron fue un taxi que se alejaba a toda velocidad.

Estaban completamente seguros de que Hallet y sus compañeros viajaban en el vehículo, porque vieron la cara de éste en la ventanilla de atrás.

Menos de un minuto después, Doc había, conseguido otro taxi.

—A la Queen Tower Building-ordenó.

Monk empezó a decir:

—Pero, Doc...

—No existe la menor probabilidad de poderle seguir la pista a la cuadrilla-explicó Savage —. Sea como fuere, creo que se dirigirán a Queen Tower Building. El despacho de Manantial de Juventud, se encuentra allí.

—¿Qué es Manantial de Juventud? —inquirió Monk.

—Esa es una de las cosas que quiero averiguar. El otro rompecabezas es el siguiente: ¿Por qué intentó secuestrarme esa cuadrilla? Parece haber sido contratada para hacerlo por Manantial de Juventud. Pero... ¿por qué?

Meditaron sobre el enigma, en silencio; pero a los pocos

instantes, Ham y Monk se dieron por vencidos.

Su coche se detuvo por fin.

—Queen Tower Building, señores-dijo el conductor.

Queen Tower era uno de los edificios más nuevos del Bajo Manhattan, lo que significa que su fachada era una sinfonía en negro, blanco y metales brillantes. Su vestíbulo rebosaba de gente, porque se aproximaba la hora de salida de los despachos.

Doc saltó del coche. Luego pareció explotar, tal fue la rapidez con que volvió a meterse en el vehículo.

Un hombre se había destacado de la muchedumbre. Presentaba un aspecto sorprendente, debido, en gran parte, a su asombroso bigote. Este era muy negro, no más grueso que un lápiz en el centro y cada guía media sus buenos siete centímetros y medio. Parecía un gigantesco bigote de gato.

Llevaba una chillona cinta roja cruzada sobre la pechera de la camisa y vestía inmaculadamente. Tocaba su cabeza con un sombrero hongo gris perla.

Hasta en Nueva York llamaba su aspecto la atención.

Pero lo que interesaba a Doc Savage y a sus ayudantes era la pistola que el desconocido se estaba sacando del bolsillo de atrás del pantalón. Brilló el arma con incrustaciones de perla y oro al alzarse.

Sonó un disparo. Se le cayeron dos ventanillas al taxi al atravesarlas una bala.

—¡Maldita sea mi perra suerte! —aulló el conductor, saltando a tierra y echando a correr por el arroyo sin volver la cabeza.

Doc y sus dos hombres se apearon casi a la misma velocidad, subiendo a la acera de enfrente a la ocupada por el pistolero. Monk y Ham habían sacado ya sus súper ametralladoras. Doc tenía las manos vacías, pues nunca llevaba armas de fuego, fiándose más de su ingenio y de sus dispositivos científicos.

Monk intentó disparar contra el hombre del extraordinario bigote por debajo del taxi. Pero éste corría, dando brincos, y presentaba un blanco difícil. Un instante después se metía en el Queen Tower Building.

—¡Parece una liebre! —gruñó Monk. Doc Savage y sus dos hombres llegaron, simultáneamente, a la entrada del edificio y entraron.

Una estela de oficinistas excitados marcaba el camino tomado por el que perseguían. Pasaron por delante de los ascensores, franquearon una puertecita, bajaron unos escalones a medio acabar y salieron por una puerta trasera que daba a una bocacalle mal oliente.

Un automóvil cerrado y veloz se apartaba en aquel momento del bordillo. El pistolero del bigote se hallaba sentado al volante.

Monk alzó su pistola, que emitió una especie de trueno. Las balas fueron a aplastarse contra el cristal de las ventanillas. Disparó, a continuación, contra los neumáticos. Arrancó trozos de goma; pero los neumáticos no se deshincharon.

El coche siguió adelante, dobló una esquina y desapareció.

Intentaron encontrar un taxi en que emprender la persecución: pero no existía la menor esperanza de dar con su paradero para cuando encontraron un vehículo.

—Ese tipo tenía preparado el coche para huir-gruñó Monk —. Y… ¡vaya coche! Tenía cristal a prueba de bala y neumáticos de goma maciza.

—¿Quién seria? —murmuró Ham.

Aquella pregunta recibió contestación en el vestíbulo de Queen Tower Building, porque resultó que el propietario del estanco que había en el mismo, no sólo había visto al pistolero sino que le había reconocido.

—Era el señor Santini-explicó.

—Y… ¿quién es el señor Santini? —inquirió Doc.

—El presidente de Manantial de Juventud.

CAPÍTULO IV

EL MENSAJE INVISIBLE

UN ascensor les condujo al piso decimocuarto de Queen Tower Building y se dirigieron a una puerta que llevaba el nombre que buscaban.

MANANTIAL DE JUVENTUD

—Parece que el señor Santini nos conociese de vista-dijo Monk.

—Eso nada significa, aborto de la Naturaleza-le hizo ver Ham —. El retrato de Doc se publica con frecuencia en periódicos y revistas.

—Verdad es, picapleitos. A nadie más que a ti se le hubiera ocurrido semejante explicación.

Doc Savage, que había estado mirando la puerta del despacho, intercaló:

—La cosa que más me intriga es por qué habían de tener estos hombres, tantos deseos de quitarnos del paso.

Doc estaba escuchando. Su oído era fabulosamente fino, gracias a un dispositivo científico, un aparato que emitía ondas sonoras de mayor y menor frecuencia a las que puede percibir el oído humano, aparato que empleaba para ejercitar el oído como parte de las dos horas de gimnasia y ejercicio a que se entregaba todos los días desde hacía muchos años.

—No parece haber nadie dentro-dijo.

Probó el picaporte, halló la puerta cerrada con llave y empleó un dispositivo pequeño de metal curvado, que se sacó de un bolsillo. Era una ganzúa y la puerta se abrió a los pocos momentos.

El despacho-compuesto de recibidor y dos cuartos interiores-era lujoso en extremo. Los muebles eran de caoba auténtica: el tapizado de cuero caro y el alfombrado grueso y sedoso. Tenía instalados los

modelos más modernos de máquina de escribir, dictáfono y aparato de aviso.

Doc Savage recorrió, rápidamente, las habitaciones, para asegurarse de que nadie había en ellas. Luego dio principio a un examen más concienzudo del despacho. A sus extraños ojos dorados se les pasaba muy poco por alto.

Había unas letras doradas en la puerta de uno de los cuartos. Decían:

Q. SANTINI, Presidente.

En aquel cuarto, junto a una lujosa mesa de despacho. Doc recogió un sobre arrugado al que prestó particular atención, aun cuando, al parecer en nada se diferenciaba de muchos otros papeles que yacían por allí.

—¿Qué es lo que encuentras tan interesante en eso? —preguntó Monk.

Doc sacó una lupa para que el químico pudiera ver lo que habían observado ya los agudos ojos de Doc. El papel estaba húmedo, como si lo hubiera arrugado una mano sudorosa.

—Uno de los hombres que me secuestraron se llamaba Leaking, tal vez porque padece de una dolencia que le hace sudar mucho-explicó —. Sólo un hombre que sudara extraordinariamente podría tener las manos húmedas en un día como éste.

El hombre de bronce dedicó luego su atención, a la mesa. En un cajón había un bloc de papel blanco liso, junto con un paquete de sobres iguales al que había encontrado en el suelo. Si el sobre había contenido un mensaje, era lógico suponer que hubiera sido escrito en el bloc.

Sacó un minúsculo dispositivo de metal cuya característica más saliente era un pequeño depósito lleno de un líquido de color de sangre coagulada.

Doc sostuvo el bloc de papel por encima de esto y dio a una palanca, haciendo que el aparatito despidiera vapor.

Después de unos instantes, examinó el bloc. El vapor le había hecho cambiar levemente de color. Había aparecido una escritura vaga, pero claramente visible.

—Este es el mensaje que fue escrito en la hoja superior del bloc-explicó.

Ham acarició su bastón y pareció aturdido.

—Pero... ¿cómo conseguiste hacerlo aparecer?

Doc volvió a guardarse el aparato en el bolsillo de un chaleco especial destinado a herramientas, un chaleco almohadillado ingeniosamente para que el observador casual no se diera cuenta de su presencia.

—La aplicación de vapor de yodo para hacer resaltar las impresiones dejadas por la punta de un lápiz, no es cosa nueva precisamente-dijo —. Leamos esto.

Monk y Ham se aproximaron para leer el contenido del papel. La escritura era redonda y firme, y fácilmente legible.

"Hallet:

"Kel Avery viaja en avión de las ocho, de Florida y es preciso impedir comunique con Doc Savage. Más vale apresar a dicha persona y mantenerla prisionera hasta que yo llegue.

" Santini"

—¡Ah, ah! —exclamó Monk—. Por fin empezamos a llegar a alguna parte.

—Leaking. Hallet y su cuadrilla nos pillaron la delantera y recibieron el mensaje —decidió Doc.

Y continuó registrando el despacho de Manantial de Juventud.

—¿No vamos a hacer nada en lo que se refiere a este mensaje? —inquirió Monk.

—Son las cinco y veinte —replicó Doc—. Así pues, nos quedan dos horas y cuarenta minutos antes de que llegue el aeroplano de Florida en el que viaja Kel Avery.

A1 oír estas palabras. Ham echó una mirada al costoso reloj de pulsera que llevaba. Eran las cinco y veinte en punto, cosa que le hizo desenvainar y envainar su estoque pensativamente, porque sabía que Doc no llevaba reloj y no se veía ninguno por el despacho tampoco. Que Ham recordara, no habían pasado por delante de un reloj durante la última media hora.

La sorprendente habilidad de Doc de calcular con exactitud la hora, era una cosa que nunca había dejado de maravillar al elegante abogado.

Doc llegó a un fichero de metal pintado para que pareciera caoba y sacó unas tarjetas que le llamaron la atención. Eran éstas grandes, estaban colocadas por orden alfabético y llevaba un nombre cada una de ellas.

—Mirad esto —dijo.

Monk se aproximó y echó una mirada al fichero.

—¡Vive Dios! —exclamó:— ¡Esto parece una lista de los hombres más acaudalados de la ciudad!

—En efecto —asintió Doc, abriendo otro cajón:— y aquí hay otro fichero de gente rica cuyo nombre está archivado por orden de Estados.

Ham se reunió con ellos, se metió el bastón debajo del brazo, e inspeccionó los ficheros.

—Todos los hombres ricos de Norteamérica —murmuró. Luego señaló una pequeña estrella de plata que había sido pegada a una ficha.— ¿Qué querrá decir esto?

Los ágiles dedos de Doc recorrieron varias veces, el contenido del fichero.

Encontró más estrellas plateadas, y doradas también.

—Observaréis que en la ficha consta, no sólo el nombre de la persona y la suma probable de su fortuna, sino también su edad y el estado de su salud. Los viejos y débiles llevan una estrella de oro, mientras que los que tienen cincuenta años o así van señalados con una de plata. Los más jóvenes y de mejor salud no tienen marca ninguna.

Ham hizo girar su bastón.

—¿Lo entiendes tú, Doc?

Este movió, afirmativamente, la cabeza.

—Me temo que sí.

—Entender… ¿qué? —preguntó Monk.

—Te lo explicaré, peludo estúpido —empezó a decir Ham—. Los señalados con estrellas de oro están…

Sonó el timbre del teléfono.

Doc Savage se acercó al aparato, lo descolgó, pareció vacilar y reflexionar un segundo y, luego, habló. De sus labios salió una reproducción, sorprendentemente exacta, de la vocecilla de Hallet.

Monk y Ham sonrieron, aún cuando estaban acostumbrados a oírle imitar, sin dificultad, la voz de otras personas.

—El despacho de Manantial de Juventud. —dijo Doc.

—Puede encontrarse a Kel Avery en el número 1120 de Fish Lane —dijo una voz de hombre.

La voz resultaba sorprendente. Sonaba joven y tan llena de vida,

como un arroyo de montaña. Era una voz que evocaba la visión, algo absurda, de un muchacho que saltaba y hacía la rueda al hablar.

Doc Savage empezó a decir, con la voz de Hallet:

—Yo creí que Kel Avery...

...se hallaba a bordo de un avión, camino de Nueva York —dijo la voz—. Pues está equivocado. Kel Avery está en el número 1120 de Fish Lane.

Tan exuberante era la voz que al principio no se había notado el pronunciado acento meridional; pero al hablar por segunda vez, se notaba más en ciertas palabras.

—¿Quién es usted? —inquirió Doc—. El aparato no deja oír su voz lo bastante claro para que la reconozca.

—Es la primera vez que oye usted mi voz, señor Hallet.

—Entonces, ¿quién es? Usted parece conocer la mía.

—Usted cuídese de Kel Avery —aconsejó la voz—. Ya le explicaré quién soy, más adelante.

Se oyó un chasquido al ser colgado el auricular al otro extremo. Doc Savage soltó, lentamente, el aparato, mirando a sus dos ayudantes.

—¡Qué voz más extraña! —murmuró.

Sonaba indescriptiblemente joven y alegre, como si fuera la de un muchacho.

—¿Qué dijo? —preguntó Monk.

—Que Kel Avery se encontraba en el número 1120 de Fish Lane.

—Fish Lane se encuentra en las marismas de Flushing-dijo Monk, lentamente —. El barrio aquel no es de los mejores.

Ham agitó su bastón e intercaló:

—Pero... ¡creí que el misterioso Kel Avery se hallaba a bordo del avión que ha de llegar de Florida, a las ocho!

En lugar de hacer comentario alguno, Doc volvió a descolgar el teléfono y pidió un número que sólo figuraba en los listines particulares que nunca salían de las oficinas de la Compañía de Teléfonos.

Era el número del despacho-laboratorio-biblioteca de Doc, que se hallaba en el piso ochenta y seis del rascacielos más imponente de la ciudad.

Contestó un caballero de escolástico acento que manejaba

vocablos interminables con una facilidad pasmosa. Doc le contó, en pocas palabras, lo ocurrido.

—Cuéntaselo a Renny y a Long Tom, Johnny —dijo—. Dirigios los tres al 1120 de Fish Lane. Investigad esta noticia de Kel Avery. Monk, Ham y yo estaremos aquí diez o quince minutos más.

—¿Os reuniréis con nosotros subsecuentemente en el lugar de referencia? —inquirió el amante de las palabras largas.

—Sí.

—¿Cuál es, exactamente, el paradero actual vuestro?

Doc le dio las señas de Manantial de Juventud. Luego preguntó.

—¿Por qué?

Era muy raro oír reír a Johnny; pero en aquel momento rió.

—Vas a recibir una sorpresa, Doc-contestó.

Dicho lo cual, colgó el auricular.

Doc Savage estaba pensativo cuando soltó el aparato.

—Johnny no tiene por costumbre distraerse haciendo misterios —pensó, en voz alta—. ¿De qué se tratará?

—A lo mejor es que sus palabras largas han terminado por marearle-rió Monk.

—Es más probable que le haya hecho caer el haber tenido trato contigo, so mico-respondió Ham.

Monk le dirigió una mirada malévola y pareció molestarse.

—Le daré cuenta de ti a Habeas Corpus —murmuró, muy serio.

Ham asió con más fuerza su estoque. Habeas Corpus era la mascota de Monk-un cerdo de patas y orejas largas, miembro tan absurdo de la especie porcina como lo era Monk de la humana.

Doc examinó, nuevamente, el fichero que contenía los nombres de los hombres más acaudalados de Norteamérica. Una de las fichas tenía las puntas curvadas y llenas de manchas, como si se la hubiera manoseado más que a las otras.

La tarjeta aquella llevaba el nombre de Thackeray Hutchinson, banquero que figuraba entre los más acaudalados y a quien el gobierno de Norteamérica había intentado, en cierta ocasión, demostrar culpable de prácticas ilegales en relación con cierto proyecto de utilidades públicas.

Había logrado salir airoso del trance gracias a la habilidad de sus abogados.

Doc llamó a Thackeray Hutchinson por teléfono y luego le dijo

que deseaba conocer detalles de la sociedad anónima Manantial de Juventud.

—¡No he oído hablar de semejante sociedad en mi vida! —respondió el banquero, cortando la comunicación.

—Miente-aseguró Doc —. Ya le investigaremos mejor más adelante.

Bajaron en el ascensor y salieron a la calle. En la acera se quedaron parados, boquiabiertos.

—¡Mirad! ¡Habeas! —exclamó Monk—. ¿Cómo diablos ha llegado hasta aquí ese cerdo?

Habeas Corpus corría hacia ellos, agitando sus orejas como alas. El cerdo, que tenía el tamaño de un perro pequeño, presentaba un cuadro tan grotesco, que los transeúntes se detenían a mirarle.

Ham alzó el bastón.

—¿Qué me decís de eso?

Señalaba un sedán largo, de aspecto sombrío, parado junto al bordillo. Era el coche de Doc Savage.

Una joven se apeó del vehículo.

Habeas Corpus, gruñendo encantado, le daba con las patas a Monk, como un perro.

—¡Basta ya, o te desencuaderno de un puntapié! —gruñó Monk, a quien interesaba la muchacha.

Las muchachas bonitas siempre le llamaban, poderosamente, la atención, y aquélla era más bonita de lo corriente.

Doc Savage no tenía por costumbre exteriorizar sus emociones; pero, en aquel momento, parecía algo asombrado.

Doc había seguido siempre, sin desanimarse lo más mínimo, la política de no dejarse complicar la vida por mujer alguna.

La existencia que llevaba era demasiado peligrosa para que pudiera tener cabida en ella una mujer, porque sus enemigos no vacilarían en atacarle por medio de la joven en que se permitiera depositar su afecto. El hecho de que una joven se apeara de su coche, resultaba, verdaderamente, sorprendente.

De pronto se volvió y la vieron la cara.

—¡Pat Savage! —aulló Monk.

Patricia Savage, alta, exquisitamente formada, tenía el mismo cabello bronceado sorprendente del propio Doc. Eran primos y Doc la había visto por última vez en el Oeste del Canadá, unos meses

antes, cuando él y sus cinco ayudantes habían corrido unas aventuras peligrosas al seguir la pista de una cuadrilla que había asesinado al padre de la muchacha.

Doc se adelantó con cierta animación cosa rara en el hombre de bronce. Por regla general se sentía incómodo en presencia de muchachas jóvenes, sobre todo cuando eran tan encantadoras como Patricia.

Pero Pat era una excepción. Pat tenía algo de luchadora también y era casi tan única en su género como lo era Doc en el suyo.

—Me cansé de los bosques —sonrió Pat—. Johnny y los otros me dijeron que podría encontraros aquí si me daba prisa.

No hubo exhibición alguna de cariño. La muchacha y Doc se limitaron a estrecharse, cordialmente, la mano.

—Me traje a Habeas conmigo —le dijo Pat a Monk, riendo.

Monk se fijó en su elegante vestido, el sombrerito a la moda y las medias de seda que enfundaban sus piernas.

—¡Caramba, Pat! —exclamó, abriendo la boca de oreja a oreja para sonreír—. Las muchachas de la ciudad parecen apolilladas a tu lado. Gracias por traerte a Habeas. Ham te estará muy agradecido.

Ham le dirigió una mirada asesina a su compañero y le hizo una reverencia a Pat.

—¿Aun no habéis resuelto de una vez vuestra disputa? —rió Pat.

—El día menos pensado me enfadaré-contestó Ham, sombrío —. Entonces tendrán que salir a la busca de un féretro lo bastante ancho para dar cabida a este mico.

Doc Savage señaló el coche.

—Hablaremos por el camino, Pat; pero me temo que tendremos que dejarte en el despacho hasta que arreglemos cierto asunto.

—¿Un asunto? —inquirió la joven, con curiosidad—. Suena interesante.

—Hay una conspiración —explicó Monk—. Mejor dicho, ciertos individuos están conspirando.

—¡Os acompañaré! —declaró Pat, con determinación—. He echado de menos todas las emociones de cuando estuvisteis por mi pueblo. Si queréis que os diga la verdad, he venido aquí exclusivamente con la esperanza de encontrar acción, actividad, movimiento, emociones…

Doc movió, negativamente, la cabeza.

—Es peligroso… o puede serlo.

—Bah, Doc —gruñó Monk:— se puede contar con Pat. Lo que hizo en el Canadá lo demuestra.

Doc cedió.

—Bueno —dijo.

Subieron al sedán, tomando Doc el volante. El coche no parecía nuevo ni fuera de lo corriente, pero el motor se puso en marcha casi sin hacer ruido y la forma en que arrancó demostraba que era de gran potencia y que se había gastado mucho dinero en su construcción.

—Las ganas de meterse en jaleo deben llevarlas los Savage en la masa de la sangre dijo Pat —. Caballeros, tengo unas ganas enormes de emociones.

—¡Pues aquí las tienes! —contestó, bruscamente, Doc, pisando con fuerza, los frenos.

Un taxi se acababa de cruzar en la calle. Era el mismo que horas antes, usara Leaking para secuestrar a Doc.

Empezaron a salir hombres de entre los transeúntes. Algunos llevaban estuches de instrumentos musicales, como trombones, etc. Estos se abrieron y empezaron a salir de ellos rifles, escopetas y una o dos ametralladoras.

Patricia Savage se dejó caer al suelo del coche, abriendo el bolso al propio tiempo. Sacó del mismo un enorme revólver muy usado. El arma no tenía punto de mira ni gatillo y le habían soldado una especie de espolón al percutor para dispararlo.

Monk y Ham sacaron sus ametralladoras.

—¡Ahí está ese pájaro de Santini! —exclamó Monk.

Ham, que miraba a los pistoleros que corrían hacia el coche, agregó:

—¡Y ahí están Hallet y Leaking!

Santini, resplandeciente con su cinta encartada y sus bigotes de gato, era uno de los atacantes que llevaba sólo un arma corta. Esgrimía su pistola con incrustaciones de perla y oro.

—¡Todos a un tiempo! —gritó—. ¡Duro con ellos!

La calle entera pareció estremecerse, tronar y repercutir al sonar la salva de disparos. Una docena de hombres había rodeado el sedán y todos dispararon simultáneamente. Ametralladoras y pistolas regaron el suelo de casquillos.

Parecía imposible que los ocupantes del sedan pudieran sobrevivir bajo aquella lluvia de plomo.

CAPÍTULO V

EL AHORCADO

FISH Lane era una calle sin pavimentar que moría en el pantano de la parte superior de la Bahía de Flushing. Este pantano estaba cubierto de alta y basta hierba de agua salada y, a lo largo de la calle, había unas cuantas cabañas de madera, cartón alquitranado y hojalata, habiendo salido la mayoría de estos materiales de construcción de los montones de basura y desperdicios de los alrededores, al parecer.

Un coche se deslizó, silenciosamente, por Fish Lane; un coche largo, de línea aerodinámica, la parte posterior en forma de cola de pez y cadenas en los neumáticos. Se detuvo.

El hombre que se apeó primero del vehículo, tenía manos de un tamaño sorprendente. Enormes y nudosas, eclipsaban las otras proporciones de su cuerpo, que era largo, delgado y huesudo.

Con cara solemne y de quien va a un entierro, le preguntó a alguien que aun se encontraba en el coche:

—Fish Lane es donde dijo Doc que viniéramos, ¿verdad, Johnny?

—Exactamente cierto-repuso la refinada voz de Johnny.

Johnny era un verdadero espantapájaros, salvo que la ropa que le colgaba de los huesos era de excelente calidad. En ninguna parte de su esqueleto parecía haber un músculo, cuanto más un gramo de carne superflua. De la solapa le colgaba un monóculo, atado a una cinta.

Extraña pareja formaban aquellos dos. Renny era conocido en el mundo entero por su habilidad y sus proezas como ingeniero, habiendo construido puentes, presas, centrales de fuerza y ferrocarriles en muchos países.

El huesudo Johnny era igualmente famoso en el campo geológico y arqueológico. Había sido, anteriormente, jefe del departamento de investigaciones de ciencias naturales, de una universidad famosa, ambiente en el que, tal vez, habla adquirido su afición a usar palabras largas.

Los ingenieros colegas de Renny, el de los gigantescos puños, le conocían bajo el nombre de coronel John Renwick, mientras que los hombres de estudio llamaban a Johnny William Harper Littlejohn.

Johnny se asomó al interior del coche y dijo:

—Apéate. Electro fobia.

El hombre que salió ahora del coche, metiendo un puñado de alambre y aparatos eléctricos muy delicados en el bolso de la portezuela al hacerlo, parecía pálido y débil.

A1 lado de Renny semejaba un inválido, cosa que engañaba mucho, sin embargo, porque el gigantesco Renny, conociéndole como le conocía, lo hubiese pensado mucho antes de meterse a luchar con él.

El aparente inválido era el comandante Thomas J. Roberts, o, como le llamaban sus íntimos, “Long Tom", extraordinario mago de la electricidad.

Estos tres completaban el quinteto de ayudantes de Doc Savage y cada uno de ellos era un experto, un genio en su especialidad.

Renny señaló con un enorme puño:

—Aquel es el sitio donde dicen que está ese Kel Avery: el 1120 de Fish Lane.

El numero 1120 de Fish Lane era una casa grisácea y desvencijada que parecía una gallina silvestre sentada en un montón de maleza. Los listones se estaban cayendo del tejado; se habían abierto botes de hojalata, clavándolos para tapar los agujeros de nudos en las paredes de planchas de madera y había sacos y trapos metidos en las ventanas para tapar los huecos dejados por los cristales rotos.

Las vías del ferrocarril elevado de Flushing, no se hallaban muy lejos y pasó por ellas un tren, con ensordecedor ruido.

—Esa casa no ofrece dificultad alguna-dijo Renny —. No tendremos necesidad de aguardar a Doc. Entremos.

Todos se mostraron de acuerdo y avanzaron. Doc había dicho que aguardasen su llegada; pero sabían que no era preciso tomar la

orden al pie de la letra.

Si hubiese parecido existir necesidad de la habilidad de Doc, el trío le hubiese aguardado. Pero el averiguar si Kel Avery se hallaba en la cabaña o no, parecía cosa sencilla.

Los cinco hombres de Doc Savage no eran muñecos que tuviesen que obedecer a ciegas las ordenes de Doc. Eran hombres de experiencia e inteligencia despejada y tenían la costumbre de hacer uso de su iniciativa propia. A veces cometían errores; pero la mayor parte de las veces, no.

Pasaron por encima de una valla caída y se metieron por el surco abierto entre la maleza por otros pasos. En un punto observaron huellas —las de zapatos largos y estrechos— en la tierra húmeda.

—Solo parece haber andado un hombre por aquí —comentó Renny.

Otro tren pasó, ruidosamente, por el ferrocarril elevado.

Llegado a la puerta, los tres hombres llamaron; pero no obtuvieron contestación. Johnny se acercó al agujero de un nudo, que no había sido tapado con hojalata, y aplicó el ojo derecho.

Renny y Long Tom vieron claramente su sobresalto y oyeron la exclamación que reservaba para momentos supremos:

—¡Que me superamalgamen! —estalló.

Renny y Long Tom se colocaron a su lado de un brinco. Aplicaron el ojo, por turno, al agujero y se sobresaltaron a su vez. Luego Renny volvió a la puerta.

Se vio un movimiento rápido, sonó un violento golpe y la puerta se astilló.

Había abierto un agujero en el entrepaño de un solo puñetazo.

Era una notable exhibición de fuerza; pero ni Johnny ni Long Tom dieron la menor muestra de sorpresa, porque no era la primera vez que le veían hacer una cosa así y le habían oído jactarse, en más de una ocasión, de que no se fabricaba puerta alguna que no pudiera él romper, de un solo golpe con aquellas monstruosidades que llamaba el puños.

Los tres hombres entraron en la cabaña. Alzaron la mirada en cuanto hubieron cruzado el umbral.

—¡Es horrible! —susurró Johnny.

—Bastante —asintió el pálido Long Tom.

Los desperdicios acumulados en muchos años de abandono llenaban el lugar y unas cuantas setas-hongos mejor dicho-crecían en un rincón, sobre las carcomidas maderas.

El papel se había caído de las paredes hacía tiempo, mientras que los niños se habían encargado de romper a pedradas los vidrios de todas las ventanas y éstos yacían hechos añicos, por el suelo.

La puerta de un cuartito colgaba, torcida, ¡de una sola bisagra! faltaba por completo la puerta que separaba los dos cuartos grandes de la cabaña.

La mirada de los tres hombres siguió alzada. Los listones del techo habían desaparecido hacía tiempo, dejando ver el ático entero. No quedaban más que las vigas a que habían estado clavados los listones.

Los cinco ayudantes de Doc no eran hombres endurecidos, aun cuando estaban acostumbrados a correr riesgos continuamente. No eran incapaces de sentirse horrorizados. Y lo estaban en aquel momento.

De la parte más alta del techo-es decir del ático-colgaba una cuerda que tenía un metro de longitud. El otro extremo de ella iba atada al cuello de un hombre. Los pies del mismo colgaban junto a una de las vigas.

El ahorcado tenía una barba blanca que casi le llegaba a la cintura y le cubría el pecho como una camisa almidonada. Su cabello era blanco y larguísimo y barba y cabellera le daban un aspecto sorprendente.

Su rostro estaba amoratado por la presión de la cuerda en su garganta.

—¡Aprisa! —exclamó Renny—. ¡A lo mejor está vivo aún!

Johnny y él se dispusieron a alzar a Long Tom, que era el que menos pesaba de los tres, para que descolgara al desconocido. De pronto, casi se les puso el pelo de punta a los tres.

El ahorcado tenía las manos cruzadas. Se movieron con sorprendente velocidad, metiéndose debajo de la americana. Al volver a salir, cada mano iba armada de un revólver.

El barbudo se retorció y sus pies se posaron en una de las vigas. Agitó la cabeza violentamente y se aflojó la cuerda del cuello.

Todo esto ocurrió en un instante, ante de que ninguno de los tres ayudantes de Doc pudiera hacer cosa alguna.

—Más vale que conserven ustedes las manos donde yo las vea —aconsejó el desconocido.

CAPÍTULO VI

DAN THUNDEN

MUY despacio, para que el hombre barbudo pudiese ver todos sus movimientos, Renny y Johnny volvieron a depositar a Long Tom en el suelo.

Entonces las manos de Renny se abrieron y cerraron convulsivamente.

—Cuidado —le advirtió Long Tom;— este tipo nos ha hecho caer en su trampa.

El desconocido saltó al suelo. Sus movimientos eran extrañamente ligeros y ágiles. Sus facciones también se salían de lo corriente.

Parecían las de un hombre de cincuenta años. Sin embargo, la piel era suave y tirante y sus ojos tenían un brillo juvenil.

—No se muevan —ordenó el hombre, arrastrando las sílabas:— Voy a registrarles los bolsillos.

Sus dedos huesudos, pero ágiles, extrajeron de las fundas que llevaban los ayudantes de Doc debajo del brazo, tres súper ametralladoras. Las examinó, curioso, evidentemente, por conocer su mecanismo.

Renny creyó llegada una ocasión de obrar. Descargó un golpe en dirección al hombre barbudo.

El resultado fue terrible para Renny. Se oyó un silbido, un golpe... Renny se sentó en el suelo pesadamente, parpadeando.

Le habían dado entre ceja y ceja con uno de los revólveres y lo habían hecho tan rápidamente, que ni siquiera lo había visto venir.

Long Tom y Johnny se quedaron como quien ve visiones. Acababan de presenciar una exhibición de rapidez que ellos sólo habían creído posible en un solo hombre: en Doc Savage.

—¿Por qué no vinieron Santini, Hallet y Leaking en lugar de mandarles a ustedes? —inquirió el asombroso hombre cano, lentamente.

—¿Es usted Kel Avery? —preguntó Long Tom.

La blanca cabellera se agitó.

—No, señor; y debieron saberlo ustedes, puesto que pertenecen a la cuadrilla de Santini.

El mago de la electricidad frunció el entrecejo.

—Se equivoca, Barbas. No trabajamos por cuenta de Santini…

—Ahórrese saliva. —le interrumpió el otro—. Y no crea poder hablar lo bastante aprisa para engañar a Dan Thunden.

—¿Dan Thunden? —gruñó Long Tom—. ¿Se llama usted así?

Dan Thunden rió sonora y juvenilmente.

—¡Como si Santini no se lo hubiera dicho a usted!

Johnny intervino, con voz tranquila.

—¿Condescendería usted hasta el punto de contestar una sola interrogación?

Dan Thunden se echó el pelo atrás, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pregunta es ésa?

—¿Qué edad tiene? —preguntó Johnny, empleando palabras normales por primera vez.

—Ciento treinta y un años-respondió el otro, sin vacilar.

Renny se quedó boquiabierto. Long Tom y Johnny parecieron menos sorprendidos.

—¡Eso es un embuste! —dijo Long Tom—. ¡Nadie podría estar tan ágil como usted a semejante edad!

La barba de Thunden pareció ponerse de punta, de indignación y pareció a punto de dar principio a una discusión a voz en grito. En lugar de hacerlo, sin embargo, se dirigió a la puerta.

Doc Savage estaba allí. Su enorme figura casi llenaba el hueco. Tras él se hallaban Monk y Ham. Los tres se habían acercado silenciosamente.

Thunden apuntó con un revólver hacia ellos y gritó:

—¡Manos arriba, amigo!

Pero Doc se había abalanzado ya hacía él.

Thunden oprimió el gatillo. La detonación reverberó en la cabaña.

Doc avanzaba coordinando perfectamente sus tremendos

músculos y el proyectil no le alcanzó. Una plancha de la pared se rajó de arriba abajo al tocarle la bala.

No había tiempo para disparar por segunda vez. Thunden se agachó bruscamente, al ver que Doc alargaba las manos. Logró librarse y echarse a un lado.

Johnny corrió hacia el desconocido que decía tener ciento treinta y un años.

Thunden tiró uno de sus revólveres. Dio a Johnny en el estómago. El huesudo geólogo se dobló como una navaja, con la lengua fuera y el rostro convulsionado.

Monk atacó por retaguardia, con la velocidad y agilidad de un gato, Thunden tiró el otro revólver. Monk soltó un gemido y se llevó las dos manos a la cabeza, donde dio el arma.

Cayó al suelo, convirtiéndose su gemido en grito de rabia y de dolor. Lo único que no parecía tener paralizado era las cuerdas vocales.

Durante los siguientes segundos, hubo más acción de la que habían presenciado los ayudantes de Doc en su vida en tan poco tiempo.

No era posible que Dan Thunden poseyera la hercúlea fuerza del gigante de bronce; pero se movía con una rapidez increíble.

Dan Thunden no lo pasó muy bien, sin embargo. A1 principio, cuando, despreocupadamente había hecho uso de los revólveres para eliminar a Monk y a Johnny, había parecido tener una confianza absoluta en su propia habilidad.

Una sonrisa había iluminado su rostro que rebosaba, tan extraordinariamente salud. Pero la sonrisa había desaparecido. Empezó a parecer preocupado.

—¡No es usted un hombre corriente! —exclamó.

Y su expresión era la de quien se ha encontrado con algo cuya existencia nunca hubiese creído posible.

Dando un salto desesperado, llegó a una ventana. Vidrio y madera se hicieron cisco al pasar él por ella de cabeza. Logró, Dios sabe cómo, aterrizar de pie y echó a correr.

La ventana era demasiado pequeña para que Doc pudiera meter su enorme cuerpo por ella aprisa y no tuvo más remedio que correr hacia la puerta. Eso le hizo perder tiempo. Thunden le había cogido una delantera de varios metros.

Renny y los demás ayudantes de Doc se unieron a la persecución. Johnny, que iba el último, seguía con las manos en la boca del estómago, exhalando gemidos a cada salto. Pronto se vió bien claro que Dan no podía competir con Doc en una carrera larga. Este empezó a ganarle terreno.

Thunden se detuvo: giró, bruscamente, sobre sus talones; sacó una pistola pequeña de la cintura.

—¡A tierra! —gritó Doc.

Y se dejó caer al suelo con sus hombres.

La bala de Thunden emitió un silbido amenazador al pasar por entre la maleza y la hierba.

—Barba blanca parece ser un arsenal ambulante —gruñó Monk, quitándole el seguro a su pistola.

La súper ametralladora emitió un bufido. Maleza y hierba cayeron como secadas. El químico vació todo un tambor, luego se alzó para observar el efecto. Volvió a dejarse caer, apresuradamente.

Dan Thunden se había arrastrado por entre la elevada hierba y disparó en aquel momento, desde un punto situado a cincuenta metros del lugar en que se le viera la vez anterior.

A pesar de la velocidad con que Monk se dejó caer, es muy posible que hubiera sido alcanzado por un proyectil, de no haber sido por Patricia Savage, que incrustó una bala muy cerca de Dan Thunden, sorprendiéndole hasta el punto de estropearle la puntería.

Pat se hallaba en el sedán, que estaba parado un poco más allá. Se había quedado de vigilancia en el coche.

Dan Thunden escapó, llegando a una calle pavimentada que moría en la marisma. Corrió por ella hasta tener la suerte de encontrar un taxi. Se detuvo un instante, antes de subir al taxi, para gritarles a sus perseguidores:

—Si no creen que tengo ciento treinta y un años de edad, busquen datos del capitán del Ses Numnh, goleta que se hizo a la vela de Nueva York en 1843.

Luego, amenazando al conductor del taxi con la pistola, le obligó a que se alejara de allí a toda velocidad, llevándole a él como pasajero.

Un poco más arriba de la calle había unos niños jugando, lo que impidió que Doc y sus compañeros hicieran uso de las súper

ametralladoras y que Pat disparara su revólver.

La joven, que estaba cargando de nuevo su arma al aproximarse Doc, sonrió, expansivamente.

—¡Dos peleas y sólo llevo media hora contigo! —rió—. ¡Eso sí que es llevar una existencia movida!

Renny oyó estas palabras y quedó intrigado.

—¿Dos peleas? —exclamó.

Pat señaló el sedán con esbelta mano. Los vidrios del mismo parecían escarchados. En algunas partes se había pelado la pintura de la carrocería.

Renny movió, afirmativamente, la cabeza, comprendiendo.

Por las señales, parecía ser que el coche se había hallado, recientemente, bajo un nutrido fuego.

—Santini, Hallet, Leaking y su cuadrilla nos atacaron —explicó Pat—. Atravesaron un taxi en nuestro camino, para detenernos. Luego corrieron hacia nosotros, armas en mano, y empezaron a disparar.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Renny.

—Envejecí diez años preguntándome si el coche estaría hecho, efectivamente, a prueba de bala. Y… ¡no queráis saber el alivio que sentí cuando vi que los proyectiles rebotaban!

—¿Y la cuadrilla de Santini?

—Puso pies en polvorosa. Lo tenían todo preparado para poder huir aprisa. Desaparecieron antes de que pudiéramos salir en su persecución.

El rostro de Renny se alargó y se tornó melancólico, lo que, en él, significaba que estaba encantado.

—Estás en muy mala compañía, Pat-dijo, muy serio.

—Me encanta esta compañía —le aseguró Pat.

Una hora más tarde, Doc Savage y sus cinco hombres repasaban los archivos de periódicos marinos, para comprobar la edad de Thunden, como éste les había aconsejado.

—Aquí está —dijo Doc, señalando unos papeles amarillos.

Los demás se acercaron y leyeron. La goleta Sea Nymnh había salido de Nueva York en 1843, según dichos papeles y su capitán que por entonces tenía cuarenta años justos, se llamaba Dan Thunden.

Johnny jugueteó con su monóculo e hizo cálculos mentales.

—El cómputo indica que el capitán Dan Thunden del Sea Nymnh tendría ciento treinta y un años de edad hoy si estuviese vivo —dijo.

Doc examinó unos cuantos papeles más.

—Mirad-aconsejó.

De nuevo leyeron sus compañeros.

—¡Cielos! —exclamó Renny—. Aquel viaje de 1843 fue el último que hizo el Sea Nymnh. Se perdió en alta mar y no ha vuelto a saberse de él.

Poco después del descubrimiento de que el Sea Nymnh constaba en el registro naval como nave misteriosamente desaparecida, Doc Savage habló, sin consultar reloj alguno.

—Nos queda cosa de media hora antes de dirigirnos al aeropuerto para recibir a ese Kel Avery a quien Santini ha dado órdenes que se aprese.

—¿Crees tú que seguirán adelante con el proyectado secuestro? —inquirió Pat, con curiosidad.

—¿Por qué no? Ellos no saben que hemos interceptado las órdenes dadas por Santini a Hallet y Leaking.

—Es cierto-reconoció Pat; —¿qué haremos en la media hora de que aun disponemos?

—Intentaremos averiguar en ella qué se oculta detrás de todo esto-le contestó Doc.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas el fichero de hombres acaudalados que encontramos en el despacho de Manantial de Juventud?

—Me has hablado de él.

—Telefoneé a uno de los que figuraban en el mismo… un banquero llamado Thackeray Hutchinson. En lugar de contestarme, cortó la comunicación.

—Lo que significa que sabe algo.

—En efecto.

—Y… ¿vamos a interrogarle?

—Ese es mi propósito, precisamente.

CAPÍTULO VII

ASESINATO

EL domicilio del banquero Thackeray Hutchinson era digno del hombre que figuraba entre los más acaudalados de la nación y que se distinguía por su avaricia y falta de escrúpulos. Era un edificio independiente, construido sobre el tejado de otro edificio costosísimo que poseía Hutchinson en el sector de Wall Street.

—Nunca me ha gustado ese pulpo de Hutchinson-murmuró Monk, cuando se apearon ante el edificio sobre el cual se alzaba la residencia del banquero —. Debían de haberle pegado un tiro al nacer.

—Es un ladrón de huérfanos-asintió Long Tom.

Un ascensor particular daba acceso al edificio superior. Lo atendía un hombre bastante mal encarado, que vestía chillón uniforme.

—El señor Hutchinson no está en casa-dijo, con aspereza.

—A pesar de todo, subiremos-gruñó Monk.

El empleado empezó a objetar algo; pero se fijó en la corpulencia del químico y cambió de opinión. Les subió en silencio.

Un mayordomo les anunció, igualmente, que Hutchinson se hallaba ausente.

—¡No mienta! —le ordenó Doc, con brusquedad.

El hombre le miró, indiferente. Luego su orgullo y su aplomo desaparecieron. Los dorados ojos de Doc y la serenidad de su voz contenían algo que nada bueno auguraba para los que intentaran resistirse a su voluntad.

—En la biblioteca —murmuró.

El banquero Thackeray Hutchinson se puso en pie de un brinco al verles entrar sin ceremonia. Miró a Doc Savage y su expresión era

como la de un conejo que acaba de encontrarse con un oso.

El millonario tenía mandíbulas de perro dogo, ojos de lagarto y cuerpo y cuello de pelicano. Su cabeza estaba completamente calva y era de un blanco desagradable, como si le asomara la parte superior del cráneo.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó—. ¡Fuera de aquí!

Llevaba un traje a cuadros, de un corte absurdamente juvenil, tal como el que usaría un novato en la universidad hasta que sus compañeros de clase le obligaran a quitárselo a fuerza de reírse de él.

Era tal el efecto que hacia, que Ham-aficionado a vestir bien-hizo una mueca de disgusto al ver aquel traje tan chillón.

—Me llamo Savage, señor Hutchinson-empezó a decir Doc —. Le hemos venido a visitar para...

—Ya sé que es usted Doc Savage y que hay idiotas que le dan a usted mucha importancia-rugió el banquero —. Podrá usted asustar a mucha gente; pero no podrá llegar muy lejos conmigo. ¡Fuera de aquí!

—Hemos venido a averiguar qué sabe usted de la sociedad Manantial de Juventud. —acabó de decir Doc.

—¡Es la primera vez que oigo hablar de semejante compañía!

—Eso no es verdad. Su afirmación no suena sincera.

Hutchinson rechinó los dientes y dio un salto hacia el teléfono. Monk se le adelantó. El banquero retrocedió ante él.

—¡Socorro! ¡Policía! —aulló—. ¡Socorro! ¡Asesinos!

—La policía está aquí ya-le advirtió Doc.

—¿Dónde? —rugió Hutchinson.

—Nosotros somos la policía. Mis ayudantes y yo tenemos nombramiento oficial del Cuerpo de Policía de Nueva York.

El hombre cuyo sistema de ganar dinero había interesado al gobierno Federal, retrocedió, frunciendo el entrecejo y temblando levemente.

Doc Savage le estudió. Durante la vista de la causa seguida contra Thackeray Hutchinson en relación con el escándalo de las utilidades públicas, los periódicos habían hablado mucho de él; pero habían dicho muy poco que le favoreciera.

Existía una cosa que valía la pena recordar: aquel hombre temía atrozmente ir a la cárcel. Corría el rumor de que había gastado más

de un millón de dólares para ganarle el pleito al gobierno.

—Queda usted detenido-dijo Doc, bruscamente.

Hutchinson palideció.

—¿Có... cómo?

—La Manantial de Juventud ha intentado, repetidas veces, matarme durante estas últimas horas-respondió Doc —. Usted estaba relacionado con la compañía, lo que significa que irá a parar a la cárcel.

—¡Está usted loco! —exclamó el banquero.

—El ser cómplice de un asesinato, aunque sea frustrado, constituye un cargo criminal —le hizo ver, tranquilamente, el hombre de bronce—. Todo su dinero no bastará para impedir que dé usted con sus huesos en presidio.

Todo aquello era un bluff de Doc; pero la forma en que lo dijo bastó para asustar al banquero. La amenaza de la cárcel consiguió lo que, tal vez, no hubiera conseguido ninguna otra cosa. El hombre se dejó caer en su asiento, completamente aplanado.

—¿Qué... qué desea usted saber? —inquirió—. Se lo diré.

A1 otro extremo del cuarto, el elegante Ham jugueteó con su estoque y contuvo una sonrisa. Su profesión le había hecho maestro en el arte de asustar a un testigo hasta el punto de hacerle declarar la verdad; pero ni él hubiera sido capaz de hacer mejor lo que había hecho Doc.

El hombre de bronce le había alcanzado al banquero en su punto más vulnerable: el miedo a ir a la cárcel.

—Yo no soy más que un cliente de la Manantial de Juventud-murmuró Hutchinson.

—¿Cliente?

El banquero se retorció las manos.

—¡Esto es horrible! ¡Si la Manantial de Juventud no se hubiera metido en líos! ¡Poseía el secreto! ¡El secreto que ha buscado el hombre desde que pudo pensar por su cuenta! Y ahora se ha salido de la ley, y se perderá.

Se retorció las manos con mayor violencia.

—Yo iba a pagarles un millón de dólares por el secreto-prosiguió —. Resultaba barato a ese precio. Una lista selecta de otros hombres ricos iba a recibir el secreto también. La Manantial de Juventud nos había escogido por nuestra riqueza y por... otras cualidades.

Habíamos de pagar un millón de dólares cada uno.

—¡Un momento! —le interrumpió Doc—. Todo eso resulta ininteligible. ¿Cuál es el secreto por el que usted y otros millonarios habían de pagar un millón de dólares?

Thackeray Hutchinson torció la cabeza para mirar a su alrededor con inquietud.

—Tienen apostado un hombre aquí-murmuró —. Dijeron que tenían que asegurarse de que no reveláramos el secreto o conspiráramos contra ellos para obtener la planta.

—¿La Manantial de Juventud tiene un hombre apostado aquí? ¿Uno de la cuadrilla de Santini?

El capitalista se estremeció.

—Sí; uno de los hombres de Santini.

—¿Quién es?

Thackeray abrió la boca para contestar. La cerró antes de haber pronunciado una palabra. Medio se alzó de su asiento. Se le escaparon sonidos ininteligibles mientras intentaba señalar hacia una puerta situada al otro extremo de la habitación.

El empleado de rostro patibulario que cuidaba del ascensor, se hallaba allí, revólver en mano.

—Conque estás dando el soplo, ¿eh? —rugió.

Su revólver escupió fuego. El cuarto pareció estallar, de ensordecedora que resultó la detonación.

Thackeray Hutchinson cayó, exánime, en su asiento. Tenía los ojos fuertemente cerrados. Había un agujero redondo, azulado, en el centro de su frente. Luego se le abrió la boca, dejando escapar la sangre a borbotones.

Doc Savage cogió un jarrón que había sobre una mesa. No era un arma muy eficaz; pero sí la que más a mano tenía. Lo tiró.

El pistolero intentó echarse a un lado. No fue lo bastante rápido. El jarrón le dio en el brazo armado. Dejó caer el revólver, se agachó para recogerlo, vió que no tenía tiempo para ello y dio un salto atrás. Cerró la puerta de golpe.

—¡El ascensor! —exclamó Doc—. ¡Vigiladlo!

Renny y Monk corrieron a obedecerle.

El pistolero echó la llave a la puerta.

Doc tocó al entrepaño. Era fuerte. Retiró un brazo y pegó con fuerza. Sus nudillos atravesaron por completo la madera-cosa que

parecía imposible que hueso y músculo pudieran soportar.

Sin embargo, cuando retiró el brazo después de haber hecho girar la llave en la cerradura, no se había hecho, aparentemente, daño alguno.

Corrió por un pasillo. Gritos y maldiciones le anunciaron que le habían cortado al asesino el paso a los ascensores.

—¡Se dirige a la azotea! —se oyó bramar a Renny.

Doc franqueó unas puertas vidrieras. El asesino se hallaba en el lado opuesto de la azotea, asomado a la calle. Miró a su alrededor, hizo una mueca, masculló una maldición y luego se descolgó por el borde del parapeto.

Doc se plantó allí en dos saltos. Desde allí, hacia abajo, había un adorno arquitectónico que ofrecía puntos de apoyo. El asesino habría descendido ya unos tres metros.

Doc se descolgó, a su vez, y salió en persecución suya. Sus movimientos eran rápidos y, en comparación con ellos, los del fugitivo resultaban lentísimos.

Este alzó la vista. Descubriendo que el hombre de bronce casi le había alcanzado, aulló una amenaza. Luego intentó ir más aprisa.

No era aquél el lugar más a propósito para echar carreras. A1 asesino, en sus prisas, le falló una mano. Dio unos manotazos al aire: pero no logró recobrar el equilibrio. Su cuerpo se inclinó hacia afuera, mientras sus brazos se agitaban con furia.

A1 principio de su caída, dio la vuelta, de forma que quedó de cara a la calle, que se hallaba cuarenta pisos más abajo. Soltó un grito prolongado y terrible, cuyo sonido fue apagándose a medida que se alejaba en su caída del lugar en que se hallaba Doc y sus compañeros.

Allá en la calle, los transeúntes alzaron la mirada y luego echaron a correr para dejar sitio al cuerpo que caía. El cemento se agrietó un poco bajo el impacto.

Doc regresó, lentamente, a la azotea.

Ham salió de la casa y dijo, sombrío:

—¡Thackeray Hutchinson murió instantáneamente!

CAPÍTULO VIII

TRABAJO RAPIDO

EL reloj instalado en la fachada del hangar principal era lo bastante grande para ser visto desde todos los puntos del campo de aterrizaje; pero había caído el crepúsculo ya, y era preciso hallarse muy cerca para darse cuenta de que las manecillas señalaban las ocho.

Monk se apeó del coche de Doc y dijo, en su vocecilla:

—Una cosa es segura: no conocemos aún a todos los miembros de la cuadrilla de Manantial de Juventud. Conque tenemos que ir con cuidado. Algunos de ellos pueden andar por aquí aguardando el aeroplano de Kel Avery.

Había una muchedumbre bastante nutrida en los alrededores de la sala de espera del aeropuerto. Esta tenía un aspecto heterogéneo. Algunas personas llevaban en la mano libritos pequeños y, otras, máquinas fotográficas.

—Coleccionistas de autógrafos y fotógrafos-dijo Renny.

—Lo que significa que está a punto de llegar una celebridad, ¿no es eso? —intercaló Patricia.

Doc dijo: —¡Pat!

—¿Qué?

—¿Eres capaz de cambiar de aspecto aprisa y corriendo?

—Si tuviese unas gafas de color, si que podría. No puedes imaginarte la diferencia que unas gafas así obran en una muchacha.

Doc Savage se metió una mano en el bolsillo y sacó un estuche de cuero.

—Aquí tienes unas. No creo que los de Manantial de Juventud te vieran bien esta tarde y, si cambias ligeramente de aspecto, tal vez no te reconozcan.

—¿Se trata de hacer creer que yo no estoy con vosotros?

—Justamente.

—Bien-Pat le dio un golpe en el brazo a Ham —. Préstame ese abrigo que llevas puesto.

—¿Huh? —exclamó Ham, sobresaltado.

—Está cortado como para una mujer. ¡Vamos! ¡Quítatelo!

Monk rompió a reír y Ham, con las orejas un poco coloradas, se quitó el abrigo y se lo entregó a la muchacha.

—Anda con ojo avizor y aprovecha las ocasiones que pudieran escapársenos a nosotros, Pat-ordenó Doc.

—De acuerdo.

Pat desapareció en la oscuridad, por entre los coches allí estacionados.

Unos momentos después, cuando volvieron a verla, se había puesto las gafas de color, cambiado el peinado y echado el abrigo sobre los hombros.

—¡Es lista la chica! —murmuró Renny, suavemente—. Apenas la reconocería yo.

Allá por el Sur se oía el zumbido de motores de aviación.

—Debe ser el aeroplano en que viene Kel Avery. Vamos-dijo Doc.

Se apearon todos del automóvil, seis hombres tan fuera de lo corriente que atrajeron sobre sí más de una mirada de curiosidad.

Doc se mantuvo en segundo término. Rara vez llevaba sombrero; pero en aquel momento se lo había puesto para ocultar algo sus facciones. No quería atraer a los fotógrafos ni a los coleccionistas de autógrafos.

Long Tom, tan pálido que parecía un enfermo, detuvo a un empleado del aeropuerto y le preguntó:

—¿A qué se debe toda esta excitación?

—Maureen Darleen, la actriz cinematográfica, llega en este aeroplano de Florida-replicó el hombre.

Mientras el enorme aeroplano de pasajeros se acercaba, Long Tom se aproximó a Doc y habló con él en voz baja.

—Los fotógrafos y coleccionistas de autógrafos han venido aquí a recibir a Maureen Darleen, la estrella cinematográfica-dijo —. Pero, si mal no recuerdo, la tal Maureen no pinta gran cosa. Lo más que ha hecho ha sido trabajar con algún actor bueno. Por lo que yo

me pregunto: ¿a qué todo este jaleo?

—¿No has leído los periódicos últimamente? —inquirió Doc.

—No-respondió Long Tom, encogiéndose de hombres: —he estado trabajando en mi invento eléctrico para utilizar ondas sonoras para matar insectos.

—Ayer y esta mañana, los periódicos no publican más que noticias de Maureen Darleen-explicó Doc —. La secuestraron ayer en Florida: pero logró escaparse. Algunos de los diarios tuvieron la poca amabilidad de insinuar que se trataba de un "truco" de publicidad.

—Es probable que lo fuera-gruñó Long Tom —. Esta gente del "cine" es capaz de todo para conseguir publicidad.

—No tiene, más remedio que serlo. Si el público no conoce sus nombres, no tienen valor en taquilla... y, para conseguir grandes sueldos, no tienen otra solución que ser grandes atracciones.

—Pareces estar defendiendo a esa Maureen Darleen.

—No la conozco personalmente-replicó Doc: —pero si sé que gasta la mayor parte de su sueldo en sostener un orfelinato en su pueblo natal, allá en Georgia.

—Eso puede ser publicidad también.

—Ella no anuncia que tiene relación alguna con el orfelinato. Sea como fuere, hay medios menos costosos de conseguir publicidad.

Long Tom se dio un golpe debajo del brazo, donde reposaba una súper ametralladora.

—Algunos de estos fotógrafos y coleccionistas de autógrafos pueden pertenecer a la cuadrilla de la Manantial de Juventud-gruñó.

Doc movió, afirmativamente, la cabeza.

—Estaba pensando yo en eso, precisamente.

El enorme aeroplano dio una vuelta por encima del aeródromo, el zumbido de los motores decreció y el aparato empezó a descender. El piloto era bueno y aterrizó como una pluma: luego hizo correr el avión en dirección a la sala de espera.

Los motores se detuvieron y se abrió la puerta del camarote. La muchedumbre apartó a los empleados y corrió hacia el aparato.

Los fotógrafos y operadores de "cine" aullaban y daban brincos en sus esfuerzos por conseguir fotografías; los coleccionistas de

autógrafos pedían la firma de Maureen Darleen a voz en grito.

Doc Savage y sus hombres siguieron juntos, formando un grupo, aun cuando se veían empujados de un lado para otro. Perdieron de vista a Patricia.

De pronto, una voz gritó desde la orilla de todo aquel jaleo. Era una voz chillona, muy alta y las palabras se oyeron perfectamente, a pesar del ruido.

—¡Aquí está Kel Avery! —gritaba.

Inmediatamente después, un hombre aulló. Se oyeron golpes y maldiciones.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó una voz.

Doc Savage corrió hacia donde se oían los gritos. Su enorme cuerpo pasó por entre la muchedumbre como atraviesa un torpedo el agua. A su llamada, sus cinco ayudantes formaron una cuña volante.

—¡Auxilio! —aulló la voz—. ¡Soltadme!

Doc vió lo que estaba pasando. Varios hombres mal encarados habían agarrado a un hombre grueso y bajo y le arrastraban, dándole golpes para que dejara de forcejear.

—¡Alto ahí! —ordenó Doc.

—¿Quién diablos es usted? —rugió un hombre, dirigiéndole un golpe con la culata del revólver.

Doc ya no se encontraba en el mismo sitio cuando cayó el golpe, sino un metro más allá. Alzó el brazo. Se oyó un golpe. EL hombre del revólver alzó los brazos y retrocedió, tambaleándose, con los labios hechos pulpa y los dientes asomando por las grietas donde habían dado los metálicos nudillos del hombre de bronce.

Los otros corrieron con el hombre obeso. No llegaron lejos. Doc cayó sobre ellos, seguido de sus cinco hombres.

Johnny, que parecía tan increíblemente delgado, asió a uno de los secuestradores, que abultaba dos veces más que él, abrazándole. Su víctima soltó unos gritos horrorosos, demostrando que Johnny tenía una capacidad de lucha que jamás se hubiera creído posible juzgándole por su aspecto.

El barullo atrajo a la gente. Un fotógrafo de periódico empezó a bailar de excitación y a preparar el magnesio.

—¡Doc Savage en acción! —aulló—. ¡Al demonio con la estrella cinematográfica! ¡No perdáis esto!

El magnesio se encendió, deslumbrando a los circunstantes. Se acercaron otros fotógrafos y empezaron a funcionar sus máquinas.

Long Tom cargó contra un hombre que empuñaba un revólver. Le descargó una serie de puñetazos en la boca del estómago, como si batiese un tambor, y el hombre rodó por tierra.

Al correr hacia otro de los enemigos, el mago de la electricidad se salió de su camino para tirarle a un fotógrafo la máquina de un golpe y pisotearla, echando a perder las placas tomadas. Conocía la poca gracia que le hacia la publicidad a Doc y, después de todo, la máquina seria propiedad del periódico por quien trabajaba el hombre.

La pelea se acabó de pronto. La cuadrilla que había intentado apoderarse del hombre grueso se hallaba íntegramente en el suelo, inutilizada. Eran siete en total, todos ellos de rostro patibulario.

Doc ayudó a la víctima a ponerse en pie.

—¿Está usted bien, Avery?

—¡Yo no me llamo Avery! —aulló el hombre—. ¡Soy Joe Smith, del diario Morning Comet!

Doc llamó a los otros periodistas.

—Este hombre dice que es Joe Smith…

—¡Claro que es Joe Smith del Morning Comet! —contestó uno de los periodistas—. ¡Le conocemos todos!

La mirada de los singulares ojos de Doc, erraron desde Joe Smith hasta sus inutilizados atacantes. Sus facciones estaban extrañamente fijas, más metálicas que nunca.

Sonó, inesperadamente, una extraña nota melodiosa, como un trino, un sonido fantástico que parecía salir de todas partes y, sin embargo, de ninguna parte determinada.

Era un sonido que Doc emitía inconscientemente cuando se hallaba bajo el influjo de una tensión fuerte o cuando estaba muy sorprendido. Ni él mismo hubiera podido explicar, exactamente, cómo lo hacia; pero el sonido siempre resultaba muy expresivo. En aquella ocasión significaba que estaba completamente disgustado consigo mismo.

A una señal de Doc, los hombres que habían atacado al periodista fueron arrastrados hasta el hangar más cercano, cuyas puertas se cerraron tras ellos.

Todos ellos estaban asustados, aturdidos y dispuesto a hablar, en

la esperanza de que así no se les acusaría más que de haber atacado a un hombre.

—Un tal Santini nos contrató para que atacáramos a ese Kel Avery en cuanto llegara el aeroplano, y le diéramos una paliza —gimió uno de ellos—. Santini nos señaló quién era Kel Avery. Nos pagó cincuenta dólares a cada uno.

—El que ustedes atacaron se llamaba Joe Smith, periodista, y no Kel Avery-dijo Doc.

—Santini dijo que se llamaba Kel Avery y que gritáramos su nombre-insistió el hombre, asustado.

Doc Savage entregó la cuadrilla a las autoridades del aeropuerto y salió a reunirse con sus ayudantes.

—Nos dejamos engañar-dijo, sombrío: —Santini contrató a esos hombres para que atacaran a uno de la muchedumbre y distrajeran nuestra atención.

—Pero… ¿por qué distraernos? —preguntó Ham, intrigado.

Renny se acercó en aquel momento, con la contestación a la pregunta. El ingeniero estaba excitado.

—¡Doc! ¡Doc! —exclamó—. Durante la pelea, otra cuadrilla echó mano a Maureen Darleen y a otra mujer, y se las llevó en un automóvil, según dicen los espectadores con quienes he hablado. Dejaron sin conocimiento de un golpe al que escoltaba a la actriz.

—¡Qué imbéciles hemos resultado ser! —murmuró Ham:— La pelea esa tenía por objeto distraernos mientras se llevaban a Maureen Darleen.

—Pero… ¡si yo creí que a quien buscaban era a un tal Kel Avery! —exclamó Renny.

—¿Dónde está el que escoltaba a Maureen Darleen? —preguntó Doc.

—Por aquí-contestó Renny, conduciéndoles al lugar.

El que había hecho veces de escolta era un gigante de cuerpo casi tan atlético como el de Doc Savage. Los músculos del hombre abultaban aún más que los del hombre de bronce, lo que significaba que estaba un poco trabado de músculos.

Tenía la cabeza cuadrada, cuello musculoso y dedos cuadrados y muy fuertes. Cruzado sobre el pecho, a la vista, lucia un correaje destinado a llevar dos pistolas en fundas debajo de los sobacos.

El hombre se había incorporado y sacudía la cabeza al acercarse

Doc. Miró algo vacuamente al hombre de bronce y luego tocó las fundas que colgaban del correaje: estaban vacías.

Doc se arrodilló, asió al hombre de los hombros, y le sacudió.

—¿Es usted Kel Avery?

El interpelado movió, negativamente, la cabeza.

—Amigo, mi nombre, ella no es Kel Avery. Mi nombre es Da Clima; sí.

Hablaba un inglés comprensible; pero su sintaxis era horrible. Su acento le delataba como originario del Sur de Europa.

—¿Usted es la escolta de Maureen Darleen? —preguntó Doc.

—Su escolta, sí. Tal vez fui su escolta-suspiró Da Clima —. Ella, quizá sea, no quiera una escolta que como escolta no gran cosa sirve, ¿no?

—¿Conoce usted a Kel Avery?

Da Clima se levantó del suelo.

—Kel Avery es Maureen Darleen-contestó —. ¿Usted no sabe eso?... ¿no?

—¿Maureen Darleen y Kel Avery son la misma persona? —repitió Doc, como para asegurarse.

Da Clima afirmó con la cabeza.

—Kel Avery o Kelmina Avery, ella ese nombre no usa, mucho por lo menos. Ese nombre Avery, él no tan bueno en el "cine", no. Maureen Darleen mucho mejor. Conque la muchacha, ella usa el nombre de Avery no tanto.

Se acercó Monk, dando saltos.

—¡Pat no está aquí, por ninguna parte! —dijo.

Doc asió el fuerte brazo de Renny.

—Dices que la cuadrilla se llevó a dos mujeres, ¿no?

—Sí.

—¡Vamos!

CAPÍTULO IX

LA HISTORIA DE KEL AVERY

EL coche en que iban los secuestradores y las dos mujeres era un faetón azul, largo. Se había dirigido a Nueva York. Estos dos datos se obtuvieron de algunos de los que habían presenciado el secuestro.

Da Clima subió al coche de Doc con los demás.

—Da Clima, él va-gruñó —. Nosotros los cogemos y Da Clima él hace así.

Hizo como si partiera algo con las manos.

—¿Qué dices a eso, Doc? —inquirió Monk.

—Que venga, naturalmente. Tenemos que hacerle unas preguntas.

El motor se puso en marcha, y partieron.

—¿Qué sabe usted de todo esto? —inquirió Doc dirigiéndose a Da Clima.

—Mi, yo no conozco mucho-contestó el hombre.

—Cuéntenos lo que sepa.

—Ayer leí la noticia de ello en los periódicos, del secuestro que es probado hacer de Maureen Darleen-dijo Da Clima —. Estoy en esa Florida entonces. Quizá usted lee eso, ¿no? El secuestro que es probado con Maureen Darleen...

—Llámela señorita Avery, para que no haya confusión-sugirió Doc —. Sí; leímos la noticia del intento de secuestro.

—Yo voy a ella, a la señorita Avery-prosiguió Da Clima —. Soy en otros tiempos boxeador. Ahora gano céntimos donde puedo. Peleo. Disparo. Soy mucho duro de pelar yo.

—Bien-intercaló Doc —. Da Clima; usted se dirigió a la señorita: Avery después de enterarse de que habían intentado secuestrarla y

le ofreció sus servicios como escolta. ¿No es eso?

—Eso es-asintió Da Clima —, hablo y le digo que yo soy lo que ella necesita. Conque me contrata para que la guarde.

—¡Valiente guardián ha resultado usted! —exclamó Monk, con desprecio.

Da Clima empezó a contestar; pero su mirada topó con el velocímetro y abrió los ojos como platos. Se humedeció los labios con inquietud y murmuró:

—¡Caramba! ¡Sí que vamos aprisa!

El aparato señalaba ochenta y cinco millas por hora. Los edificios parecían postes de una valla y los coches asustados por la sirena, se echaban hacia las aceras.

—¿Qué más sabe usted? —inquirió Doc.

—Yo, nada.

—¿No sabe usted nada de Santini, Hallet, Leaking o de un hombre de barba blanca llamado Dan Thunden, que dice tener ciento treinta y un años, o de una compañía que funciona bajo el nombre de Manantial de Juventud?

—No; jamás he oído hablar de nada de eso.

—¡Mirad! —gritó de pronto Long Tom.

Doc Savage había aplicado ya los frenos. EL pesado coche patinó un poco, se enderezó, volvió a patinar y luego, al pisar y soltar Doc los frenos de pie por turno, el vehículo giró y se detuvo con el radiador de cara a la dirección de donde habían venido.

Da Clima estaba pálido, asustado por la violencia de su parada; tenía los puños cerrados y jadeaba.

A la pisada del acelerador, el enorme coche volvió sobre sus pasos; luego amainó la marcha, se salió del asfalto y se detuvo.

Había una mujer de pie en la cuneta, con el agua hasta las rodillas. Estaba desgreñada, salpicada de barro, con el vestido rasgado por el hombro, como si la hubieran tirado de un automóvil que fuera a toda marcha. Se acercó a ellos, limpiándose barro de la cara.

—¡Maureen... señorita Avery! —exclamó Da Clima, con asombro.

Kel Avery era una joven alta, rubia, de ojos azules y, aunque estaba cubierta de barro, no era difícil ver por qué se la consideraba una de las artistas cinematográficas de porvenir.

Subió al coche y dijo:

—¡Vuelvan a seguir en la dirección que iban, señores! Y... ¡a toda marcha!

Reanudaron su avance de cometa, con la sirena a toda marcha.

—¿Cuál de ustedes es Doc Savage? —inquirió Kel Avery.

Monk indicó el asiento delantero; pero nada dijo.

Kel Avery se fijó en la asombrosa cabeza del hombre de bronce, en la anchura de sus espaldas y en el aspecto metálico de su piel.

—¡Oh! —dijo—. No le había mirado si no le hubiera conocido.

—Interrógala, Monk-ordenó Doc —. Esta forma de conducir requiere mucha atención. Estamos entrando en los suburbios de la ciudad.

En el suelo, donde había estado durante todo el tiempo, el cerdo Habeas Corpus olfateó los calados tobillos de la actriz, hasta que Monk le dio un puntapié en las costillas.

—Me tiraron del coche-dijo Kel Avery.

—¿Después de tomarse todo ese trabajo para secuestrarla? —exclamó Monk, con incredulidad.

—Es que creyeron que yo era mi doncella —explicó la rubia—. La otra muchacha les hizo creer que era ella Kel Avery.

—¿Qué otra muchacha?

—La que corrió a mi lado e hizo como si estuviera conmigo cuando empezó el jaleo en el aeropuerto. ¡Esa muchacha estaría estupenda en el "cine"! Es guapa y... ¡hay que ver lo bien que sabe desempeñar un papel! Les hizo creer que era ella Kel Avery, y, cuando tuvo ocasión, me dijo en un susurro que empezara a gritar, para que me echaran del coche, y, si lo hacían, que fuera en busca de Doc Savage y le contara mi historia. Conque grité y, en efecto, me echaron del automóvil.

Doc preguntó, por encima del hombro:

—¿Que aspecto tenía la otra muchacha?

—Era muy hermosa, como he dicho. Y tenía el cabello de un color bronceado, como usted, señor Savage.

—¡Era Pat! —gimió Monk.

Reinó un silencio desagradable durante unos instantes.

Doc Savage expresó muy poca emoción, porque sabía dominar por completo su expresión facial; pero en el rostro de sus cinco ayudantes se veía que el pensar que Patricia Savage se hallaba en

poder de la cuadrilla Santini les resultaba muy poco agradable.

Da Clima, con el rostro pálido, parecía encogerse más cada vez que el coche daba un salto o se ladeaba.

—Venía a Nueva York en aeroplano a solicitar su ayuda, señor Savage-dijo Kel Avery.

—¿Se lo dijo usted a alguien? —inquirió Doc.

—A nadie. ¿Por qué?

—Porque Santini y su cuadrilla se enteraron de que venía usted a mí e intentaron secuestrarme para que no pudiera usted dar con mi paradero. O así parece, por lo menos.

—¿Santini? —murmuró Kel Avery, intrigada.

—¿Ha oído usted hablar de él alguna vez?

—No.

—¿Y de la sociedad Manantial de Juventud?

—Tampoco.

—¿Y de Hallet o de Leaking?

—Jamás he oído esos nombres, que yo recuerde.

—¿Y de un hombre de pelo blanco, llamado Dan Thunden, que dice tener ciento treinta y un años de edad?

—¡Oh!

Doc quitó la mirada de la carretera y se volvió para mirarla un instante. La muchacha parecía sobresaltada.

—¿Ha oído usted hablar de Dan Thunden? —insistió Doc.

—Sí: es mi bisabuelo, según una carta que recibí de él. Mi bisabuelo por parte materna, decía él.

—¿Que más decía su carta?

—Decía que cogiese el paquete que acompañaba a la carta y lo guardara con mi propia vida; que no lo abriera y que fuese a Florida y que tendría cincuenta millones de dólares antes de haber transcurrido treinta días.

—¡Santo Dios! —exclamó Renny.

Doc preguntó:

—¿Obedeció usted sus instrucciones?

—Le parecerá a usted estúpido-suspiró Kel Avery; —pero las obedecí. Es que, ¿sabe usted?, El jefe de publicidad de la compañía de películas para quien trabajo, opinó que seria una gran idea lograr que los periódicos me dedicaran algún espacio. La compañía llegó, incluso, a pagarme sueldo para que fuera a Florida de

acuerdo con las instrucciones recibidas y el agente de publicidad había de reunirse allí conmigo. Pero, antes de que llegara él, me secuestraron. Eso me asustó. Me vine para el Norte.

—¿Por que venir al Norte?

La actriz sonrió.

—Para poner el asunto en manos de usted.

—¿Fue esa una idea del agente de publicidad?

Kel Avery se desconcertó; luego se colorearon sus mejillas bajo el barro y le dirigió a Doc una mirada de indignación.

—¡Esos hombres amenazaron matarme y yo estaba asustada! —contestó—. Me dijeron que me matarían si no entregaba el paquete. En realidad, no me escapé. Me pusieron en libertad para que fuera a buscar el paquete. Y el agente de publicidad no sabe dónde estoy. El no había llegado a Florida siquiera.

Doc guardó silencio, después de la indignada contestación.

—¿Dónde está el paquete ahora? —inquirió luego, con voz serena.

—En el aeroplano en que llegué. Lo mandé por correo aéreo, sabiendo que vendría en el mismo aparato que yo.

—¿Por qué esa precaución?

—Tenía miedo de llevarlo conmigo. Quizá sea porque no soy muy valiente.

—Es usted valiente de sobra-le aseguró Doc.

—Esto es lo que yo llamo un misterio profundo y muy negro-murmuró Monk.

Doc acortó la marcha del automóvil bruscamente.

—Es inútil-dijo: —el coche en que va Pat nos ha adelantado mucho.

Johnny se encajó, distraídamente, el monóculo en el ojo, dándole a este, así, un aspecto grotesco, porque el monóculo era en realidad, un cristal de aumento muy potente que el geólogo y arqueólogo usaba con frecuencia en el curso de su trabajo.

—Esto de Pat es horrible-dijo —. ¡Horrible!

CAPÍTULO X

LA ESTRATAGEMA DEL PAQUETE

MUCHOS ciudadanos de Nueva York conocían la existencia del cuartel general que Doc Savage tenía en el piso ochenta y seis del rascacielos más imponente de Manhattan, porque los periódicos habían hablado de él numerosas veces. Pero muy poca gente lo había visto. Si lo hubieran visto, habrían quedado asombrados.

El lugar se componía de un despacho y recibidor exterior que estaba suntuosamente amueblado, pero con exquisito gusto. Más allá había una biblioteca que, como completa en su surtido de libros científicos, sólo podría ser igualada, quizá, por otra biblioteca cuya situación era desconocida de todos salvo del propio Doc Savage, pues se hallaba en un lugar remoto y misterioso que el hombre de bronce llamaba su “Fortaleza de Soledad" y a la que se retiraba a intervalos a estudiar, sin que nadie, ni sus cinco ayudantes, conocieran su paradero.

Comunicando con la biblioteca, había un laboratorio experimental, teniendo este también sólo un rival, el que existía en la “Fortaleza de la Soledad". El laboratorio en cuestión contenía aparatos para llevar a cabo casi todos los experimentos científicos concebibles, así como herramientas para la construcción de los numerosos dispositivos que Doc Savage hallaba necesarios.

Monk se hallaba de pie en el despacho exterior, dándole suavemente a Habeas Corpus con la punta del pie en las costillas, y expresaba su opinión.

—Ese viejo de Dan Thunden es un verdadero fenómeno —decía —. ¡Mira que poder brincar de esa manera un hombre de ciento treinta y un años de edad!

Sólo la linda Kel Avery le escuchaba: Pero era lo bastante,

porque Monk hubiera sido capaz de hablar todo el día, si con ello lograba gozar de la compañía de una muchacha tan hermosa como aquélla.

Doc estaba dando órdenes, después de haber anotado una serie de nombres y señas en tiras de papel.

—Aquí están algunos de los hombres acaudalados cuyos nombres encontramos en el fichero de la Manantial de Juventud-explicó el hombre de bronce.

Repartió las tiras de papel entre Long Tom, Renny, Ham y Johnny.

—Investigad-les ordenó —. Estos nombres figuraban en el fichero con su cuenta y razón, como ocurría con el del banquero Thackeray Hutchinson.

—Alguno de estos pájaros debiera poder decirnos algo-observó Renny.

—Tened cuidado-les advirtió Doc —. Seria muy desagradable que se repitiera lo sucedido a Hutchinson.

—Ese individuo recibió su merecido-dijo Monk, que se había callado para escuchar.

—¿Qué le ocurrió? —inquirió Kel Avery, con curiosidad.

—Recibió un tiro entre ceja y ceja-le dijo Ham.

—¡Oh! —exclamó la joven, dejándose caer en una silla.

—Este hirsuto mico-prosiguió Ham, señalando a Monk con su bastón, —cree que está muy bien que muera un ser humano.

—¡Bah!... ¡era un ladrón de huérfanos! —dijo Monk, con embarazo.

—¿Y Pat? —inquirió Renny, con ansiedad.

—No tenemos el menor indicio que nos guíe-le hizo ver Doc —. Tendremos que esperar a ver qué curso toman los acontecimientos.

Los cuatro hombres se marcharon con sus tiras de papel, ansiosos de hallar algún dato acerca de la sociedad Manantial de Juventud.

Da Clima se acercó al refrigerador de agua, bebió y luego volvió al lado de Doc.

—Mí, yo creo que salgo, pero no para mucho.

—¿Por qué? —preguntó Doc.

Da Clima se encogió de hombros y respondió:

—Asuntos.

—Bien.
El hombre se dirigió a los ascensores.
Doc le hizo una señal a Monk.
—Síguele.
Monk rió e hizo retroceder a Habeas Corpus.
—¡Dios quiera, que Da Clima me proporcione la excusa para que le zumbe! —exclamó—. No me gusta ni pizca.
Y salió.
Kel Avery intentó estrujar su vestido para extraer algo de agua fangosa y preguntó:
—¿No se fía usted de Da Clima?
—Se trata de una simple precaución-le aseguró Doc —, y, al propio tiempo, le da algo que hacer a Monk. Se creería despreciado si no estuviese haciendo algo.
—Tiene usted un grupo de ayudantes verdaderamente maravilloso-dijo la joven.
Doc inclinó la cabeza cortésmente y observó:
—No es aconsejable que salga usted de aquí, puesto que Santini y sus hombres deben estar enterados de su existencia de este lugar. Puede hacer uso del teléfono y hacerse traer ropa nueva de alguna tienda. Hay una excelente en este mismo edificio.
—Gracias.
Doc Savage se retiró a la biblioteca, donde había otro teléfono y, mientras Kel Avery telefoneaba a la tienda, él llamó a las autoridades postales.
Tuvo que explicar dos veces lo que deseaba y halló necesario darles a los funcionarios de Correos el número de una tarjetita que se sacó del bolsillo.
La tarjetita en cuestión acreditaba que Doc era investigador postal autorizado y llevaba la firma del Ministro de Comunicaciones. Aquél era uno de los muchos títulos honorarios que poseía Doc.
A continuación se dirigió al laboratorio, donde puso en marcha un aparato transmisor radiotelefónico de onda corta.
Llamó a Johnny, a Long Tom, a Ham y a Renny uno tras otro. Pero sólo contestó Johnny. Los otros se hallaban, evidentemente, entrevistándose con alguno de los millonarios.
—Posees toda mi atención —le aseguró Johnny.

—Escucha-dijo Doc.

Luego habló, rápidamente, en el dialecto maya que usaba para comunicar con sus hombres cuando quería darles órdenes importantes y secretas.

—¡Estupendo! —exclamó Johnny.

Y acabó la conversación.

Doc salió a reunirse nuevamente con Kel Avery en el cuarto exterior.

—¿Ha dado usted los pasos necesarios para que sea enviado aquí mi paquete postal? —inquirió la actriz.

—Estará aquí dentro de veinte minutos a lo sumo-replicó Doc.

—Tardó usted bastante en arreglarlo-señaló la joven —. ¿Tropezó con alguna dificultad?

Doc iba a responderle, pero en ese momento entró Da Clima.

—Mi, yo tengo dos nuevos-dijo éste.

Y, abriéndose la americana, enseñó su correaje que contenía un par de revólveres de gran calibre.

—Mis otros dos, esos hombres en aeropuerto los cogieron-agregó.

—Ha comprado dos revólveres nuevos, ¿eh? —dijo Doc, lentamente—. No son fáciles de comprar aquí, en Nueva York.

—Para quien tiene dinero, ello todo fácil —rió Da Clima—. En tienda de ocasión los compro y no necesita licencia para llevarlos tampoco.

Monk entró a los pocos momentos, echó un manojo de periódicos sobre la mesa.

—Ahí los tienes, Doc-dijo, como si le hubieran mandado a comprar los periódicos, y no a seguir a Da Clima.

Y se metió en el laboratorio.

Doc se reunió con él en cuanto pudo hacerlo sin despertar las sospechas de Da Clima.

—El tipo ese entró en una tienda de ocasión, estuvo un rato dentro y luego volvió aquí-gruñó Monk —. No hizo otra cosa.

—Telefonea a la policía y dile que clausure ese establecimiento por haber vendido armas de fuego a personas que carecían de licencia de uso de armas-ordenó Doc.

Monk movió, afirmativamente la cabeza.

—¿Hay noticias de Pat? —preguntó.

—Ninguna.

Doc volvió al despacho exterior mientras Monk usaba el teléfono interior para avisar a la policía.

La ropa que Kel Avery había pedido, llegó y una modista subió con ella, preparada para hacer las modificaciones que fueran necesarias.

La actriz se retiró a la biblioteca y regreso a los pocos momentos. El vestido le había ido bien sin necesidad de modificaciones.

—Ahora vuelve usted a parecer Maureen Darleen, la estrella cinematográfica —dijo Monk:— Aun cuando la verdad, es que tampoco estaba usted mal antes.

—Gracias-repuso sonriendo, pero luego, ya seria agregó: —Estoy preocupada por esa otra muchacha... por Pat. ¿Qué cree usted... que le estarán haciendo?

—Con toda seguridad estarán intentando hacerla declarar dónde se encuentra la cajita que su bisabuelo Dan Thunden le mandó.

—Entregaré esa cajita si con ello puedo lograr su libertad —afirmó Kel Avery.

—No debieran tardar en llegar los empleados de Correos con la caja-dijo Doc.

Kel Avery miró al hombre de bronce con curiosidad. Luego dijo:

—En el preciso instante en que entraba Da Clima empezó usted a decirme algo acerca de la conversación que tuvo con las autoridades postales para pedirles que me mandaran la caja aquí. ¿Qué era? O... ¿ha cambiado usted de opinión?

Doc Savage sonrió.

—No he cambiado de opinión.

Luego, antes de continuar, se acercó a la ventana y se asomó, desde la tremenda altura, a la calle.

—Lo que iba a decirle... —empezó.

Calló y señaló por la ventana.

—Un coche blindado se para ahora delante de la puerta —dijo —. Debe traer su paquete.

Kel Avery corrió a la ventana.

—¿Les pidió usted que usaran un automóvil blindado? —preguntó.

—Naturalmente.

De pronto Doc quedó atónito. La muchacha miró hacia abajo, y se quedó rígida también, mientras que Monk y Da Clima se acercaron rápidamente y se quedaron boquiabiertos. La calle estaba brillantemente iluminada.

—¡Oh! ¡Oh! —susurró Kel Avery, con voz horrorizada.

Un cartero de uniforme y con un paquetito en la mano se acababa de apear del coche y se dirigía a la entrada del rascacielos. Pero, en aquel preciso instante, se alzaron tres hombres en un coche abierto de turismo que estaba parado no muy lejos de allí.

Los hombres alzaron el brazo y tiraron lo que parecía botellas de cristal.

Estas dieron sobre la acera, a los pies del cartero, y estallaron, dejando unas manchas húmedas sobre el hormigón. Las manchas parecieron evaporarse con sorprendente rapidez.

—¡Gas! —exclamó el químico Monk.

EL vapor, fuera cual fuese su naturaleza, era potente, porque el cartero cayó al suelo a los pocos instantes. Otro cartero que saltó del coche blindado revólver en mano, experimentó al parecer, los efectos del gas también, porque cayó a su vez.

Uno de los hombres saltó del coche de turismo y corrió hacia adelante.

—¡La cuadrilla de Santini! —gimió Monk—. Ese hombre está conteniendo la respiración, Doc, ¿no podemos hacer algo?

—¡Silencio! —ordenó Doc.

El hombre aquel llegó al lado del cartero caído, se agachó y recogió el paquete. Luego volvió al coche de turismo y subió a él. El automóvil se puso en movimiento casi antes de que hubiera tenido tiempo de dejarse caer en el asiento.

—¡Adiós paquete! —exclamó Monk, rechinando los dientes.

—Esos malditos hombres, seguro que son listos —gruñó Da Clima, moviéndose en dirección a la puerta.

—¡Un momento! —ordenó Doc.

El dejo de autoridad con que fueron pronunciadas estas palabras, hizo que el excitado Da Clima se parase en seco y con gesto de perplejidad, volviera a la ventana y se asomara de nuevo.

El coche de turismo estaba cogiendo velocidad.

Monk abrió de par en par la ventana, gritando:

—¡Puedo alcanzarles con mi pistola súper ametralladora!

—No —le dijo Doc.

Monk se volvió bruscamente.

—Doc, ¿te has vuelto loco?

Pero, antes de que le fuera posible al hombre de bronce contestar, el químico se quedó un poco corrido y luego empezó a reír.

—Doc, tú te tienes algo callado —le acusó—. ¿De qué se trata?

—Mira y verás —contestó Doc, señalando.

Abajo, en la calle, un "cupé" pequeño serpenteaba entre el tráfico de una forma que no dejaba lugar a dudas, a los que miraban desde arriba, que seguía al coche de turismo.

Los que ocupaban este último coche, no podían darse cuenta de la persecución, debido a la cantidad de vehículos que había allí.

—¡El “cupé" de Johnny! —exclamó Monk.

—El mismo.

—Pero... ¿cómo pudo él...?

—Le hablé por onda corta al mismo tiempo que hablaba con las autoridades postales —explicó Doc—. Johnny había de seguir al coche blindado y si sucedía algo, tenía orden mía de usar su criterio.

—Esto podría llevarnos al lugar en que se halla Pat —rió Monk.

—Dios quiera que así sea.

CAPÍTULO XI

PRISIONERO

EN el rascacielos en que se hallaba el cuartel general de Doc, había un ascensor especial, de gran velocidad, que daba acceso, no sólo al vestíbulo de la planta baja, sino a un garage subterráneo en que el hombre de bronce guardaba sus diversos coches.

La existencia de dicho garage era conocida de muy pocas personas fuera de los cinco ayudantes de Doc Savage.

Kel Avery se quedó un poco sin aliento por la terrible velocidad con que el ascensor les bajó al sótano, mientras que Da Clima, que parecía valiente ante todo menos ante la velocidad, palideció algo.

—La movida aprisa, usted seguro hace mucho de ella, ¿no? —murmuró, cuando salieron al pasillo que conducta al garage.

—No hay malhechor que se haya movido nunca lo bastante aprisa para pillarle mucho tiempo la delantera a Doc Savage —dijo Monk.

Kel Avery pasó una mano sobre el brazo de Doc y preguntó:

—Lo que iba usted a decirme era que Johnny seguiría al coche de Correos, ¿no?

Doc movió, afirmativamente, la cabeza.

—Me alegro de eso, porque, si no me lo hubiera dicho, hubiera demostrado con ello que no se fiaba de mí.

Doc Savage escogió un coche que no era fácil que Santini y su cuadrilla reconocieran. Parecía una camioneta corriente de las empleadas por comercios pequeños para el reparto de mercancías.

Los vidrios a prueba de balas y la construcción blindada convertían al vehículo en una especie de tanque capaz de desarrollar grandes velocidades.

Los neumáticos estaban rellenos de esponja de goma en lugar de

aire. El interior de la camioneta estaba equipado de cómodos asientos giratorios, colocados junto a aspilleras disimuladas y había estantes con pistolas súper ametralladoras, planchas de protección para el cuerpo, máscaras antigás, granadas, bombas de gases y hasta un pequeño cañón de campaña, que podría ser transportado por dos hombres y que disparaba un proyectil de dos pulgadas.

—Este, vaya coche —dijo Da Clima, con admiración.

Una rampa les condujo a la puerta colocada al nivel de la calle, puerta que se abrió automáticamente al acercarse el coche que se cerró tras ellos, actuada por un mecanismo oculto.

Doc dio al interruptor del teléfono de onda corta y habló por el micrófono.

—¿Johnny…? ¿Johnny?

—Viajo en dirección norte por Broadway-contestó la vez de Johnny, por el altavoz —. Hasta ahora no ha habido dificultad alguna.

—¿Te han visto?

—A eso respondo con la más enfática negativa-repuso Johnny.

Kel Avery estaba mirando a Doc Savage como hipnotizada, porque al ver el maravilloso piso del rascacielos, se había dado cuenta de que aquél no era un hombre corriente.

—Empiezo a comprender cómo consiguen ustedes los resultados que les hacen famosos —murmuró—. No dependen sólo de su habilidad personal. Emplean todos los medios científicos posibles en su trabajo.

Doc nada dijo, limitándose a concentrar su atención en el tráfico. Le molestaba hablar de sí mismo.

—Desviación en dirección Este, por el puente a Long Island —sonó la voz de Johnny por radio.

Llegó la voz de Long Tom por el altavoz.

—¿Qué ocurre por aquí? —inquinó el mago de la electricidad.

Evidentemente, Long Tom acababa de abrir el interruptor de su aparato y estaba intrigado por lo que oía.

Doc le contó lo ocurrido con el paquete postal.

—Dirígete a Long Island-le ordenó —. Y dime qué información recibiste cuando te entretuviste con tu millonario.

Hubo una pausa, mientras el lejano Long Tom cambiaba la dirección de su coche y se dirigía a Long Island. Luego empezó a

hablar.

—Mi millonario había volado de su jaula —dijo.

—¡Lástima! —murmuró Doc—. ¿Quieres darme detalles?

—Le llamaron por teléfono momentos antes de que yo llegara, según me dijo la doncella —explicó Long Tom—. Pareció muy excitado, cogió dinero de su caja de caudales, reunió unas cuantas prendas de vestir y las metió en una maleta. Salió corriendo de casa y no le han vuelto a ver.

—Suena como si le hubieran avisado quo ibas tú a visitarle.

—Así es.

Poco después. Renny y Ham anunciaron que les había ocurrido a ellos algo parecido.

Johnny interrumpió para anunciar.

—Los hombres que se apoderaron de ese paquete, están cruzando ahora una sección despoblada de la carretera de la playa.

—Ve con cuidado —le aconsejó Doc.

Hubo silencio. Interrumpido tan sólo por el ruido del tráfico y el sonido amortiguado da los coches. Johnny anunció con mayor exactitud su paradero y Doc marcó el lugar en un mapa de Long Island. La región en que se estaba internando Johnny, era una de las más despobladas de la Isla.

Renny dijo por el aparato de radio:

—Doc: es evidente que Santini avisó a los millonarios para que desaparecieran.

—Lo que me intriga —interpuso Ham—, es que puede haberles inducido a salir huyendo tan de repente.

—Con toda seguridad estarían enterados de lo que le había ocurrido a Thackeray Hutchinson-afirmó Doc —. Los periódicos han salido ya a estas horas y llevarán detalles de su muerte. El temor a correr igual suerte habrá bastado para impulsar a los millonarios a hacer lo que se les mandaba.

—Santini se está molestando una barbaridad para impedir que nos enteremos de qué se trata —bramó Renny—. Muchachos, sea lo que fuere, debe ser algo muy grande.

Unos minutos después habló Johnny. Se olvidó de usar palabras largas. Su voz denotaba precipitación.

—¡Han detenido su coche y se están apeando! —exclamó. Luego dio el paradero exacto—. Es en una carretera vieja, cerca de la

playa.

—Tardaremos quince o veinte minutos en llegar allá —dijo Doc —. Has estado viajando mucho más aprisa de lo que parece.

—Voy a seguirles —anunció Johnny.

—Hazlo, y ve con pie de plomo.

Johnny cortó la comunicación de la radio y se internó con su coche, entre la maleza. Luego se apeó.

La arena era tan blanda, que parecía viva, bajo sus pies cuando echó e andar.

Brillaba tanto la luna, que los arbustos y matas proyectaban grotescas sombras.

Delante de él vió la luz de varias lámparas de bolsillo. Se oyeron voces y sonaron risas.

—¡Hay que ver cómo cayeron esos carteros! —rió un hombre—. ¡Fué un encanto!

—No será un encanto tan grande si mueren —gruñó otro—. Tío Sam es un poco duro de pelar cuando se le echa a uno encima.

—¡Olvídalo! El gas ese sólo les hizo perder el conocimiento para un rato.

Siguieron adelante y Johnny, al apretar el paso, se acercó lo bastante para oír el ruido de sus pisadas en la arena. Si apostaban un centinela, quería hallarse lo bastante cerca para oír la orden.

Johnny se preguntaba cuál podría ser su destino. Aquella sección de la playa, baja y poco saludable, ni siquiera estaba ocupada por cabañas veraniegas. En conjunto, era el lugar más aislado que hubiera podido encontrarse en las inmediaciones de Nueva York.

—¿Quién diablos viene? —gritó una voz áspera.

—Los Reyes Magos —gruñó uno de los atracadores—. ¿Quién crees que puede ser? ¿Está su ilustrísima?

—Está Santini.

—Él sirve.

Johnny, felicitándose en su fuero interno por haber oído la voz del centinela, dio un rodeo para no toparse con él y siguió al trío. No fueron mucho más allá.

Apareció un resplandor rojizo, que resultó ser una hoguera que ardía delante de un cobertizo desvencijado abierto por uno de los lados.

Se vió a Santini a la luz del fuego; Luego a Hallet y a Leaking. Este último seguía sudando a pesar de lo frío de la noche.

Johnny miró fijamente hacia algo que había en la oscuridad, más allá de la hoguera. Se hallaba en el agua, cerca de la orilla. Alguien echó leña al fuego y pudo ver mejor.

¡Un avión! Era un aparato grande, de quilla maciza, de largas alas y dos motores cubiertos con fundas de lona. Un anfibio, porque pudo ver los huecos en que se ocultaban las ruedas del tren de aterrizaje, que había sido alzado fuera del agua.

Santini se limpió un corte pequeño que tenía en la mandíbula y gruñó:

—Esa maldita Pat Savage es una fiera. Me dio un puntapié en la cara y por poco se escapó.

Aquello hizo que Johnny se olvidara del gigantesco hidroavión. ¡Conque sabían que Pat no era Kel Avery! ¿Cómo lo habían averiguado? Pero lo más importante de todo era que Pat se hallaba allí.

—Lo hemos conseguido —declaró uno de los recién llegados.

—¡Bien! —Santini se guardó el pañuelo, se retorció el bigote y extendió la mano—. ¡Démelo!

Le entregaron el paquete robado a los carteros.

La brisa del mar hizo que se balanceara el avión y susurró en la arena, en la hierba y en la maleza.

—Nos meteremos ahí dentro, que no hace tanto aire —decidió Santini.

En cuanto estuvieron dentro, Johnny se puso a avanzar. Quería ver el contenido del paquete.

Pero el huesudo geólogo se detuvo como si se le hubiera helado la espina dorsal. Y sentía en ella frío, en efecto, por el helado objeto de metal que le habían aplicado a la nuca.

—A menos que esté usted hecho a prueba de balas, más vale que se esté quieto —le susurró al oído una voz sorprendentemente juvenil.

CAPÍTULO XII

DECEPCIÓN

JOHNNY se quedó tan inmóvil como le fue posible, porque había reconocido la voz de Dan Thunden y el sentido común le decía que aquel objeto frío era el cañón de una pistola. Unas manos le cachearon, quitándole la única arma que llevaba: la pistola súper ametralladora.

Llevaba chaleco a prueba de bala, cosa que descubrió Dan al registrarle.

—Le daré el tiro en la cabeza —anunció.

—¡Conque aun trabaja usted con ellos...! —susurró Johnny.

Dan Thunden emitió una serie de maldiciones y reniegos entre dientes.

—Estoy trabajando sobre ellos y no con ellos —gruñó—. Le he zumbado en el entrepuente al vigía ese y no es fácil que pueda levar anclas en mucho rato.

—En tal caso, más vale que usted y yo trabajemos juntos-propuso Johnny.

—Dan Thunden está trabajando para sí-susurró el viejo, con vehemencia —. No sabía quién era usted cuando le encontré la última vez; pero ahora sé que pertenece al grupo de Doc Savage. Bueno, pues no quiero nada con ustedes.

—Escuche —empezó a decir Johnny—. ¿Qué...?

—Échele un rizo a la mandíbula y navegue en dirección al cobertizo —le interrumpió Dan Thunden—. Vamos a escuchar un rato.

Johnny, comprendiendo que lo más prudente era obedecer, echó a andar, hasta llegar a la pared del cobertizo. Había enormes grietas en las tablas, que ofrecían orificios a ojos y oídos. Como ardía

brillantemente ante la parte abierta de la construcción, la hoguera iluminaba el interior y les era posible ver claramente lo que ocurría dentro.

Al echar la primera mirada, Johnny se llevó una sorpresa. A Patricia Savage no se la veía en parte alguna.

Aparte de Santini, Hallet y Leaking había varios hombres en el cobertizo.

Santini limpió a puntapiés el suelo y depositó el paquete postal en él.

Sacó una navaja y cortó el cordel. Después de quitar el envoltorio exterior cogió un trozo de papel fuerte, doblado. Lo desplegó.

—¡"Veramente"! —estalló—. ¡Dan Thunden llegó a mandarle a su biznieta un mapa de la situación de la isla incluso!

—¿Estas seguro de que es esa la Isla? —inquirió uno de los hombres.

—Si; aquí está —contestó Santini.

Y posó un dedo en el mapa.

Johnny aguzó la mirada y pudo darse cuenta de la situación aproximada de la isla. Se hallaba en el mar Caribe, a bastante distancia de Florida. De pronto Dan Thunden le empujó la cabeza, para impedir que viera más; pero era ya tarde.

Dentro del lugar, se oyó ruido y un grito ahogado.

—¡Es esa maldita muchacha! —rugió Leaking.

—No la necesitarnos ya —dijo Santini—. ¡Pegadle un tiro!

El hombre que había hablado sacó un revólver, hizo girar el cilindro y luego gruñó:

—Un cuchillo no hará tanto ruido.

Y extrajo un largo cuchillo de caza de la vaina que llevaba oculta entre la ropa.

La pistola de Dan le dio en la nuca a Johnny.

—¡Andando! —susurró el viejo—. ¡Aprisa! Antes de que hagan daño alguno a mi biznieta.

Johnny se vio empujado hacia la parte abierta del cobertizo. Dan Thunden le iba a usar como escudo-y el hecho de llevar chaleco a prueba de balas no le sirvió de gran alivio.

—Me seria imposible no daros desde aquí-gritó Dan, desde la parte delantera de la estructura.

Ni un solo hombre de los que había dentro se inmovilizó al oír aquellas palabras, porque es muy humano sufrir un violento sobresalto cuando le sorprenden a uno.

Pero sólo un hombre fue lo bastante temerario para ofrecer resistencia.

El que habla ido a matar a Pat, tenía el cuchillo en la mano. Echó el brazo hacia atrás para tirarlo.

La pistola de Dan sonó, ensordecedora, junto al oído de Johnny, y el fogonazo le chamuscó el cuello.

El otro dejó caer el cuchillo, dio dos o tres pasos y luego se llevó las manos a la cabeza, cuya parte superior parecía haber estallado. A continuación, rodó por el suelo, echando sangre a borbotones por la herida.

—Está muerto —les dijo Dan a los otros, expresivamente.

Santini alzó las manos y los otros siguieron su ejemplo.

Entonces vio Johnny a Pat Savage. Estaba tumbada contra la pared por cuyas grietas habían estado observando. Estaba atada de pies y manos con una cuerda y se había hecho uso de una tira arrancada al elegante abrigo de Ham para amordazarla.

Dan Thunden le dio a Johnny un empujón.

—¡Váyase al lado de ellos, donde yo pueda verle!

Recogiendo el mapa que había dejado caer Santini, el hombre lo tiró al fuego.

—No debí de haberle mandado eso a mi bisnieta —gruñó;— pero no sabia si podría hacer falta. Me parece que todos los interesados sabrán encontrar la isla si es necesario. —Hizo una pausa, para dirigirle una mirada torva a Johnny—. Salvo Doc Savage y sus cachorros… y a ellos no les necesitamos para nada.

Dicho esto, continuó desenvolviendo el paquete. Apareció una caja de madera delgada y ligera. Parecía una caja de puros grande, salvo que no tenía etiqueta alguna ni llevaba nada impreso.

Con expectación, el viejo-joven alzó la tapa. Se puso rígido y dijo algo ininteligible entre dientes. Su mano de largos dedos se hundió en el contenido sacando hojas de un gris verdoso.

—¡Esto no es! —aulló de pronto—. ¡Esto no es más que artemisa corriente!

Tan sorprendido estaba Dan Thunden de que la caja contuviera una cosa distinta a la que él había esperado, que apartó la atención

de sus prisioneros.

—¡Cuidado! —gritó Johnny.

Avisó demasiado tarde. Santini dio un brinco. Su pie topó con el brazo armado de Thunden. El revólver cayó al suelo.

—¡Presto! —aulló Santini—. ¡Aprisa!

Los hombres se abalanzaron sobre Dan Thunden. Fueron recibidos con un torbellino de golpes, una deslumbrante exhibición de destreza en la lucha. El viejo era un acróbata asombroso y un ciclón.

Johnny corrió a tomar parte en la lucha y dirigió un puñetazo a una mandíbula. No derribó a su contrincante, debido a su propia prisa, y fue golpeado a su vez.

Un hombre le saltó sobre la espalda, le apretó las piernas por la cintura y empezó a descargarle golpes sobre la cabeza y el cuello. Johnny se dejó caer hacia atrás sobre el hombre. El que había recibido el puñetazo en la mandíbula, le saltó sobre la boca del estómago con los dos pies.

Pat Savage empezó a moverse de un lado a otro, intentando deshacerse de sus ligaduras. No lográndolo, consiguió echar la zancadilla a un hombre que corría hacia Dan Thunden.

Este había derribado a tres de sus contrincantes a puñetazo limpio. Luego Santini se metió detrás de él y le dio un formidable golpe detrás de la oreja.

Las piernas de Thunden se doblaron; parpadeó.

Los secuaces de Santini se aprovecharon de esta debilidad. Atacaron todos juntos, derribándole. En un momento le asieron y lo redujeron a la impotencia.

Riendo, Santini se puso en pie, corrió al lado de Johnny, y le dio dos puntapiés en la cabeza, tras lo cual fue fácil dominar al geólogo. Santini retrocedió un paso y se atusó el bigote. Tenía suelta la cinta del pecho y volvió a sujetarla ciudadosamente.

—¡Bueno! —exclamó.

Luego se desvaneció su expresión de gozo al caer su mirada sobre la caja.

Se acercó a ella y sacó unas cuantas hojas, dejó que resbalaran entre sus dedos y luego se enderezó.

—¡No es esto! —rugió.

Dan Thunden, que forcejeaba con los hombres que le sujetaban,

gruñó:

—Esta muchacha debe haberlo cambiado.

Santini masculló una maldición.

Pat hizo un ruido ininteligible a través de la mordaza.

Dan Thunden la miró.

—¿Qué hiciste del paquete que te mandé?

Santini se sobresaltó a1 oír esas palabras. Dan Thunden le había hablado a Pat como si fuera su biznieta, cosa que le sorprendía, pues él había logrado averiguar que Pat no era Kel Avery.

La equivocación del viejo no le causaba sorpresa alguna a Johnny. ¿Acaso no había dicho Kel Avery que jamás había visto a su bisabuelo? Dan Thunden no conocía de vista a su bisnieta y, por consiguiente, había cometido el error de creer que Pat era Kel.

Santini respiró hondamente. Se veía bien claro que estaba a punto de hacerle ver al viejo su equivocación.

Johnny dijo, en alta voz:

—Señorita Avery, ¡no les diga una palabra! Pase lo que pase... ¡no les diga una palabra!

En lugar de hablar Santini parpadeó. Por su expresión se veía que estaba medio convencido de que Pat era, después de todo, Kel Avery.

—¡Desatadla a ver lo que dice! —ordenó Santini.

Un hombre se dirigió a Pat; pero se detuvo bruscamente, porque Pat había alzado una pistola entre sus atadas manos.

Era el arma que le quitaron a Thunden de un puntapié al principio de la lucha y que Pat había logrado alcanzar sin ser vista.

—Mum-m-m-w-um —dijo Pat.

No era difícil comprender lo que quería decir, y se alzaron todas las manos.

—¡Exquisito! —suspiró Johnny.

Y corrió a quitarle la mordaza y desatarle las muñecas.

Pat se puso en pie, golpeando el suelo con los tacones para restablecer la circulación; pero sin dejar de apuntar con la pistola.

—¿Por qué mandó usted ese paquete? —le preguntó a Dan Thunden, con brusquedad.

El hombre de la barba blanca se encogió de hombros.

—Esperaba que accederías a asociarte conmigo-repuso él.

—¿Cómo? —exclamó Pat, con incredulidad.

—Necesitaba dinero, ¿comprendes? Iba a reunirme contigo en Florida y contarte toda la historia. —Hizo una pausa para dirigirles una mirada asesina a Santini y sus hombres—. Pero estos señores debieron de recibir el telegrama que me mandaste diciéndome que irías a Florida. O… ¿enviaste ese mensaje de verdad?

—El mensaje en cuestión fue enviado-respondió Pat, decidiendo, evidentemente, que podría sacarle más información fingiendo que era su bisnieta.

—No lo recibí —afirmó Dan—. Y eso explica por qué no me reuní contigo en Florida. ¿Mandó Santini un hombre allá para…?

Santini decidió, de pronto, correr un riesgo muy grande. Se encontraba cerca de Dan Thunden en aquel momento. Dando un salto, se colocó detrás del viejo y le empujó con todas sus fuerzas. Dan Thunden se vio proyectado hacia Pat. Pillada por sorpresa y no queriendo matar al viejo, Pat se echó a un lado. Ello proporcionó a Hallet y a Leaking una oportunidad de intervenir.

Saltaron, rápidamente, hacia adelante.

Pat soltó una aguda exclamación de ira y disparó pero le dieron un golpe en el brazo y el proyectil fue a incrustarse en el techo. Santini se acercó y le quitó el arma.

Johnny le dio un puñetazo en la cara. Gritando bruscamente, Santini aplicó el cañón de la pistola al pecho del ayudante de Doc y disparó hasta vaciar el arma.

Las detonaciones resultaron ensordecedoras en aquel reducido espacio.

Johnny se vio proyectado hacia atrás, girando como una peonza, por la fuerza de las balas. La tela del traje, por encima de su pecho, echó humo y despidió chispas. Cayó boca arriba y permaneció allí, con los ojos muy abiertos y todo su cuerpo inmóvil.

Dan Thunden, dando traspiés aun por el empujón que le había proyectado contra Pat, recobró el equilibrio y dio media vuelta; pero vió que se hallaba en condiciones de inferioridad, porque los secuaces de Santini habían sacado sus armas ya.

Agachando la cabeza, Dan salió, corriendo, del cobertizo. Uno de los pistoleros de Santini disparó contra él; pero Thunden se limitó a saltar más alto y a correr más deprisa hasta perderse en la oscuridad, entre la maleza.

Cuatro hombres sujetaban a Pat, que seguía forcejeando.

—¡Qué vida ésta! —jadeó Santini.

Un hombre corrió a examinar a Johnny.

—Déjale en paz —ordenó Santini— le he metido yo un cargador entero en el corazón.

Leaking se enjugó las gruesas gotas de sudor que le resbalaban por las mejillas.

—Jefe: propongo que nos larguemos de aquí a toda prisa —resopló—. Las cosas se están poniendo muy negras. Este individuo a quien has matado es uno de los ayudantes de Doc Savage y éste no se detendrá hasta dar con los que lo eliminaron.

—Es cierto-dijo Hallet, nervioso —. El secuestrar al hombre de bronce era una cosa. El matar a uno de sus hombres es otra. Savage es un verdadero mago y Norteamérica va a resultar un sitio demasiado peligroso para nosotros.

Pat dijo:

—Ya era hora de que empezarais a daros cuenta del lío en que os estáis metiendo.

Un hombre le dio una bofetada en la boca. Ella le mordió. El hombre blasfemó y alzó una pistola.

—“Non” —aulló Santini— ¡Sólo ella sabe dónde está la otra caja!

—Pero… ¡si no es la bisnieta de Thunden! —objetó Leaking.

—Tal vez no hayamos equivocado y sea, después de todo, Kel Avery-dijo Santini —. ¿No oísteis que el viejo la acusó de haber hecho desaparecer el paquete?

—Es posible-contestó Leaking; —pero recibimos aviso…

—¡Déjate de peros! —le interrumpió Santini, con brusquedad. De pronto se iluminó su rostro—. ¡Bueno! —gritó—. ¡Magnifico! ¡Excelente! ¡Maravilloso!

—Dios quiera que lo sea —observó Leaking pesimista.

—Sí que lo es —rió el jefe—. He tenido una gran idea. Cogeremos el aeroplano y nos iremos a la isla. Haciendo eso, estaremos lejos de Doc Savage. Conseguiremos una buena provisión de…

Calló y escudriñó las tinieblas, sin acabar la frase.

—¿Y la muchacha? —inquirió Leaking.

—Nos la llevaremos con nosotros —rió Santini—. La obligaremos a que nos diga dónde fue a parar ese paquete. Pudiera

ser que no encontráramos la… —Volvió a hacer una pausa y frunció el entrecejo…— que no encontráramos lo que deseamos en la isla, en cuyo caso la caja esa resultaría de incalculable valor.

—No es mala idea —reconoció Leaking.

Pat fue arrastrada, sin dejar de dar puntapiés y puñetazos, hasta la playa y metida en el hidroplano.

—Jefe —dijo un hombre.

—¿Qué quieres?

—Cuando lleguemos a la Isla y encontremos el almacén. ¿Podremos usar eso nosotros?

—Naturalmente. Si… sí…

El que había hecho la pregunta pareció henchirse de satisfacción y se golpeó el pecho, gozoso.

—Me siento como hombre a quien acabaran de prometer un millón —dijo.

Una vez a bordo todos, el hidroavión se alejó de la playa y despegó del agua.

Allá, en el destartalado cobertizo, Johnny se movió lentamente. Cerró los ojos y gimió. Intentó ponerse en pie varias veces y por fin lo logró. Se desabrochó de un tirón chaqueta, chaleco y camisa.

El chaleco a prueba de balas que llevaba, era de malla, no de plancha rígida.

Era, un chaleco ideado por Doc Savage para él y para que sus hombres lo llevaran continuamente y por consiguiente, era ligero, teniendo tan sólo por objeto el salvarlos de alguna, que otra bala.

El impacto de los proyectiles del revolver, disparos a boca de jarro, había aturdido a Johnny, dejándole impotente y había yacido allí, sin perder el conocimiento un solo momento; Pero sin tener fuerzas para luchar.

Había oído toda la conversación.

Poniéndose en píe, salió tambaleándose, del cobertizo. Cayó al suelo, volvió a levantarse y se apoyó en la pared. Le zumbaban los oídos y tosió un chorro de sangre.

Pero hasta que el zumbido se alejó lentamente, no se dio cuenta de que lo que había estado oyendo eran los motores del enorme avión de Santini y que el aparato parecía haber marchado en dirección Sur, por sobre el océano Atlántico.

Miró a su alrededor, tambaleándose. Intentaba descubrir a Dan

Thunden.

Pero no pudo y aun escudriñaba las tinieblas cuando oyó en la playa un automóvil rápido y vió el resplandor de los faros.

Era la camioneta blindada de Doc Savage y se detuvo allí cerca. Doc y sus compañeros se apearon.

Monk se acercó, corriendo, y miró a Johnny, con curiosidad.

—¿Tú sabes muchas maldiciones? —preguntó éste, con voz áspera.

—¡Claro que sí!

—Pues echa unas cuantas por mí —murmuró Johnny.

Y cayó de bruces al suelo.

CAPÍTULO XIII

CAMINO DE CAYO DEL MIEDO

UN millón de ruidosos rayos parecían estar tocando música para Johnny mientras se hallaba sentado en una nube negra. La música del trueno no era muy agradable de escuchar, ni de sentir tampoco, porque alguno de los rayos salía, de vez en cuando, disparando por la tangente y le pegaba fuertemente en el pecho, haciéndole sentirse como si quisiera abrir los ojos y saltar, sólo que la nube sobre la que se hallaba era tan blanda y cómoda...

Alguien dijo:

—Cerrad las ventanas. Creo que Johnny empieza a recobrar el conocimiento.

Johnny abrió los ojos y lo que vió le demostró que no se hallaba sobre una nube, sino en una cómoda litera del avión más grande de Doc.

Monk estaba cerrando las ventanas para que no entrase el ruido de los motores, que era terrible, puesto que los silenciadores habían sido desconectados de los escapes para conseguir mayor rendimiento.

Por alrededor, estaban Kel Avery, Da Clima, los ayudantes de Doc y éste en persona.

—¿Dónde estamos? —inquirió Johnny, sorprendiéndose de la fuerza de su propia voz.

—Por encima del Mar Caribe —contestó Monk.

—¿Cómo?

—A muchas millas de distancia de la costa de Florida.

—Pero... ¡si lo último de que me acuerdo es de haberme desmoronado en la playa de Long Island! —exclamó Johnny—. ¿Cómo averiguasteis dónde había marchado Santini?

—Tú hablaste-le aseguró Monk —. Nos lo contaste todo.

Johnny cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Ahora me acuerdo. Fue como un sueño. ¿Qué tengo?

—Unas cuantas costillas rotas. Puedes andar ahora divinamente, dice Doc, mientras no se te ocurra pegar saltos.

—¿Cuánto tiempo he estado como muerto?

—Desde anteanoche —contestó Monk.

—¿No he perdido algo emocionante? —se apresuró a inquirir el huesudo científico.

—Nada en absoluto.

—¿Y el patriarca de la alabastrina cabellera?

—¿Dan Thunden? Puedes creerlo o no, pero alquiló uno de los aviones más rápidos de Nueva York y emprendió el vuelo hacia estas latitudes. El aeroplano pertenecía a un tal Windy Allen, que se ha encargado de conducirlo.

—¿Cómo os enterasteis de eso?

—El piloto Windy Allen fue un poco hablador. Anduvo por ahí comentando el fajo de billetes que iba a recibir por llevar al viejo al Caribe. Doc hizo una llamada a todos los aeropuertos como de costumbre y se enteró de todos estos detalles.

Johnny se incorporó e inclinándose, miró a través de vaporosas nubes que casi resultaban cegadoramente blancas porque el sol brillaba sobre ellas. Cosa de una milla más abajo se veía una gran extensión de agua rizada, un paisaje sin límites de azul que se perdía en el horizonte.

—El Mar Caribe —dijo Johnny.

—En efecto.

—Traedme una carta de navegar y os señalaré el sitio exacto que indicó Santini.

—¡Acabo de recibir una llamada de socorro! —gritó Long Tom en ese momento.

Doc Savage se acercó a su lado.

—¿De dónde viene, Tom?

—El pájaro ese no dice su situación. A juzgar por el ritmo, está transmitiendo las letras a medida que las va encontrando en un diagrama del alfabeto Morse.

El hombre de bronce se inclinó sobre los instrumentos y ajustó las esferas de sintonización. Las señales que se oían por el altavoz

eran muy débiles. Dio más volumen.

—El que está transmitiendo no conoce la clave —aseguró Doc—. Probaremos la antena.

Dio a un interruptor mayor, que hizo girar una antena direccional instalada en el fuselaje del aeroplano, detrás de la cabina. Se tardó unos treinta segundos en dar con el punto en que las señales se oían mejor.

—Viene del Noroeste o del Sudeste —decidió.

Kel Avery frunció el entrecejo.

—Pero... ¿no pueden ustedes saber más aproximadamente...?

—La antena direccional sólo indica el plano de mayor intensidad de las señales de radio —explicó Doc:— La estación transmisora se encuentra en una línea trazada a través de nuestra posición actual desde el Noroeste al Sudeste; pero la única manera en que podemos saber la posición exacta es escuchando otra vez cuando hayamos recorrido unas cuantas millas.

Johnny se acercó cojeando, con un mapa en la mano. Señaló.

—El lugar que indicó Santini se halla al Sudeste de aquí —dijo.

—¡El S. O. S., radiado! —exclamó Long Tom—. ¿Será...?

No acabó la frase.

El altavoz continuó emitiendo tres puntos, tres rayas, tres puntos, en monótona sucesión. Las señales parecieron irse haciendo más débiles a medida que transcurría el tiempo.

Doc trabajó con transportador, regla y lápiz en el mapa y, unos cinco minutos después, cuando el avión hubo recorrido unas veinticinco millas más, volvió a sintonizar con la llamada de auxilio y tiró una línea. Donde esta se cruzaba con la primera tirada, se hallaba la emisora que pedía socorro.

—Sudeste —anunció.

Y fue, inmediatamente, a cambiar el rumbo del aeroplano.

Johnny se había puesto a estudiar el mapa. Una expresión de perplejidad apareció en su rostro.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó.

—¿Qué mosca te ha picado? —inquirió Renny.

—No hay marcada ninguna isla donde Santini tenía puesto el dedo —murmuró Johnny.

Doc volvió a reunirse con ellos. Había dejado la conducción del aeroplano a cargo del ingenioso piloto mecánico. Johnny le miró un

poco aturdido.

—En el mapa no figura la isla, Doc —dijo.

El hombre de bronce reflexionó unos instantes y luego volvió a la cabina de radio. Hizo funcionar la emisora y estuvo transmitiendo durante un buen rato.

—Puede ser que haya una isla, después de todo —dijo, por fin.

—¡Hum! —exclamó Renny—. Pero en el mapa...

—Me puse en contacto por radio con la sección hidrográfica del Ministerio de Marina —explicó Doc—. Repasaron mapas antiguos de la región y parece ser que, en algunos de ellos, figura, efectivamente, una isla.

—¿Tenía nombre?

—Cayo del Miedo —dijo Doc—. Se le llamaba así en los mapas antiguos.

Volviendo a la longitud de onda en que se estaba transmitiendo la llamada de auxilio, comprobaron que seguían oyéndose los tres puntos, tres rayas y tres puntos.

—Es raro que la persona esa no dé su latitud y longitud —murmuró Monk.

—El que transmite no puede estar muy lejos —afirmó Long Tom.

—¿Cómo puede usted saber eso? —pregunto Kel Avery.

Long Tom se encogió de hombros.

—Cuando uno se halla muy cerca de una estación emisora, se observa una notable diferencia. Casi puede uno oír cómo se cierra el contacto.

Ham dejó a un lado su bastón, cogió unos prismáticos y empezó a mirar con ellos por entre las nubes.

—¡Cayo del Miedo! —gritó de pronto.

Todos se acercaron a las ventanillas.

La linda Kel Avery casi estaba sin aliento de emoción.

Da Clima se hallaba en segundo término, con el cuadrado rostro levemente amoratado, como si estuviera sufriendo una tensión mental.

Cayo del Miedo se hallaba a muchos kilómetros de distancia aún. Pero parecía acercárseles como una exhalación, tan enorme era la velocidad del aeroplano.

Doc se dirigió a la cabina del piloto e hizo que el avión se inclinara hacia abajo.

El mar pareció subir a recibirles y el cayo, saliendo de la bruma, adquirió un contorno definido.

¡Fijaos! —exclamó Ham, excitado—. ¡No aparece sitio en que pudiera atracar una embarcación!

El abogado estaba señalando el arrecife de coral que rodeaba a Cayo del Miedo. La presencia de arrecifes similares en torno a islas de origen coralino, son más bien la regla que la excepción; Pero, generalmente, tienen una o más aberturas que dan acceso a la laguna interior. Pero en el arrecife que rodeaba a aquel cayo, no se veía abertura de ningún género.

Visto desde el aeroplano, parecía un collar de espuma gris, porque las olas se estrellaban contra los dientes de coral con enorme violencia.

La isla en sí era baja, pantanosa y cubierta de bosques. Por ningún punto proyectaba más de unos cuantos metros sobre el nivel del mar.

—No se le puede ver desde muy lejos —dijo Renny—, eso explica por qué no se encuentra en los mapas modernos.

Long Tom metió la cabeza en la cabina de radio y volvió a sacarla.

—¡Esa llamada de auxilio procede de Cayo del Miedo! —exclamó.

Ham dejó caer los prismáticos y cogió su bastón para señalar.

—Sí; y creo que veo de dónde sale —gritó—. ¡Mirad! ¡Un aeroplano estrellado!

El arrecife que rodeaba Cayo del Miedo era un hirviente anillo de piedra; pero la isla en si tenía, en la mayoría de los puntos, una playa ancha de arena plateaba, orillada de altas palmeras y cocoteros. Los árboles se agitaban; las palmeras se doblaban; las ramas se retorcían. Parecía estar soplando una fuerte brisa.

El aeroplano se hallaba al borde de la playa, medio hundido en un macizo de vegetación pantanosa. Las dos alas estaban arrancadas. El aire agitaba la lona en torno a un gran agujero practicado en el fuselaje y el motor se había desprendido, hundiéndose aún más en la vegetación, hasta el punto de quedar casi invisible.

Ham gritó:

—¡Doc! ¿Ves a alguien?

—No.

—¿Vamos a aterrizar?

—Sí.

Doc niveló la quilla del avión sobre el arrecife. Luego planeó sobre la laguna interior. La quilla tocó tan suavemente el agua, que sólo el efecto del frenazo y la aparición de una estela de espuma, anunciaron que habían amarado.

Doc paró los motores. El avión giró hasta hallarse de cara al viento; luego retrocedió hasta que su quilla reforzada encalló en la playa.

Los hombres saltaron del aparato.

—¡Ojo avizor! —advirtió Doc.

Todos corrieron hacia el aeroplano estrellado. Los granos de coral transportados por el viento, les roían la piel desnuda y el sol caía a plomo, tostándoles despiadadamente. Se hundieron hasta los tobillos en el suelo blanco; luego atravesaron por entre la vegetación pantanosa.

Doc se detuvo bruscamente y señaló, sin decir nada.

—¡Santo Dios! —exclamó Renny.

Algo yacía debajo de un matorral.

Vestía pantalón kaki; botas, chaqueta de cuero y casco de aviador. Tenía forma de hombre; pero, donde debia de haber habido cara y manos, no se veía más que el hueso pelado.

—¡Un esqueleto! —dijo Renny—. Pero, Doc, ¡hacen falta años para convertir un cuerpo en esqueleto! ¡Y esa ropa ni siquiera parece haber estado a la intemperie!

Doc Savage avanzó, mientras Monk cogía a Kel Avery del brazo y la hacia retroceder, para que no pasara un mal rato innecesariamente.

La chaqueta de cuero del ser aquel estaba desabrochada. Sólo se veían, debajo, costillas. Estaban peladas y blancas, casi con brillo.

—Un esqueleto recién fabricado —decidió Long Tom en voz alta —. Y ahora, decidme, amigos, ¿qué consecuencia sacáis de todo esto?

Doc Savage señaló el cráneo, después de haberle quitado el casco.

—La parte superior de la cabeza está hundida, como si se hubiera fracturado al estrellarse el aeroplano.

—¡Que me superamalgamen! —murmuró Johnny—. ¿Insistes en que éste es el piloto de la aeronave destrozada?

Doc no contestó. Se irguió y estudió las huellas que había alrededor del aparato.

—El aparato intentaba despegar. Es probable que acabara de lograrlo incluso. Una serie de balas destrozó el motor. El avión está lleno de agujeros de proyectil. ¡Es posible que se estrellara al intentar aterrizar!

Doc volvió y registró la chaqueta de cuero que envolvía los huesos.

Encontró documentos y cartas que llevaban un nombre.

—Este es Windy Allen, el piloto de Dan Thunden —declaró.

EL hombre de bronce concentró, luego, su atención en el aparato. Dentro había un aparato transmisor y receptor de radiotelegrafía. Quitó las corazas metálicas y acercó la palma de la mano a las lámparas transmisoras.

—Están calientes-dijo —. Eso significa que alguien las empleó para transmitir...

seguramente hasta el momento en que fue visto nuestro avión.

—¿Quién? —preguntó Renny.

Doc miró a su alrededor lentamente.

Había visto las huellas de Santini, Leaking, Hallet, Dan Thunden y los otros en la playa de Long Island. Las pisadas de todos ellos habían dejado también su señal allí, alrededor del aeroplano.

—Parece ser que Santini y sus secuaces derribaron el avión a tiros-anunció —. Thunden y su piloto se hallaban a bordo. Dan Thunden logró escapar a la selva; pero al piloto se le fracturó el cráneo en la caída.

Renny señaló el esqueleto.

—Pero... ¿qué fue lo que le dejó al piloto así? No pueden haber estado aquí más de unas horas. ¿Qué fue lo que le convirtió en esqueleto tan aprisa?

Doc Savage no respondió y hubo un silencio durante el cual todos aguardaron, esperanzados y casi sin respirar. Luego Renny se estremeció, comprendiendo que Doc no pensaba contestar.

—¿Quién usó el aparato de radio? —insistió el ingeniero.

—Thunden —contestó Doc.

—Así, pues, Santini, Thunden y toda la cuadrilla están en la isla

—exclamó Renny.

—Justo —dijo Doc—. Lo que significa que no sería mala idea el dar con el sitio en que se encuentra el aparato de Santini.

—¿Cómo?

—Desde el aire.

Renny afirmó con la cabeza, y miró a su alrededor. Monk y Kel Avery se hallaban por la playa. Ham, Johnny, Long Tom y Da Clima se habían separado, con la evidente intención de echar una mirada por los alrededores.

—Más vale que nos reunamos todos y subamos al aeroplano —decidió Renny.

Echaron a andar en dirección a la playa.

—Espero que Pat estará bien —dijo Renny, cerrando los puños—. ¡Si han llegado a hacerlo algo…!

Rechinaron sus dientes y no acabó la frase.

Se reunieron en torno al hidroavión y se dispusieron a meterse en el agua para subir en él.

—¡Mirad! —exclamó Doc, bruscamente.

Playa abajo, a unos doscientos metros de distancia, un hombre acababa de asomar por entre la maleza. Era un viejo ágil, con barba blanca que le cubría el pecho y melena del mismo color.

—¡Dan Thunden! —murmuró Monk.

Dan Thunden sacó el pecho, se llevó las manos a la boca para que hicieran de trompeta, y gritó:

—¡Hay una bomba en su avión!

Si la bomba hubiera estallado en aquel momento, su asombro no hubiese podido ser mayor. Kel Avery y los cinco ayudantes de Doc que habían acudido corriendo a la llamada, se quedaron parados, rígidos, mirando a Dan Thunden.

Por primera vez, Da Clima dio muestras de agilidad mental. Saltó hacia el aeroplano, salpicando agua y arena con sus enormes pies. Se metió por la portezuela. Doc Savage le pisaba los talones. Examinaron el interior con mirada preñada de ansiedad.

Doc se dirigió a la parte de atrás, donde había los mejores escondites.

Da Clima se dirigió a la parte de delante.

—La bomba, ¿cómo ella meterse en el aeroplano? —murmuró, con ansiedad—. En todo momento alguno de nosotros vigila avión,

sí.

Doc dio un salto de pronto. Acababa de descubrir un bolso que parecía más rollizo que antes. Metió la mano con cuidado y sacó un manojo de seis u ocho barras de dinamita, al que iba conectado un trío de pilas de lámpara de bolsillo montadas en serie, una bobina detonadora y un reloj despertador con un par de contactos puestos en la minutera y la esfera del reloj.

Da Clima se acercó a mirar.

—¡Eso, amigo, no tan gracioso! —exclamó—. Para dispararse en cinco minutos el reloj está conectado, ¿no?

Doc salió del avión con el explosivo, ajustó, cuidadosamente, las manecillas para que hicieran contacto más pronto y luego tiró la bomba muy lejos, sobre la playa. Botó, rodó hasta el pie de una palmera real y, unos instantes después, estalló.

Ascendió la arena de coral como si fuera gigantesca seta. Había conchas minúsculas mezcladas con la arena y silbaban al hender el aire como si fueran perdigones. El tronco de la palmera se partió; cayeron frondas de su copa; luego la palmera se desmoronó, lenta y majestuosamente. Los ecos se apagaron.

Hasta el susurro del viento pareció amortiguarse. Dan Thunden seguía en la playa, a unos doscientos metros de distancia.

Bruscamente, en la playa, más abajo y en dirección opuesta a aquella en que se hallaba Dan Thunden, hubo movimiento detrás da unos matorrales. Salió un hombre y se quedó mirando al aeroplano, pareciendo sorprenderse de que el aparato no hubiese volado en veinte mil pedazos.

El hombre aquel era Santini, y estaba tan lejos, que la cinta encarnada del pecho parecía un hilo.

Doc Savage habló, rápidamente, en voz baja.

—Monk, Ham, Da Clima y señorita Avery... quédense junto al aeroplano —ordenó—. Johnny, tú, Long Tom y Renny capturad a Dan Thunden si os es posible. El y Santini están luchando el uno contra el otro y me gustaría saber por qué no quiere unirse Thunden a nosotros. Nos avisó y, probablemente, salvó a nuestro aparato de los efectos de esa bomba.

Renny preguntó:

—¿Y tú, Doc?

—Yo intentaré entrar en contacto con Santini —respondió Doc,

sombrío.

CAPÍTULO XIV

LA ISLA DE LA MUERTE

DOC emprendió la persecución de Santini. Los tres hombres a quienes había designado para perseguir al viejo —Johnny, Long Tom y Renny— se lanzaron tras Dan.

—Escucha, Doc, ¿no necesitas ayuda? —gritó Monk.

—¡Si le ocurre algo a ese aparato, tal vez tengamos que pasarnos aquí el resto de nuestras existencia —contestó Doc, sin volverse—. ¡Quedaos donde estáis!

Las huellas que Santini dejara indicaban que se había puesto a cruzar la isla.

El terreno se iba haciendo más alto por el interior. Había arena y bastante hierba y a Doc le era posible seguir el rastro de Santini sin gran dificultad.

Santini seguía un camino definido, abierto a través de la selva meses antes, a juzgar por los arbustos que habían crecido en él. El hombre atezado de extraordinario bigote debía ir corriendo a toda velocidad, porque Doc iba muy aprisa y, sin embargo, aun no le había visto.

Desde el aire, la isla había parecido formada enteramente de coral: pero no tardó en verse que la parte central era de materias más sólidas.

El hombre de bronce distinguió pizarra, esquisto micáceo y talcoso, así como piedra caliza cristalina y compacta, formación que sus conocimientos de geología le permitían reconocer como lo que los geólogos llaman "serie caribe".

Se detuvo con frecuencia a escuchar. Le era posible juzgar los progresos que hacia Santini por los gritos ocasionales de las aves. Aquellos ruidos podrían haber parecido iguales para un oído

inexperto ¡pero el hombre de bronce sabía distinguir entre ellos aquellos que expresaban alarma!

Buenamente se echó a un lado. Santini se había detenido.

Sin hacer el menor ruido, Doc dio la vuelta hasta ver a Santini. El hombre se había detenido para hacer uso de oídos y ojos. Pareció quedar convencido de que no se le seguía.

Reanudó su camino más despacio.

Se oyeron voces delante. Doc apretó el paso; luego se detuvo para mirar por entre una pantalla de trepaderas.

Santini se había encontrado con el abogado Hallet. Este último parecía nervioso.

La pareja habló en voz tan baja, que sus palabras no llegaron a oídos de Doc. Luego siguieron andando, y el hombre de bronce los perdió de vista.

Siguió sus huellas. No habían transcurrido más de cuatro o cinco minutos, cuando empezaron a ocurrir unas cosas raras.

Sonó un grito, preñado de terror. Era la voz de Hallet. Y acabó repentinamente.

Siguió un silencio macabro. Luego empezaron a volar pájaros, lanzando sus gritos desde todos los puntos de la selva.

Doc Savage avanzó y no tardó en ver a Santini.

El hombre retrocedía por una ancha roca, con los ojos fijos, en hipnótica mirada, sobre una piedra que se hallaba a pocos metros de distancia.

La roca era lisa, salvo por las ondulaciones y minúsculas grietas obra del tiempo. Nada se veía que indicara qué era lo que le había asustado a Santini.

Doc Savage permaneció donde se hallaba, aguzando el oído y, de pronto, oyó un gemido horrible, tan ahogado, que no le era posible darse cuenta de dónde salía.

El grito afectó a Santini de una manera asombrosa, porque dio un salto atrás, como si el sonido fuese el de alguna fiera voraz.

Torció, bruscamente, a la izquierda y cruzó, corriendo, la roca. Desapareció por una minúscula loma.

Doc corrió hacia adelante, virando de forma que pasara junto al lugar en que se había hallado Santini al experimentar aquel terror. No observó nada de particular.

Lo que le había ocurrido a Hallet era un profundo misterio.

Doc llegó a la cima de la loma. Se detuvo tan en seco, que patinó un poco.

¡Santini había desaparecido!

Avanzó unos cuantos metros, con la mirada alerta. Luego dio un rodeo, por si se trataba de alguna trampa. Era demasiado creer que Santini hubiera corrido lo bastante para llegar a la selva que había al otro lado del espacio rocoso.

Dio la vuelta completa al espacio y no halló por parte alguna, huellas del hombre.

Volviendo al punto de partida, inició el pesadísimo procedimiento de seguir el rastro de Santini por la piedra dura y lisa. Para hacerlo, recurrió al empleo de una lupa pequeña pero muy potente.

Santini había atravesado un pequeño charco de agua formado por recientes lluvias. Durante unos cuantos metros, sus huellas húmedas se distinguieron perfectamente.

Doc corrió adelante, siguiéndolas, De pronto, se oyó un ruido debajo y... ¡la roca sobre la que se hallaba Doc... se hundió!

No tuvo tiempo de apartarse de un brinco. Cayó a plomo. Calculó que la altura seria de unos tres metros. Su agilidad y su musculatura le permitieron aterrizar, sin gran daño, sobre un piso de roca dura.

Se oyeron movimientos a un lado. Recibió en la cabeza un golpe terrible.

Cayó como si le hubiera pegado un gigantesco martillo.

Doc Savage se estaba echando, instintivamente, a un lado al caer el golpe y este movimiento absorbió gran parte de la violencia. Su cabeza siguió despejada. Andando a gatas, torció hacia la izquierda, tropezó con una pared de piedra y se irguió.

Reinó el silencio. Se oyó un ruido de roce de piedra contra piedra allá arriba. Probablemente era la compuerta de roca que se ajustaba aún más.

Debía de estar hecha con una exactitud diabólica, porque la aguda vista de Doc no había logrado descubrirla.

La oscuridad era tan profunda, que casi hacia daño a la vista. Doc rebuscó en el bolsillo, halló una moneda y la tiró. El tintineo metálico repercutió numerosas veces indicando que se hallaba en una caverna grande con muchos corredores.

Doc llevaba puesto el chaleco secreto que contenía los dispositivos mecánicos que usaba con frecuencia. Eran maravillas científicas todos ellos.

Le habían salvado la vida en numerosas ocasiones.

Sacó un minúsculo recipiente tubular. Lo abrió silenciosamente y lo agitó varias veces en el aire. Una nubecilla de polvo impalpable, invisible en la oscuridad, flotó hacia el lugar en que sabía que se hallaba su enemigo.

Volvió a guardarse el receptáculo y, más despacio, aguardando, deliberadamente, a que el polvillo se posara, sacó algo que hubiera podido confundirse con una lámpara de bolsillo. Pero ésta tenía una lente tan purpúrea, que casi resultaba negra.

Doc oprimió el botón. Aquella lámpara era un minúsculo y potente proyector de rayos ultravioleta, la luz que, vulgarmente, se llama "negra", porque la retina del ojo humano no es sensible a ella. Estos rayos hacen brillar ciertas substancias-como la vaselina-con extraños colores.

Ocurrió una cosa sorprendente. La figura del enemigo de Doc se destacó en la oscuridad, convertida en azulado fantasma. El suelo sobre el que se hallaba resultaba visible también, así como la pared de piedra que había detrás de él.

Esto se debía a que el polvo que había tirado el hombre de bronce brillaba al ser expuesto a los rayos ultravioleta.

El enemigo no podía ver a Doc. No supo que éste se hallaba cerca de él hasta que unos dedos metálicos le asieron por la garganta, impidiéndole que gritase.

Doc asió el rifle corto que había empleado el hombre para darle el golpe. Se lo quitó de un tirón. Luego le derribó al suelo.

El desconocido forcejeó y dio puntapiés; pero de nada le valió.

Doc buscó y halló un punto en la parte de atrás de la cabeza del hombre, cerca de la unión con la espina dorsal. Ejerció presión.

Su víctima se quedó rígida y paralizada inmediatamente.

Permanecería impotente y sin poder hablar hasta que Doc, o alguna otra persona con iguales conocimientos y habilidad, le trabajara el cuello otra vez.

Doc empleó a continuación una lámpara de bolsillo, corriente.

El hombre era uno de los secuaces de Santini. Había formado parte del grupo que intentara matar a Doc y a sus compañeros en

Nueva York, cerca de las oficinas de la Sociedad Manantial de Juventud.

Doc descubrió un pasillo que conducía hacia la izquierda y hacia abajo. El suelo era arenoso y se distinguían en él huellas de numerosas pisadas. Echó a andar, siguiéndolas.

Una vuelta dada a la parte superior de la lámpara, hizo que el haz luminoso se hiciera más estrecho, hasta adquirir el grueso de un cigarrillo. Parecía un largo cordel luminoso que se movía, incesantemente, de uno a otro lado.

Empezó a darse cuenta de los detalles de la caverna. El laberinto subterráneo no era obra de manos humanas, sino de los elementos. Las capas de piedra más blanda, se habían desgastado o disuelto bajo la acción de aguas subterráneas.

En algunos puntos había cámaras de considerable tamaño, a veces era necesario agacharse y hasta arrastrarse con el vientre pegado al suelo.

Pero la Naturaleza habla recibido ayuda en algunos puntos. En tres ocasiones distintas, Doc vió lugares en que manos humanas habían ensanchado los pasillos para que se pudiera pasar, cómodamente, por ellos.

Un olor extraño, no muy agradable por cierto, impregnaba el aire. Doc probó varias veces de reconocerlo, pero no pudo.

Al ver una luz delante, Doc olvidó el aroma aquel de momento. Apagó su lámpara y siguió avanzando.

La otra luz emanaba de varias lámparas eléctricas de bolsillo. Oyó el golpe de martillos sobre piedra y el ruido de palas.

Santini y algunos de sus hombres estaban reunidos en una cámara larga, de techo bajo. Evidentemente no tenían noticia del encuentro de Doc con su compañero en la entrada.

—¡Dejad de hacer ruido! —rugió Santini.

Los que habían estado golpeando las paredes de piedra y trabajando en la arena del suelo con las palas, suspendieron el trabajo.

Santini respiró profundamente, se estremeció y se enjugó la frente con un pañuelo de seda.

—¡Es lamentable! —murmuró—. Nuestro buen amigo Hallet ha sido víctima de una desgracia.

—¡Rayos! —exclamó un hombre, dejando caer la pala—.

¿Quieres decir con eso que Doc Savage le ha echado el guante?

—Algo peor que eso-replicó Santini.

—¿Cómo peor?

—Había una trampa en la roca de la que no sabíamos una palabra. Hallet iba delante y se cayó por ella. Aulló, y vi lo que ocurría antes de que volviera a cerrarse la trampa-volvió a estremecerse —. Si, señor, lo vi. ¡Fue horrible! Y, después de haberse cerrado la trampa, ¡le oí gemir!

El hombre de la pala masculló una maldición. Luego preguntó:

—¿Era...?

—A estas horas será un esqueleto-afirmó Santini.

Doc Savage avanzó unos cuantos pasos más, metiéndose en la cámara, pero a un lado, en otro pasillo que conducía al Norte —o así parecía por la corriente de aire que sentía en el cuello. El aire aquel estaba preñado de aquel olor inexplicable.

Los hombres guardaron silencio durante un rato.

—¡Es obra de ese maldito Dan Thunden! —gruñó uno de ellos.

—Sí-asintió otro; —¡maldita sea su estampa! Nos ha dado quehacer en verdad. Tal vez hubiera sido mejor que no hubiésemos intentado traicionarle en primer lugar. Hubiera sido preferible darle la mitad de los beneficios que pasar por todo lo que estamos pasando ahora.

Santini suspiró.

—Eso ya no tiene remedio. ¿Quién iba a decirnos que Thunden se apoderaría de ese paquete que contenía todo el producto de que disponíamos y que se lo mandaría a esa parienta suya, Kel Avery?

—¡Kel Avery! —gruñó un tercero—. ¡Maldita sea...! Aun me estoy preguntando si la muchacha que tenemos es Kel Avery de verdad o la prima de Doc Savage.

—Conoceremos la verdad de eso antes de que haya transcurrido mucho tiempo, os lo prometo-declaró Santini.

Los hombres permanecieron inmóviles y en silencio, como si no supieran qué hacer. Doc aprovechó el intervalo para reflexionar acerca de lo que había oído. Parecía ser que Thunden había sido socio de Santini en otro tiempo y se habían separado después de regañar por la forma de repartir los beneficios del negocio proyectado.

—¿Por qué le mandaría Thunden el paquete a la muchacha? —

se preguntó un hombre, en alta voz.

—Evidentemente era el primer paso que daba para persuadirla a que suministrara capital para poner en práctica sus planes-dijo Santini.

—¿Quieres decir con eso que barba blanca tenía la intención de lanzar, personalmente, el producto al mercado?

—Si-asintió Santini; —eso es lo que me figuro.

—¿Destruiste el aeroplano de Savage?

Santini se deshizo en maldiciones.

—¡No! La bomba estaba colocada en el aparato; pero Dan Thunden vigilaba sin que yo me diera cuenta de ello. Salió y gritó un aviso y pudieron retirar la bomba a tiempo.

—Pero... ¿por qué hizo eso Dan Thunden? ¿Está trabajando con Savage ahora?

Santini movió, negativamente la cabeza.

—No-dijo; —su plan es verdaderamente de un cerebro maestro. Confía en que Savage y sus hombres nos vencerán a nosotros. Luego entrará él en acción y eliminará a Savage.

—Hay que reconocer que Thunden es inteligente-murmuró alguien.

—Ya puede serlo-comentó otro —. Lleva ciento treinta y un años rondando por este mundo. Con esa edad ya se puede ser listo.

De nuevo dio muestras la conversación de no conducir a parte alguna.

El último en hablar había sido un hombre situado a una orilla del grupo, en relativa oscuridad. Doc se dispuso a intentar algo un poco difícil: usar su habilidad de mímica y de ventrílocuo para hacer parecer que dicho hombre hacía una pregunta. Quería averiguar, exactamente, qué le había ocurrido a Hallet.

Santini interrumpió en mal momento, diciendo:

—Más vale que reanudéis la búsqueda. Es preciso que encontremos el lugar en que Dan Thunden tiene almacenado el material.

—¿Tú crees que está escondido en estas cuevas? —inquirió uno.

—No estoy seguro; pero es lo más probable-respondió Santini —. En estas cuevas vivió Thunden noventa y un años, desde que naufragó su barco aquí en 1843 y sólo él se salvó de toda la tripulación. Es razonable suponer que lo escondiera aquí.

—Es verdad-dijo alguien.

Doc decidió probar su plan.

—Lo que a mí me asombra es cómo pueden convertirse esos cuerpos en esqueletos tan aprisa-dijo, irritando la voz del hombre que había escogido —. ¿Cómo ocurre eso, exactamente?

El hombre de bronce no estaba de suerte. Se oyeron pasos rápidos por el corredor. Apareció Leaking, chorreando sudor y excitado.

—¡Doc Savage está aquí dentro! —aulló.

En cuanto oyó aquello, Doc avanzó, silenciosamente, a lo largo de la pared, con la intención de pasar junto a Leaking sin ser visto, si es que ello era posible.

—¿Cómo sabes tú que está Savage aquí? —rugió Santini.

—¡El centinela de la entrada estaba tendido en el suelo! ¡Está paralizado o algo así! ¡Sólo ese hombre de bronce puede haberlo hecho!

Lámparas de bolsillo y linternas eléctricas que no habían estado usando, fueron encendidas entonces. Su brillo inundó toda la caverna y descubrió la gigantesca figura de Doc.

Leaking le vio. Los poros del hombre parecieron despedir chorros de agua al sentirse acometido por el terror.

—¡Ahí está! —chilló Leaking.

Sonaron disparos. El plomo rebotó contra la dura roca, arrancando pedazos y dejando manchas metálicas.

Sólo quedaba un camino para huir. Doc lo tomó. Se metió por el corredor.

Tras él, las armas siguieron tronando, mezclándose el ruido de las pistolas al de alguna escopeta. Una ametralladora empezó a tabletear. Las balas silbaban, rebotaban y parecían perseguir a Doc como invisibles abejas.

Sacó la lámpara de bolsillo, porque parecía más necesario huir aprisa que intentar pasar sin ser visto. Dobló un recodo del pasillo, saltó por encima de una losa que se había desprendido del techo y se deslizó por una pendiente muy pronunciada.

A continuación llegó a una cueva muy grande y, más allá, a un pasillo estrecho otra vez. Recorrió por él unos treinta metros. Luego una puerta le cerró el paso.

Era de vigas, muy sólida, y no pudo ver cerradura o cerrojo por

parte alguna. Tomó impulso y cargó contra ella. Ni se estremeció siguiera. Empezó a examinar todo el maderamen con ayuda de la lámpara.

Sus perseguidores se fueron acercando más. Doc parecía estar acorralado.

CAPÍTULO XV

LA TRAMPA

DOC Savage conservó la lámpara enfocada en la puerta.

Alzó la mano bruscamente e introdujo los dedos en una estrecha ranura situada encima de la puerta. Más allá, apenas al alcance de los mismos, halló una pequeña palanca. La movió y se abrió la puerta.

Los ojos de Doc, más agudos que los del hombre corriente en circunstancias ordinarias no habían perdido detalle en aquel momento de apuro, porque había distinguido leves manchas por encima de la puerta —indicio que le bastó.

Pasó por la puerta y la cerró tras él.

Santini y sus hombres llegaron a ella, profiriendo blasfemias y disparando sus armas. Los proyectiles se incrustaron en la madera; pero no pudieron atravesarla.

Doc buscó, con ayuda de la luz, lo que sujetaba la puerta, pero estaba oculto en la pared de piedra de tal forma, que le era imposible dar con ello sin hacer un registro prolongado.

Unos dedos se introdujeron por arriba en busca de la palanca secreta. Era evidente que Santini y sus hombres conocían la existencia de la misma. Doc dio un golpe a los dedos con puño metálico. Un hombre aulló y se retiraron los dedos chorreando sangre.

Alguien metió el cañón de una ametralladora por el agujero y empezó a disparar metódicamente. Doc asió el cañón y tiró; pero era demasiado grande para pasar. Continuó disparando y no tardó en estar demasiado caliente para poder seguir apretándolo. Doc lo soltó.

Un segundo cañón se unió al primero. Luego alguien empezó a

buscar la palanca a tientas con una baqueta doblada. Doc asió la baqueta y la arrancó de un tirón, haciendo soltar un alarido al hombre que había tenido enganchado un dedo en la anilla del extremo.

—¡“Badate”! —aulló Santini—. ¡Cuidado, “signor”! ¡No vamos a ninguna parte así!

—¡Tengo una granada de mano! —gritó un hombre.

—¡“Come bello”! —exclamó Santini, excitado—. ¡Cuan magnifico! ¡”Datemi”¡

Doc retrocedió apresuradamente de la puerta. La granada la volaría y sería mucho mejor para él intentar hallar una salida.

Se hallaba pasillo abajo, a unos veinte metros de distancia, y doblaba un recodo, cuando oyó abrirse la puerta. Habían descubierto que podían alcanzar la palanca y, por consiguiente, renunciaron a tirar la granada.

Precedidos por una lluvia de balas, Santini y sus hombres reanudaron la persecución.

—¡Ahora es nuestro! —aulló alguien.

—¡Imbécil! —contestó Santini—. ¡No sabemos si este pasillo puede tener otra salida!

—¿No has explorado toda esta madriguera? —inquirió uno.

—No; en mi primera visita, cuando encontramos a Dan Thunden aquí, no nos asomamos a este sitio.

Doc cruzó una cámara, se metió por otro corredor y, un momento después, oyó el eco de las voces de sus perseguidores a sus espaldas.

—¿No se fió de ti Dan Thunden cuando estuviste aquí la primera vez? —gruñó un hombre—. Hubiera creído que se hubiese alegrado tanto de ver a un blanco después de pasar noventa altos solo, que se hubiera desvivido por enseñártelo todo.

Santini no respondió a eso nada más que:

—¡Presto! ¡Daos prisa!

Ir Doc Savage, con sus perseguidores muy cerca ya, se detuvo en seco. Sus ojos dorados se posaron con incredulidad en el macabro objeto que tenía delante.

Había llegado a algo capaz de aterrorizar al hombre de más fuerte voluntad del mundo.

De momento, olvidó por completo las palabras que había estado

oyendo.

Unos pantalones arrugados, una camiseta, zapatos caros, ahora manchados de barro, yacían en el suelo ante sus ojos. La ropa estaba arrugada; pero rellena de huesos. ¡El esqueleto de Hallet el abogado!

Doc examinó el suelo a su alrededor. No se veía cosa alguna que proporcionara un indicio acerca de la forma en que Hallet sufriera tan fantástica suerte. El suelo no tenía manchas ni huellas.

El cráneo del muerto tenía una fractura de menor cuantía, como si hubiera caído de cabeza y perdido el conocimiento-o hubiese quedado gravemente herido tal vez Pero seguía siendo un misterio cómo se había convertido tan aprisa en un esqueleto.

Sonó un grito a sus espaldas. La luz de varias lámparas de bolsillo cayó sobre él. Había llegado Santini con su cuadrilla. Se oyó un disparo ensordecedor y Doc sintió que le pasaba rozando una bala.

El hombre de bronce dirigió la luz de su lámpara a los ojos de sus adversarios, cegándoles.

—¡"Fate presto"! —aulló Santini—. ¡Daos prisa! ¡Cogedle!

Pero Santini no tomó la delantera y ninguno de sus hombres parecía tener ganas de luchar cuerpo a cuerpo. Nada les impedía disparar, sin embargo.

A un hombre se le ocurrió echarse el pelo sobre los ojos para protegerlos contra el brillo cegador y ver dónde estaba la lámpara de Doc. Vació su pistola. La suerte le favoreció.

Uno de los proyectiles tocó la lente, haciéndola añicos y el haz luminoso desapareció como por ensalmo.

—¡Magnífico! —aulló Santini.

Doc dio media vuelta y corrió pasillo abajo. Se movía con dificultad y peligro. No tenía más lámpara ya, que la de luz negra que de nada le servía en aquel momento.

Tenía que avanzar muy despacio, a tientas, porque las paredes de los pasillos estaban llenas de salientes que le herían en la cabeza y en las piernas cuando menos se lo esperaba.

Se detuvo de pronto, aguzando el oído. Delante de él se produjo un ruido.

Escuchó y, a pesar del dominio que tenía sobre si, el pelo mostraba una tendencia a erizársele por la nuca, porque el sonido

en cuestión era extraño en verdad, asemejándose, aproximadamente, al que emite una sartén en que se está friendo tocino.

A veces era más fuerte, oyéndose una serie de chasquidos y estallidos como si echaran un huevo en una sartén de aceite hirviendo.

Santini y sus hombres lo oyeron también. Se detuvieron bruscamente. Reinó un silencio mortal durante unos segundos.

—¡Santo Dios! —exclamó uno.

—¡"Ascoltale"! —susurró Santini—. ¡Escuchad!

—¡Yo me largo de aquí! —gritó otro, aterrado.

Huyeron todos, llenos de terror.

Doc Savage escuchó la huida de los hombres que se habían espantado tan terriblemente al oír aquel ruido. Este se fue aproximando más y el hombre de bronce se dio cuenta de que sonaba cerca de la caverna, como si fluyera, igual que un líquido.

Sacó el cilindro que contenía el polvillo impalpable. Echó un poco en dirección al sonido. Luego usó el proyector de rayos ultravioleta.

Lo que vió le heló la sangre en las venas y le puso los pelos de punta. No había fiera, ni monstruo, ni cosa alguna de tamaño físico que avanzara hacia él.

El suelo de la caverna, sin Embargo, parecía estar vivo y ondulaba como si fuera un río. En efecto, parecía como si un líquido fantástico avanzara hacia él.

Doc retrocedió. El ruido de freír pareció crecer en volumen y la animación del suelo de la caverna aumentar. Era como si la increíble amenaza se enfadara al verle retroceder.

El hombre de bronce huyó todo lo aprisa que pudo. Santini y su cuadrilla habían puesto pies en polvorosa y no le amenazaban y hubiera sido estúpido arriesgar la vida nada mas que para descubrir qué era aquello misterioso que se agitaba en el suelo de la caverna.

Doc erró por el laberinto de túneles. Aun conservaba el sentido de dirección, pero el camino que recorriera estaba cortado por el misterioso horror que fluía por el suelo de la caverna, de forma que no le quedaba más remedio que buscar, cautelosamente, otra salida.

Santini y sus hombres se hallaban aún en el pasillo subterráneo. De vez en cuando oía voces lejanas cuyas palabras resultaban

ininteligibles.

Se registró los bolsillos. Y ello demostró que estaba preocupado, pues demasiado sabia que no tenía cerillas. Verdad era que tenía un par de frascos minúsculos que contenían unas substancias químicas. Estas, al ser expuestas al aire y mezclados, ardían brillantemente y despedían un calor muy grande.

Pero su luz duraba tan sólo un momento. No seria prudente desperdiciarlas.

Inesperadamente, vio luz delante de él. No cabía la menor duda de que se trataba del cálido sol tropical. Corrió hacia adelante.

Había una abertura rectangular por encima de él, evidentemente hecha por manos humanas. Conducía a ella una escalera de mano muy fuerte.

El hombre de bronce la estaba examinando cuando se oyó un grito excitado a sus espaldas.

—¡Aquí está ese tipo de bronce! —gritó alguien.

Era uno de los hombres de Santini. Su voz repercutió en el túnel. Luego el propio Santini gritó desde cerca:

—¡Bueno! ¡No le dejéis escapar!

Se oyó el ruido de pasos presurosos y la detonación de una pistola. La bala rebotó en la roca.

Doc saltó hacia la escalera. Subió tres travesaños con asombrosa rapidez; luego cuatro. Pero ocurrió algo. Se oyó un chirrido. La escalera se hundió, arrastrándole consigo.

Demasiado tarde se dio cuenta de que aquélla era otra de las trampas de aquel fantástico lugar. No tuvo tiempo de saltar y esquivarla.

Cayó unos cinco o seis metros, fue arrancado de la escalera por la violencia de la caída y dio contra el suelo. Poniéndose en pie de un brinco, sin haber sufrido gran cosa, examinó, a tientas, el lugar.

No había más que piedra lisa, circular, de unos dos metros y medio de diámetro, sin abertura alguna hasta donde él pudiera alcanzar.

Un hombre dirigió la luz de una lámpara de bolsillo desde arriba y Doc vió que se hallaba en una especie de pozo que tapaba una cubierta sobre la que había estado colocada la escalera. El hombre de la lámpara era Leaking.

—Ahora es cuando voy a liquidar todas las cuentas-rugió,

sacando un arma.

Santini dio un salto, dando al revólver. Este disparó; pero el proyectil, desviado, fue a aplastarse a los pies de Doc.

—Un momento-dijo Santini, sombrío —. Tengo una idea magnifica. Obligaremos a este hombre de bronce a que haga un trabajito por cuenta nuestra. ¡Mi idea es soberbia!

—Más vale que así sea-murmuró Leaking, dubitativamente.

CAPÍTULO XVI

CAMINO SINIESTRO

LA pistola de Leaking, al hacer el disparo que Santini desviara, había hecho mucho ruido y el sonido había viajado por el agujero hacia el cual se dirigía Doc cuando cedió la escalera. La detonación se oyó a bastante distancia en el exterior.

Renny la oyó. Se detuvo inmediatamente, se llevó una mano a la oreja y escuchó.

—Eh, muchachos, ¿oísteis eso? —exclamó.

—Vamos a investigar-dijo Long Tom.

Renny se quitó las manos de las orejas, echó a andar y luego vaciló.

—Doc nos encargó que diéramos caza a Dan Thunden-dijo.

Long Tom se encogió de hombros y dijo, agriamente.

—¡Valiente suerte hemos tenido! El viejo se nos escurrió de entre los dedos como un fantasma. Estamos perdiendo el tiempo rondando por aquí. Veamos qué era ese disparo-repuso Long Tom.

—Buena recomendación-dijo Johnny.

Y se lanzó hacia la enmarañada selva.

Era el que se hallaba más reposado de los tres, porque habían hecho no pocos esfuerzos para dar alcance a Dan Thunden. El calor y la densidad de la vegetación constituían una combinación capaz de minar la vitalidad a cualquiera.

El enorme Renny sudaba a gota gorda mientras que Long Tom a pesar de andar muy lejos de estar agotado, parecía un poco más pálido que de costumbre.

La fortaleza de Johnny era sorprendente, teniendo en cuenta que cualquier otro hombre se hubiera visto obligado a permanecer en un hospital con aquellas costillas rotas.

Salieron a una extensión, relativamente llana, de piedra.

—El disparo salió de por aquí-dijo Long Tom.

—Yo creo que fue de más lejos-opuso Renny.

El mago de la electricidad agitó la cabeza en violenta negativa.

—Sonó amortiguado, como si lo hicieran dentro de un agujero o algo así. Miremos a ver si encontramos un agujero o una caverna en estas rocas.

Avanzaron. Johnny, empinándose sobre la punta de los pies, miró a su alrededor y se orientó.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó.

—¿Eh? —inquirió Long Tom.

—Fue por aquí donde vimos a Dan Thunden por última vez-dijo Johnny.

Siguieron buscando el lugar de donde había salido el disparo. Como medida de seguridad, llevaban las súper ametralladoras en las manos y se aseguraron de que los tambores de repuesto cargados de las balas llamadas misericordiosas que privaban rápidamente del conocimiento, se hallasen a mano en sus bolsillos.

Renny murmuró algo ininteligible, alzó su pistola y turbó el silencio del cayo con un ruido ensordecedor.

—¿Qué demonios…? —empezó a decir Long Tom.

—¡Dan Thunden! —repuso Renny—. ¡Allá!

Señaló y sus dos compañeros vieron una cabellera blanca, una barba nívea, y un rostro viejo-joven desaparecer tras el tronco de un cocotero.

—Se escondió antes de que pudiera apuntar bien-gruñó Renny.

Olvidando por completo el disparo oído, los tres hombres corrieron en persecución de Dan Thunden.

Entraron a toda velocidad en la selva, tirando de lianas y plantas trepadoras.

Durante un buen rato, perdieron la pista de Dan. Luego le vieron asomar a un macizo de arbustos y mirarles. Salieron tras él; pero, de nuevo, Dan Thunden les dejó atrás con una facilidad que resultaba exasperante.

—Debe conocer esta isla palmo a palmo para poder correr así-gruñó Renny.

—El tipo ese tiene la agilidad de un acróbata-se quejó Johnny.

Luego volvieron a ver a Dan Thunden, Estaba asomado a un

espolón de coral aquella vez. Corrió antes de que pudieran disparar.

Renny y sus compañeros, al seguirle, se acercaron lo bastante a la playa para oír el murmullo de las olas al estrellarse contra el arrecife de coral.

Thunden había vuelto a desaparecer; pero sólo durante unos minutos, porque le vieron por tercera vez playa abajo, corriendo.

—Para tener ciento treinta y años, es una verdadera maravilla-exclamó Long Tom, apretando el paso.

Renny se detuvo, gritando:

—¡Aguardad!

—¿Qué pasa? —inquirió Long Tom, deteniéndose.

—Acabo de darme cuenta de una cosa-explicó Renny —. Barbas blancas nos está jugando una treta. Está enseñándose, de vez en cuando deliberadamente, para conducirnos a donde quiere que vayamos.

Johnny sacó, distraídamente, el monóculo; lo sacó del pañuelo, vió que seguía entero y volvió a envolverlo y guardarlo.

Long Tom echó a correr de nuevo, gritando, por encima del hombro:

—Bueno. Ahora que sabemos lo que está haciendo, iremos con los ojos muy abiertos. Pero soy partidario de perseguirle.

Los otros dos eran de la misma opinión y corrieron tras el mago de la electricidad. Pero iban con más cautela, apenas trotando, a veces. Era evidente que Dan Thunden les conducía a un sitio que quería que visitaran, porque tomaba toda suerte de precauciones para evitar que perdieran su pista.

—Obra de una manera bastante extraña —gruñó Renny.

—No es esto más extraño que el hecho de que nos advirtiera la presencia de una bomba en nuestro aeroplano-repuso Tom.

Renny movió, afirmativamente, la cabeza.

—Me gustaría echarle las manos encima —dijo—. Diría muchas cosas.

—Tú lo has dicho-asintió Long Tom —. Y lo primero que explicaría sería qué fue lo que convirtió en esqueleto a aquel aviador.

La conversación cesó, bruscamente, porque Dan Thunden se había detenido y hacía señas extrañas con la mano; tenía un dedo pegado a los labios; hendió el aire con la otra mano.

—Parece estar diciéndonos que tengamos cuidado-decidió Renny.

Dan Thunden abandonó, a continuación, la playa y se internó en la selva.

No volvió a aparecer.

Renny y los otros dos avanzaron cautelosamente, acercándose a un punto en que el pantano sobresalía. Más allá había una covacha rodeada de bosque, con playa de manganeso negro en lugar de arena blanca de coral.

Pero no fueron muy lejos. Sonó un disparo en la selva. La bala silbó por encima de sus cabezas y dio en el agua cerca del arrecife.

Los tres hombres corrieron a esconderse entre la maleza. Johnny iba haciendo muecas de dolor. El correr de aquella manera sin acordarse de las costillas fracturadas, empezaba a surtir su efecto.

Rompieron fuego con sus súper ametralladoras. Los proyectiles segaron hojas, se aplastaron contra los troncos de las palmeras y cortaron lianas.

Un hombre soltó un aullido de miedo y le oyeron correr, como un desesperado, por entre la maleza.

—Reconozco esa voz-gimió Johnny —. Es uno de los miembros de la cuadrilla de Santini.

El dejo de angustia de su voz, hizo que Long Tom le mirara con ansiedad.

—¿Las costillas? —inquirió.

—No.

—Eso es un embuste como una casa-dijo Long Tom —. Estás agotado. Debías de estar en un hospital. ¡Quédate atrás!

Johnny obedeció la orden al avanzar los demás; pero no por voluntad. Se encontraba demasiado débil para poder seguir a sus compañeros.

Vieron a un hombre que huía por entre la maleza. Se dirigía a la covacha.

Renny apuntó con cuidado. La súper ametralladora rugió.

El fugitivo alzó los brazos, tirando su revólver al aire. Luego le cayó la barbilla contra el pecho, dio un traspiés y una voltereta completa, tras lo cual yació retorciéndose con menos fuerza cada vez hasta que, al llegar a su lado los tres ayudantes de Doc, el hombre se hallaba exánime y sin conocimiento como resultas del

efecto de las balas de misericordia.

Tenía rasgada la carne levemente en los hombros: pero no había sufrido gran cosa, a menos que se infectara la herida, cosa poco probable puesto que las balas de misericordia llevaban un agente antiséptico y hasta las substancias químicas de las balas trazadoras eran de un tipo que no producía infección alguna.

—¡Veamos dónde iba! —bramó Renny.

Siguieron adelante, vieron el azul de agua y salieron a la playa de la covacha. Asaltó su olfato el olor a gasolina.

—¡Santo Dios! —estalló Renny.

Los tres se retiraron precipitadamente a la selva.

Era aquello una especie de hueco estrecho y poco profundo y a un extremo, la vegetación pantanosa llegaba hasta el agua.

Un aeroplano-el enorme hidroavión de Santini-estaba atracado cerca de dicho extremo. Se habían cortado y colocado sobre la cabina y las alas del aparato una serie de ramas verdes; otras más largas, habían sido clavadas en la negra arena de manganeso, alrededor del aeroplano.

Estaba el trabajo tan bien hecho, que era fácil comprender por qué no se le había visto desde el aire.

Bajo las anchas frondas próximas al aparato, se alzaba una cabaña, de frondas verdes también.

Había tres hombres junto a la misma. Cada uno de ellos llevaba una pistola ametralladora. Al ver a los ayudantes de Doc, empezaron a disparar.

La súper ametralladora de Renny respondió. Uno del trío enemigo rodó por tierra. La otra pareja se escondió tras los troncos de unas palmeras.

La lucha que siguió fue corta. Los hombres de Santini no eran tan buenos tiradores como sus contrincantes. Tenían que plantar sus balas en puntos vulnerables, cosa difícil debido a que los ayudantes de Doc llevaban chalecos a prueba de bala.

A1 caer el último de la pareja de detrás de su palmera, retorciéndose en el delirio que precedía al estupor provocado por las balas de municiones, Renny corrió hacia adelante.

Johnny intentó seguirle, dio un traspiés y cayó de rodillas, haciendo una mueca. Intentó levantarse, pero no pudo lograrlo.

—¡Que me superamalgamen! —dijo, entre dientes—. Parezco

haberme doblado por completo.

Renny volvió atrás, recogió, sin dificultad, al huesudo geólogo y se lo llevó.

Llegaron al aeroplano y Long Tom apartó las ramas y se puso a inspeccionarlo.

Metió los pies en el agua.. Unos golpes metálicos anunciaron que se había subido a los flotadores: otro ruido, que había entrado en la cámara. Luego sonó, muy hueca, su voz.

—¡Caramba! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —inquirió Renny.

Renny, sin soltar a Johnny, que protestaba ruidosamente, se dirigió al aparato y encontró a Long Tom que señalaba en dirección a las alas y, especialmente, hacia agujeros alargados que se veían en la delgada piel metálica de las alas.

—Primero observé que los depósitos de combustible estaban vacíos, según los instrumentos del salpicadero. Luego miré a mi alrededor en busca de la causa-dijo Long Tom —. He ahí la causa.

Renny movió, afirmativamente, la cabeza.

Los agujeros de las alas debían haber sido practicados con ayuda de un hacha pequeña o un cuchillo esgrimido por un brazo fuerte y habían perforado los depósitos.

El intento olor a gasolina hizo que Renny bajara la vista y vió en el manganeso negro los agujeritos hechos por el goteo del combustible.

Contemplaron aquella prueba de vandalismo en silencio.

Una voz joven, jubilosa, exclamó:

—Señores, han hecho ustedes un buen trabajito; pero la tarea aun no está terminada.

Los tres hombres derribaron parte de la valla de ramas verdes al salir. Se quedaron mirando con asombro.

Dan Thunden se hallaba a unos cincuenta metros de distancia, junto a una loma de coral gris.

Renny soltó un rugido y alzó la súper ametralladora.

—¡Un momento! —aulló Thunden—. ¡Su jefe Doc Savage... ¡¡Santini le ha hecho prisionero!

—¿Cómo?

—Más vale que ayuden a Savage. Síganme ustedes y les enseñaré lo que tienen que hacer.

Renny gritó:

—¡Un momento!

Pero Thunden desapareció tras la loma de coral.

Los tres hombres emprendieron la persecución; pero se detuvieron al oír movimiento en la cabaña. Una voz femenina surgió de la cabaña de ramas verdes.

—¿Se me piensa hacer algún caso por aquí, o no? —preguntaba.

CAPÍTULO XVII

LUCHA BAJO TIERRA

—¡**P**AT! —aulló Renny.

Y los tres se volvieron y entraron en la cabaña.

Patricia Savage estaba sentada sobre la arena negra, dentro, con el rostro congestionado y furioso. Le habían sujetado a la cintura la extremidad de un alambre cuyo otro extremo iba clavado a una palmera que servia de sostén en la parte de atrás de la cabaña.

Renny soltó a Johnny y cayó sobre el alambre. Tiró de él; pero no cedió.

Empezó a retorcerlo y a doblarlo y desdoblarlo para ver si lo rompía.

—No irás a parar a ninguna parte así-le advirtió Pat —. Eso ya me he pasado yo horas enteras haciéndolo.

Renny movió, afirmativamente, la cabeza y se puso a trabajar en los nudos.

Eran fuertes y habían sido atados, a no dudar, con tenazas.

—¿Estás bien? —le preguntó Long Tom a la muchacha.

—Estoy más furiosa que un gato pillado en una ratonera-respondió Pat, con violencia —. ¿Qué fue eso que le oí gritar al barbudo ese acerca de Doc?

—Que Santini le había hecho prisionero-contestó Renny, sombrío.

—¡Oh! —exclamó la joven, estremeciéndose.

—Yo no lo creo-le aseguró Renny, después de quitarle uno de los hilos del alambre —. Doc jamás se ha encontrado en un atolladero sin llevar un triunfo escondido en la manga.

—Ese Santini es el demonio con cinta encarnada-murmuró Pat.

—¿Averiguaron que tú no eras Kel Avery? —inquirió Long Tom.

—No me hallaría aquí si lo hubieran averiguado.

—¿Te conservaron viva con la esperanza de obligarte a declarar dónde había ido a parar el contenido del paquete?

—Ese fue el motivo, en efecto.

—Y… ¿dónde fue a parar?

—¿Crees tú que lo sé yo? —exclamó Pat, con sarcasmo—. Preguntádselo a Kel Avery.

—No parece serte muy simpática.

—No me resulta simpática ninguna persona que me haga pasar ratos como los que he pasado.

Long Tom rió.

—Creí que querías distraerte con unas cuantas emociones.

Esto pasa ya de diversión-dijo Pat. Luego rió a su vez; —pero no me importa gran cosa.

Renny dio un tirón al alambre. Se soltó.

—Ahí tienes-dijo.

Pat se puso en pie de un brinco y salió, corriendo, de la cabaña.

—¡Vamos! ¡Veamos si, efectivamente, le ha ocurrido algo a Doc!

Una vez fuera, miraron a su alrededor, esperanzados. Fue Johnny, a cuya mirada no afectaba la debilidad procedente de las costillas rotas, el que alzó una mano y señaló.

—¡Ahí está! —dijo.

Dan Thunden había esperado. Le vieron a través de las ramas, parado cerca de una palmera que pudiera resguardarle de las balas en caso de necesidad.

—¡Eh, amigo! —rugió Renny—. ¡Venga aquí y díganos qué significa todo esto!

La respuesta del viejo fue esconderse detrás de la palmera.

—Por menos de nada le acribillaba a balazos la próxima vez que asomase la nariz-exclamó Long Tom.

—Yo no haría eso-dijo Pat.

—¿Por que no?

—Está de nuestra parte… hasta que hayamos liquidado a la cuadrilla de Santini.

—¿Dónde has averiguado eso?

—Por las conversaciones de Santini.

Salieron tras el esquivo Dan Thunden, conteniendo su ira pero jurando vengarse. Resultaba humillante ser peones manejados por

el viejo; pero no eran tan poco prudentes que no comprendieran que era mejor seguirle.

Se dirigían hacia la extensión rocosa situada en el centro del cayo-el mismo lugar en que habían oído el disparo.

—¿Averiguaste alguna otra cosa por la conversación de Santini? —preguntó Renny.

—¡Muchas cosas! —aseguró Pat.

—¿Qué?

—La historia más fantástica que puedes haber oído en tu vida. Dan Thunden naufragó aquí en 1843, hace más de noventa años y fue el único del barco que pudo llegar a tierra. Ha vivido aquí desde entonces.

—Aun tengo mis dudas de que ese hombre cuente con ciento treinta y un años-advirtió Long Tom.

—Santini no parece dudarlo-respondió Pat —. Y Santini no tiene ni un pelo de tonto.

—Bueno, pues dejaremos pasar eso-gruñó Renny —. ¿Qué otra cosa averiguaste?

—Que Santini descubrió esta isla accidentalmente. Volaba desde Sudamérica en un avión robado. Se había metido en un lío allí, por matar a un funcionario del gobierno de Venezuela y marchaba hacia Norteamérica después de haber hecho creer a todo el mundo que volaba hacia el Sur.

"No podía, seguir las rutas aéreas usuales ni volar sobre islas en que hubiera colonias y radio, o por donde hubiese posibilidad de ver barcos. Así se explica que viniera por este lugar tan apartado. EL motor no le iba bien y aterrizó.

—Y luego... ¿qué?

—Entonces es cuando el misterio se hace más profundo-replicó Pat —. Encontró a Dan Thunden... y otra cosa, algo que vale mucho dinero.

—¿Qué?

—Que me registren.

Renny se paró en seco para mirar a Pat con curiosidad.

—¿Es posible que no sepas aún el porqué de toda esta lucha? —exclamó.

Pat le hizo una mueca.

—¿Lo dices en son de crítica?

—No; pero tenía grandes esperanzas.

—Y yo-le aseguró Pat; —intenté sonsacarle a Santini; pero no llegué a ninguna parte. Quedaron encantados de saber que yo no tenía la menor idea de lo que significaba lo que estaba ocurriendo. Y tenía que andar con cuidado para que no desconfiasen de que fuera yo Kel Avery.

Johnny intercaló, con voz bastante débil:

—Santini y su cuadrilla vinieron a Cayo del Miedo para recoger más producto del que creían que había en el paquete postal. ¿No es cierto?

—Sí-contestó Pat. Luego continuó:

—Los hombres de Santini derribaron el aeroplano de Dan Thunden y mataron al piloto. Desde entonces han estado intentando prender al viejo para obligarle a que les enseñe dónde está lo que ellos buscan.

—¿Santini... mató... al piloto? —preguntó, lentamente, Long Tom.

Pat se dio cuenta del extraño acento del mago de la electricidad y dijo, con curiosidad:

—Sí: ¿por qué?

—El piloto era... un esqueleto... cuando le encontramos.

Pat se estremeció.

—Eso me recuerda otra cosa. Existe en la isla algún horror que trae asustados a Santini y a sus hombres. No quisieron decirme de qué se trataba.

Renny alzó un brazo que parecía una viga y anunció.

—Ahí está ese trozo de roca desnuda donde oímos el disparo.

Dan Thunden desapareció de vista un momento después y ellos sacaron sus súper ametralladoras y rebuscaron por entre los arbustos de la selva a medida que avanzaban, recordando que la anterior desaparición del viejo había sido una señal de que amenazaba peligro.

Pat estudió la extensión de roca pelada y luego exclamó:

—¡Oh!

—¿Eh? —murmuró Long Tom, mirándola.

—Oí a Santini y a sus hombres hablar de este sitio. Está lleno de cavernas por debajo. Fue aquí donde vivió Dan Thunden durante más de noventa años. Santini y su cuadrilla eran de la opinión que

lo que estaban buscando se hallaba escondido aquí.

Hubo silencio mientras escudriñaban el lugar por entre los árboles, intentando hallar una abertura. Pero no vieron ninguna. Avanzaron todos, con Renny a la cabeza.

—¡Cuidado! —advirtió Pat—. Por lo que le he oído decir a Santini, creo que este lugar es un laberinto de trampas. Dan Thunden las construyó como diversión mientras vivía aquí.

—¡Vaya una manera de divertirse! —exclamó Renny, dando un resoplido.

Continuaron avanzando, mirando, atentamente, el rocoso suelo. Había muchas ranuras y grietas; pero ninguna de ellas parecía una puerta secreta.

Inesperadamente, Dan Thunden les llamó desde la selva.

—Den un pisotón muy fuerte en ese trozo cuadrado de roca rojiza de la derecha-aconsejó —. Así se abrirá una compuerta.

Renny vaciló; luego torció hacia la derecha. Unos momentos después inspeccionaba la losa de piedra sonrosada. Luego se puso las manos en los bolsillos y se quedó pensativo.

Sacando, nuevamente, las manos, se dejó caer de rodillas y empezó a pasar la mano, lentamente, por la piedra.

—¡Barba blanca dijo que le diéramos un golpe con el pie! —exclamó Long Tom, con sequedad.

—Cállate-contestó Renny, intentando que su voz no pasara de un susurro —. ¡Voy a saldar cuentas con Barba blanca por sus jugarretas!

Anduvo hurgando un rato por entre las ranuras de la piedra y luego se puso en pie. Dio un pisotón.

A Dan Thunden le parecería, sin duda, que estaba pisando el cuadrado de piedra rosada; pero, en realidad, estaba pisando unas pulgadas más a la derecha. Se volvió.

—No funciona-gritó.

—¡Pruebe otra vez! —aulló Dan Thunden.

Renny volvió a golpear, sin dar a la piedra tampoco.

—¡Algo se ha estropeado! —gritó—. ¡Nos iremos al otro lado mientras viene usted a abrirla!

Diciendo esto, se alejó con Johnny, Long Tom y Pat. Se detuvieron a unos ciento cincuenta metros de la piedra, se volvieron y vieron a Dan Thunden correr hacia la roca.

EL viejo descargó un fuerte golpe sobre ella con el talón. La roca se abrió inmediatamente, como la tapa de una caja.

Dan Thunden aulló:

—¡Le dije que golpeara...¡

Luego cayó sobre la piedra y pareció quedarse dormido.

Cuando Renny y sus compañeros llegaron a su lado, estaba roncando. La piedra seguía abierta, descubriendo una negra boca.

Pat pareció intrigada unos instantes. Luego sonrió, comprensiva.

—¡Las ampollas anestésicas de Doc! —exclamó.

—Lo adivinaste-contestó Renny. Indicó los bordes de la puerta secreta, donde se veían minúsculas partículas de cristal —. Coloqué unas cuantas alrededor de la losa y se rompieron cuando se alzó. El gas que contienen priva del conocimiento muy deprisa.

Pat retrocedió, instintivamente.

—El gas pierde su fuerza en menos de un minuto-le dijo Renny —. No nos hará nada ahora.

Long Tom, que parecía más débil que un niño, se agachó y cogió a Dan Thunden con facilidad.

—El viejo no era tan prudente como todo eso, después de todo-rió: —¡Cómo se va a poner cuando se despierte!

Hubo movimiento en la oscuridad, dentro del agujero. Una voz de hombre blasfemó, preguntando luego:

—¿Qué pasa ahí fuera?

Era uno de los hombres de Santini, debía haber oído el ruido producido por la piedra al abrirse y acudía a investigar. Era prudente. Por su voz se comprendía que se hallaba bien metido en el subterráneo, donde no pudiera alcanzarle una bala.

Renny intentó una estratagema. Sabía que su voz no le sonaría natural al hombre de abajo y esperaba que no lograría identificarla.

—Tenemos a Dan Thunden-dijo —. Sube y echa una mirada.

—¿Sí? —gruñó el hombre—. Y... ¿quién eres tú?

Renny se quedó parado de momento; pero Pat acudió en su auxilio.

—Dile que eres Snicker-susurró —. Es el nombre de uno de los tres que me vigilaban.

—¡Snicker! —gritó Renny.

El hombre de la caverna guardó silencio. Desconfiaba aún. Por fin dijo:

—Baja aquí adonde yo pueda verte. Tengo que asegurarme de que eres tú, Snicker.

Renny comprendió que el hombre se alarmaría antes de que transcurriera mucho rato. Se metió la mano en el bolsillo y sacó unas cuantas ampollas de gas, como las que empleara para Dan Thunden.

Apuntando cuidadosamente, disparó tres de ellas una tras otra.

Se oyó un ruido como el de un saco de trapos que se cayera y comprendieron que el bandido se había quedado sin sentido.

Después de bajar una serie de escaleras cortadas en la roca viva, hallaron a su victima-un hombre ancho y bajo, con nariz torcida y rostro picado de viruela-roncando tranquilamente tras un saliente de la pared.

Le quitaron una pistola ametralladora y una mochila que contenía varios tambores de repuesto.

Johnny, que había avanzado con ayuda de Renny, preguntó:

—Y ahora... ¿qué?

Long Tom, que no fumaba pero llevaba un encendedor, lo encendió y miró a su alrededor. Observó, especialmente la rugosa naturaleza del piso de la caverna.

—Este no es sitio para ti, Johnny-susurró —. La marcha será demasiado difícil para que puedan soportarla tus costillas.

El geólogo exhaló un suspiro.

—Eso es lamentablemente cierto.

—Conque más vale que te quedes de guardia por aquí. Puedes vigilar a Dan y a este otro hombre.

—Estarán sin conocimiento durante una hora por lo menos-señaló Johnny. Luego soltó un gemido y se sentó —. Pero me quedaré aquí.

—¿Estás seguro de que no perderás el conocimiento? —inquirió Renny.

—Completamente seguro.

Le dejaron allí. Sus dedos huesudos asían una pistola súper ametralladora y a mano, en el bolsillo derecho de la chaqueta, llevaba varias ampollas de gases anestésicos.

Quien sabia hacerlo, podía emplear aquellas ampollas sin máscara, mediante el sencillo expediente de contener el aliento durante cerca de un minuto, en cuyo tiempo el vapor hacia su

efecto en el enemigo que lo respiraba, disipándose después. El gas hacia efecto cuando entraba en los pulmones.

Pat susurró:

—¡Cuidado! No olvidéis que hay algo en este cayo que convierte a un hombre en un esqueleto. Sea ese algo lo que fuere, Santini y sus hombres le tienen un miedo espantoso.

—Ya hemos visto una muestra de su trabajo-replicó Long Tom, tranquilamente, pensando en el esqueleto del aviador.

Procuraron hacer el menor ruido posible. Entre los tres, el único que llevaba lámpara de bolsillo era Renny. La luz de ésta sé movió, cautelosamente, de un lado para otro.

Una vez oyeron un ruido débil y extraño, procedente de algún pasillo lateral invisible en la oscuridad. Al escucharlo, quedaron intrigados.

—Sonaba como si estuviesen friendo tocino-murmuró Long Tom.

Al no aproximarse más el sonido y seguir exactamente igual, como si se hallara detrás de una puerta cerrada, siguieron adelante.

Para no perderse, dejaron pinceladas de una substancia química a intervalos.

Esta brillaría al ser expuesta a los rayos ultravioleta y Long Tom llevaba un proyector semejante al de Doc. Así podrían reconocer el camino si era necesario.

Se deslizaban por un túnel de piso de arena, cuando la enorme mano de Renny les detuvo.

—¡Escuchad! —susurró.

Se oían voces delante de ellos; pero no se distinguían las palabras.

Avanzaron y apareció brillo de luz. Unos hombres se hallaban reunidos en torno a una enorme figura metálica que yacía sobre el suelo arenoso de la caverna.

—¡Doc! —exclamó Renny—. ¡Le aprisionaron después de todo!

Doc Savage estaba atado con una fuerte cuerda de fibra vegetal. Le daba centenares de vueltas al cuerpo. Parecía una momia.

Santini y parte de su cuadrilla componían el círculo. Aun parecían temer al gigante, a pesar de tenerle atado tan fuertemente, porque no se atrevían a acercarse. Y tenían buen cuidado de no iluminarle los ojos con la luz de sus lámparas de bolsillo. Aquellos ojos de oro tenían cierta cualidad hipnótica que helaba.

Santini dijo:

—Con toda seguridad le sorprenderá a usted que no le hayamos matado, mientras hemos tenido ocasión de hacerlo, signor Savage.

Doc nada dijo.

—Le hemos perdonado la vida-prosiguió el hombre —, para que pueda hacer un trabajito por cuenta nuestra. Y, si lo hace bien, le permitiremos que continúe viviendo.

Se oyó un leve chasquido al quitar Long Tom el seguro de su pistola.

Renny, asiéndole el brazo a su compañero, susurró:

—Escuchemos eso primero.

Les era posible oír claramente a Santini.

—Hay algo en esta isla que vale muchos millones de dólares, signor Savage. Crece aquí. Pero no sabernos qué aspecto tiene cuando crece en el suelo. Sólo sabemos cómo es después de ser secada y tratada. Este material está escondido en alguna parte y sólo Dan Thunden conoce el escondite.

"Cuando visitamos esta isla por primera vez, nos enteramos de la existencia de este producto y nos pusimos de acuerdo con Dan Thunden para vendérselo a gente de dinero que pudiera permitirse el lujo de pagar millones por ello. Fuimos a Nueva York y nos pusimos en contacto con cierto número de hombres ricos.

—Los nombres que figuraban en el fichero de la Manantial de Juventud, con toda seguridad —observó Doc, sin dar la menor muestra de tensión.

—Justo, signor Savage. Ellos tenían muchas ganas de comprar lo que nosotros teníamos que vender y estaban dispuestos a pagarlo bien. Fue entonces cuando decidimos deshacernos de Dan Thunden. Eso podrá haber sido una equivocación. Descubrió nuestras intenciones y se apoderó de una caja que contenía todas nuestras existencias de tan fabulosamente valiosa substancia.

"El viejo tenía muy poco dinero y se le ocurrió la idea de persuadir a una parienta que era rica, Kel Avery, para que hiciera de capitalista en la empresa. Le envió la caja a Kel Avery y la citó en Florida; pero tuvimos la suerte de apoderarnos de su correo e impedirle que acudiera a la cita.

"Intentamos secuestrar a la muchacha y apoderarnos de la caja; pero fracasamos y ella se alarmó y decidió irle a ver a usted y

solicitar su ayuda. Hicimos un esfuerzo por secuestrarle a usted antes de que la viera y fue entonces cuando empezaron, en realidad, nuestros males.

—¿A qué viene toda esa revista? —inquirió Doc con brusquedad.

Santini hizo una mueca.

—Sólo como base para decirle que necesitamos su ayuda. Le ofrecemos la seguridad suya y la de todas las personas que componen su grupo, a cambio de su ayuda.

—¿Cómo puedo yo ayudarles?

—Conozco algo de su habilidad. Observará que no acercamos la luz a sus ojos. Eso se debe a que sabemos que es usted un hipnotizador muy diestro. Puede usted hipnotizar a Dan Thunden y obligarle a que le diga dónde está escondido… este… llamémosle tesoro.

—No tienen ustedes a Dan Thunden en su poder-observó Doc, con sequedad.

—Le tendremos ahora. ¡Ahora!

El hombre giró sobre sus talones, lámpara en mano, y se dirigió a la salida.

Tan inesperado fue el movimiento, que Renny, Long Tom y Pat fueron pillados desprevenidos. La luz de Santini les iluminó.

—¡Vive Dios! —bramó Renny—. ¡Tenemos que luchar!

Su súper ametralladora disparó una ráfaga. Simultáneamente, se metió en la caverna. Long Tom le pisaba los talones.

La cuadrilla de Santini, pillada por sorpresa, reaccionó de diversas maneras.

Uno soltó un grito de espanto. Otro dejó caer la lámpara. Otros sacaron pistolas. Uno cayó, alcanzado por uno de los proyectiles de Renny.

Fue el propio Santini quien dio muestras de mayor serenidad. Dio un salto hacia atrás y desapareció en la oscura parte de atrás de la caverna. Parecía tener una intención determinada.

Long Tom y Renny estaban disparando ya. Concentraron su fuego en las lámparas de bolsillo, cuya cegadora luz era una amenaza. Se oyó explotar cristal y aullidos de los hombres que sujetaban las luces. Todas se apagaron.

Cayeron más hombres. Aumentó la confusión.

—¡Les tenemos derrotados ya! —rugió Renny, iniciando una

carga.

Long Tom y Pat le siguieron. Pat llevaba la pistola ametralladora que le habían quitado al guardián de la entrada; pero no la usó, porque sabía que Doc y sus hombres tenían por norma no matar si podía evitarse.

De pronto ocurrió algo. Se oyó ruido a los lados del cuarto. La arena pareció cobrar vida y alzarse.

Apareció una red, una malla tejida de fuerte fibra. Había estado enterrada bajo la arena y estaba siendo alzada por cuerdas atadas a los lados y escondidas en huecos de la pared. La fuerza motriz era, evidentemente, un peso grande suspendido en un pozo, porque oían el ruido de su descenso.

Renny y los otros dos se vieron levantados en vilo. La malla de la red era lo bastante grande para permitir que les pasaran los pies y los brazos y colgaron en ella como peces suspendidos por las agallas.

La trampa aquella estaba construida ingeniosamente. Les alzó y les estrelló contra una pared, sujetándoles allí con inexorable fuerza.

Renny soltó un rugido y dio manotazos a la red. Sus enormes manos lograron romper dos de las mallas. Derribó de un tiro a un hombre que corría hacia él.

Entonces la cuadrilla de Santini se echó sobre ellos. Santini salió del lugar en que se había metido para hacer funcionar la trampa, aullando:

—¡No! ¡No! No hay necesidad de matarlos ahora.

Se privó del conocimiento a los prisioneros a culatazo limpio.

—¡Id a ver si dejaron alguien de guardia a la puerta! —aulló Santini.

CAPÍTULO XVIII

SUERTE Y ADVERSIDAD

WILLIAM Harper Littlejohn estaba sentado en el escalón de arriba de la entrada secreta, cuando oyó correr hombres por las cavernas debajo de él.

Johnny sudaba y estaba pálido. Le estaba haciendo sufrir mucho el pecho.

Se puso en pie apresuradamente. Un instante después, se dio cuenta de que eran los hombres de Santini los que se acercaban. Cogió unas cuantas ampollas de gas y las tiró al subterráneo.

Una serie de maldiciones y exclamaciones de sorpresa le hicieron comprender que había derribado a uno por lo menos. Hubo un conciliábulo.

No le fue posible oír las palabras. Alguien intentó pegarle un tiro, pero no tuvo suerte. Johnny respondió con una descarga de su súper ametralladora.

Si no hubiera habido más que una salida, Johnny tal vez hubiese podido tener prisioneros a Santini y a sus hombres en el subterráneo indefinidamente; pero había otras puertas.

Cien metros más allá, un trozo de piedra se abrió... Salieron dos hombres con escopetas.

Johnny hizo la única cosa posible se puso en pie y echó a correr. Asiendo a Dan Thunden, intentó llevársele consigo.

Dan Thunden poseía el secreto de Cayo del Miedo y Johnny tenía vivos deseos de aclarar el misterio.

El propio Santini apareció y gritó:

—¡No! ¡No! ¡No matéis a Thunden!

Johnny asió con fuerzas al viejo, comprendiendo que su presencia significaba seguridad para él. Pero la carga le frenaba

demasiado. Se tambaleó. Dos veces cayó al suelo.

Comprendió que jamás lograría escapar con su prisionero. Conque, muy de mala gana, acabó soltando a Thunden y echando a correr en dirección a la selva. La persecución no amainó; pero tampoco pudo ganarle terreno.

Johnny se tambaleaba y estaba casi agotado por completo cuando se encontró con Monk y Ham.

Monk estaba ardiendo en deseos de pelear: Habeas Corpus le seguía. Ham tenía el estoque en una mano y la súper ametralladora en la otra.

—Oímos los disparos-gruñó Monk —. ¿Qué ocurre?

Johnny agitó una mano, para indicar que le perseguían y luego se dejó caer, débilmente, en el lugar que parecía más cómodo, sobre unas plantas verdes.

Permaneció allí sentado mientras los otros dos hombres se adelantaban.

—¿Dónde están Kel Avery y Da Clima? —preguntó, con voz débil.

—En el aeroplano-contestó Ham, sin detenerse.

Un instante después se oyeron ráfagas de las pistolas súper ametralladoras, las detonaciones de escopetas y los disparos de pistolas.

Durante cosa de cinco minutos, continuó, intermitentemente, la guerra de guerrillas. Luego Ham y Monk regresaron.

Llegaron junto a Johnny y Monk dijo:

—Hubo la mar de ruido y muchos disparos; pero no creo que fuera tocado nadie. Y huyeron. Ahora cuéntanos lo ocurrido.

Johnny no replicó. Se puso a gatas, con la mirada fija en el suelo. Y no alzó la cabeza. Parecía como fascinado.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar Monk.

El huesudo arqueólogo y geólogo no alzó la visa. Parecía paralizado.

—¡Eh! —exclamó Monk, con ansiedad.

—¿Qué te pasa?

Johnny alzó una mano y le llamó.

—Fíjate en esto-dijo.

E indicó una de las plantas sobre las que había estado sentado.

Monk se acercó y miró.

—No es más que cizaña rara-contestó, con un resoplido.

Johnny hizo un gesto y señaló las demás plantas.

—¡Cizaña! —exclamó—. Ninguno de vosotros ha visto flora de ese tipo hasta ahora.

—Bueno, ¿y qué?

—Examinad los confines de esta extensión de vegetación.

Monk y Ham obedecieron. El resultado fue un sorprendente descubrimiento.

Las plantas que habían intrigado a Johnny crecían en hileras regulares, como si las hubieran cultivado.

—Este ha sido el huerto de alguien-dijo Monk.

—Esto es muy raro-murmuró Johnny.

—No tan extraño como algunas otras cosas-afirmó Monk —. Por ejemplo: ¿qué es lo que convierte a la gente en esqueletos por aquí? Y… ¿qué anda buscando Santini? Vamos. Volvamos al aeroplano.

Antes de dejar el lugar en que había estado sentado, Johnny arrancó, cuidadosamente, los tallos de algunas plantas y se las metió en la cinta del sombrero para conservarlas mejor.

Para cuando hubieron llegado al avión, Johnny había hecho un relato bastante completo de lo ocurrido. Monk y Ham sonrieron al enterarse de que había sido presidido Thunden; pero fruncieron el entrecejo al conocer el final del episodio.

Llegaron a la playa de coral blanco y miraron a su alrededor. No se veía a persona alguna.

—Creo que dijisteis que Da Clima y Kel Avery se hallaban aquí-dijo Johnny.

Monk, con expresión de ansiedad, gritó:

—¡Señorita Avery!

Silencio.

—¡Rayos! —exclamó Ham desenvainando y envainando su estoque, con nerviosidad.

Monk volvió a llamar. Tampoco obtuvo contestación.

—¡Ha ocurrido algo! —exclamó—. ¡Da Clima y Kel Avery tenían orden de no moverse de aquí!

Un momento después, Habeas empezó a gruñir a un lado. Los tres corrieron hacia el lugar. Ham usó su estoque para apartar la vegetación; Monk y Johnny iban con las pistolas superametralladoras en la mano.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

Y los tres contemplaron lo que había encontrado Habeas.

Da Clima estaba tirado, boca abajo, sobre las ramas, con las piernas cruzadas de una manera grotesca, un brazo doblado debajo del pecho, el otro alzado sobre la cabeza, como para protegerla.

Tenía la cabeza torcida, la cara hacia arriba y un hilo de sangre corría desde la cabeza, por la cara, la garganta y el cuello de la camisa.

—¡Buscad a Kel! —ordenó Ham.

Y se dejó caer junto a Da Clima para ver su estado.

Monk corrió de un lado a otro; Johnny anduvo tambaleándose.

Cuando regresaron, Ham dejó de dar masaje a Da Clima en las muñecas, vió el gesto negativo que hacían y dijo:

—Está recobrando el conocimiento. Apenas tiene inflamación alguna en la cabeza.

Da Clima se incorporó por fin. Su aspecto recordaba, el que tenía cuando le encontraron por primera vez en el aeropuerto de Nueva York. Parpadeó y meció la cabeza de lado a lado con expresión de estupidez.

—¿Dónde está Kel Avery? —inquirió Ham, con brusquedad.

—Da Clima, ¿cómo saberlo él?

—¿Qué le ocurrió a usted?

El hombre no parecía muy seguro.

—Por ustedes, ando por alrededor y escucho, sí-dijo, con vaguedad —. Luego, de pronto, mi cabeza ella estalla, como un cohete.

—Y luego… ¿qué?

—¿Cómo lo he de saber yo? —exclamó Da Clima—. El mundo, él deja como de dar vueltas entonces.

—¿Se acercó alguien por detrás de usted y le besó en la coronilla con la culata de una pistola o algo sí? —gruñó Monk.

—Tal vez-asintió Da Clima —. Yo no veo a nadie, ni a un alma.

El hombracho se puso en pie, dirigió una mirada torva a sus rodillas, que parecían tener una marcada tendencia a doblarse, luego se golpeó el pecho con los puños débilmente primero, luego con más fuerza.

—¡Enseñadme el hombre que hace esto a Da Clima! —rugió—. ¡Le arranco el brazo y la pierna, vaya!

—Habla usted mucho, amigo-gruñó Monk; —pero cuando llega el momento, no sirve usted para nada.

Da Clima le miró con furia.

—¿Qué quiere decir con eso? Un insulto, ¿no?

Johnny interrumpió para decir:

—¡Basta ya! ¡Este no es momento de andarse echando flores! ¿Qué vamos a hacer?

—Coger el aeroplano y procurar descubrir a los hombres de Santini-sugirió Ham.

—Tal vez los veamos antes de que hayan llegado a su cuartel general con Kel Avery.

Corrieron al aeroplano, subieron a bordo y Monk se hizo cargo de los mandos. Dio al arranque. No ocurrió nada. Bajaron a investigar.

—¡Los hombres de Santini se han llevado los carburadores! —gimió Ham.

Bajaron todos, celebraron un breve conciliábulo y se decidió dirigirse a pie a la planicie rocosa. No estaban muy seguros de lo que harían cuando llegasen allá; pero cada uno de ellos se preparó una mochila de cosas que creyó pudieran ser necesarias.

Johnny describió el lugar a que se dirigían, y decidieron que podían llegar más aprisa tomando el camino de la playa.

De prono Ham preguntó, señalando:

—¿Qué es eso?

Los cuatro hombres miraron. Trozos de madera, viejos y azotados por los temporales, sobresalían de la arena cerca de la selva.

—Un naufragio antiguo-dijo Monk, con un resoplido.

Y hubiera seguido adelante.

—¡Aguarda! —ordeno Johnny, con brusquedad.

Examinó las maderas que sobresalían y dio unos puntapiés a la arena, destapando otras.

Eran los restos de una embarcación no muy grande. La madera había estado tallada en otros tiempos.

—¿Por qué estamos perdiendo tiempo aquí? —preguntó Monk, con impaciencia.

Johnny le miró.

—¿Has visto una galera romana alguna vez?

—¡Claro que no! ¡Yo no tengo dos mil años!

—Esto-dijo Johnny, indicando las maderas con gesto dramático —, fue en otros tiempos una galera romana.

El énfasis con que el arqueólogo hizo la declaración, impresionó a sus compañeros.

—¡Una galera romana! —murmuró Monk, lentamente—. Pero… ¿cómo llegó aquí, a este lado del Atlántico?

—Llegaría a la deriva, tal vez.

—Quiá. Las corrientes marinas no vienen en esta dirección.

—En tal caso, es posible que tuviera izadas las velas, y que el viento la empujara aquí —dijo Johnny—. No es imposible. Podría haber sucedido. Esta isla se encuentra en la orilla del Caribe y una nave soplada desde el otro lado del Atlántico, podía haber atracado aquí, o naufragado, como indudablemente le ocurrió a esta.

Monk movió, afirmativamente, la cabeza.

—Sigo sin ver, sin embargo, el motivo de toda esta excitación.

Johnny se tocó la cinta del sombrero, donde reposaban las plantas que arrancara.

—Yo tengo una teoría asombrosa-dijo —. Pero ya hablaremos del asunto mas tarde.

—Sí-asintió Ham; —tenemos que preocuparnos de Kel Avery y de los otros ahora.

No tardaron en meterse por la selva.

—Va a ser difícil acercarse sin ser vistos —opino Monk.

La planicie rocosa apareció ante sus ojos.

Agazapados detrás de un árbol a1 borde de la llanura, usaron los ojos, y pequeños telescopios de bolsillo sin hallar rastro alguno de entradas secretas.

La dura superficie parecía una masa sólida.

—¿Puedes tú dar con alguna de las trampas? —preguntó Ham a Johnny.

Este hizo una mueca de duda.

—No lo sé. Probaré.

Avanzaron con las armas preparadas, deteniéndose con frecuencia a aplicar el oído a la piedra por si oían sonido alguno bajo tierra. El calor era terrible.

Tenían ya varías llagas, porque su piel no reunía condiciones para resistir aquel infierno tropical.

De pronto Da Clima, que iba por uno de los lados, se dejó caer al suelo y metió los dedos por una ranura.

—¡Mi, yo he encontrado agujero! —exclamó.

Da Clima tiró, golpeó con fuerzas y, con una brusquedad que obligó a todos a pegar un salto atrás, se alzó una tapa de piedra, exhibiendo un negro hueco.

Monk extendió una mano.

—Chóquela-dijo, sonriendo.

Da Clíma le miró torvamente.

—¿Por qué?

—Retiro lo dicho-le anunció Monk —. Por fin ha servido usted para algo.

Da Clima soltó un rugido y se metió por el oscuro hueco que había descubierto.

Los otros sacaron lámparas que habían traído del aeroplano y le siguieron.

Avanzaban por un pasillo tan estrecho, que a veces los hombros de Monk rozaban con las paredes de roca y, en ocasiones, le costaba trabajo pasar.

Da Clima abultaba muy poco más.

EL camino se hizo más ancho durante un trecho, y luego volvió a reducirse.

Pasaron junto a un túnel lateral. Un fuerte rollizo, que probaron cuidadosamente, hacía de puente sobre una hendedura.

Monk tiró un guijarro por ella y contó casi hasta veinte antes de que tocara agua.

—Lindo sitio éste-murmuró:

—Cierra el pico-le aconsejó Ham.

Monk cogió a Habeas, que les seguía, y se lo metió debajo del brazo. El cerdo no hacia el menor ruido.

Da Clima, primero en bajar, seguía marchando a la cabeza y, cuando llegaron a un punto en que fue necesario dejarse caer a gatas y arrastrarse, siguió adelante.

—¡Uf! —exclamó, inesperadamente.

Un instante después, su pistola emitió un estampido que por poco les rompió a todos los tímpanos de los oídos. Luego el gigante avanzó, salió a una cámara bastante respetable y se puso en pie. Luego echó a correr hacia adelante.

—¡Un hombre! ¡Me vio! —aulló—. ¡Ese Santini creo que fue!

Se oyeron gritos de hombre delante, entre ellos uno que, por el acento, les pareció de Santini. Una pistola disparó. Contestaron. Sus disparos no recibieron respuesta.

—La marcha va a ser dura de aquí en adelante-gruñó Monk.

Se quedaron parados allí, en la oscuridad, con las lámparas apagadas.

—Yo-dijo Ham, —tengo una idea.

Y se le oyó rebuscar en la mochila que había traído del aeroplano.

—¿Qué idea es esa? —susurró Monk.

—Usaremos los cartuchos de luz sobre esos pájaros-contestó Ham, sombrío —. Eso les dará que pensar.

—Muchacho, a veces eres la mar de inteligente-dijo Monk.

Y rebuscó, también en su mochila.

Cartuchos de luz era el nombre con que habían bautizado una de las creaciones de Doc Savage para las súper ametralladoras. Doc había inventado muchos proyectiles raros para las maravillosas pistolas.

Los cartuchos de luz figuraban entre los más originales. Estaban cargados con una mezcla de termita y magnesio y ardían con una luz blanca muy brillante donde quiera que daban.

Algunos de los tambores de municiones iban cargados con cinco cartuchos de luz y cinco de misericordia, combinación de bastante efecto. Los nuevos tambores fueron colocados y las pistolas ajustadas para hacer los disparos de uno en uno.

—¡Vamos! —gruñó Monk.

Avanzaron. Uno de los hombres de Santini disparó contra ellos.

Siguió una salva de chasquidos metálicos.

—¡Dadles los cartuchos de luz! —dijo Monk. Luego hubo un silencio completo.

—¡Rayos! —gimió Monk.

—¡Algo ha ocurrido! —exclamó Ham—. ¡Estos tambores están descargados!

Monk soltó un rugido.

—¡Ya sé! Cuando esos tipos llegaron al aeroplano, inutilizaron las balas...

No pudo decir más. Santini debía haber oído sus voces.

—¡Cargad contra ellos! —aulló.

Se oyó ruido de pies que corrían. Una pistola soltó un fogonazo rojizo.

Monk encendió su lámpara de bolsillo; luego la tiró al suelo donde suministrara luz para iluminar la lucha.

Un instante después, los hombres de Santini caían sobre ellos. No hubo disparos ya. La cuadrilla de Santini parecía tener confianza en la victoria.

Atacaron a culatazos, puñetazos y puntapiés.

A los pocos segundos, Monk y sus compañeros se dieron cuenta de que se hallaban en estado de manifiesta inferioridad. Intentaron retirarse.

A Da Clima fue al primero que se le ocurrió la idea. Se metió por el estrecho túnel que acababan de atravesar. Sin saber como, pareció quedarse atascado allí. Empezó a dar aullidos de terror.

Monk le pellizcó y le empujó; pero el hombre no se movió, aun cuando los pellizcos de Monk debían ser dolorosos.

—¡Maldito si este montón de carne con ojos no es un ave de mal agüero! —rugió Monk, dándole al hombre otro terrible pellizco.

Tres secuaces de Santini saltaron sobre él y tres culatas descendieron sobre su cabeza. Para Monk fue como si todas las luces se apagaran de pronto y se hiciera el silencio a su alrededor.

CAPÍTULO XIX

LA PLANTA

LOS ojos de Monk se abrieron un poco, giraron en sus órbitas hasta no vérseles más que el blanco y luego, lentamente, recobraron la normalidad y miraron a Doc Savage.

El hombre de bronce se hallaba a unos tres metros de distancia, envuelto en cuerdas hasta parecer una momia. Sólo la cabeza y las manos asomaban por entre la cuerda y le habían envuelto estas últimas con trapos para que no pudiera usar los dedos.

Monk intentó moverse, gimió: "¡Maldita sea! ¡Estoy paralizado!" Y luego se dio cuenta de que estaba atado poco más o menos como Doc Savage.

—No son muy partidarios de correr riesgos, ¿eh? —murmuró.

—¿Estás bien? —inquirió Doc.

—Tiene un cráneo muy duro-dijo la voz de Ham.

Monk vió que éste se hallaba cerca, atado igual que él. Johnny, Long Tom y Renny formaban una hilera en el arenoso suelo.

Da Clima miraba torvamente a Monk, forcejeaba con sus ataduras. Yacía al borde mismo de la superficie iluminada por una linterna eléctrica.

Pat Savage y Kel Avery se hallaban enfrente, atadas ambas y con Dan Thunden entre las dos.

Se encontraban en una cámara de piedra. Santini y sus hombres estaban cerca, con expresión de júbilo.

—Esto sí que es una gran reunión, ¿eh, señores? —dijo Santini.

—¡Váyase al cuerno! —gruñó Monk.

Santini, riendo, se acercó y se puso de pie, juguetonamente, sobre su pecho, saltando un poco.

Monk dio media vuelta de pronto, tirando a Santini que, al

volverse a levantar, le pegó un puntapié con gran violencia en el costado, sin dejar de proferir blasfemias en su idioma natal.

—¡Esta si que es una ocasión de júbilo para mí! —exclamó Santini.

Luego se acercó a Renny y empezó a darle puntapiés y a insultarle como había hecho con Monk. Trató a Long Tom de igual manera y estaba de pie sobre el torso de Da Clima, cuando Dan Thunden dio media vuelta y emitió un gemido.

Abandonando su diversión, Santini se adelantó y señaló al hombre de la barba blanca.

—Esto es lo que aguardo-dijo —. ¡Llevadle a otro sitio y hacedle contestar a nuestras preguntas!

Dos hombres cogieron a Dan Thunden por los pies y por la cabeza.

—No os acerquéis a la puerta que tiene la cerradura secreta-avisó Santini —. No es nuestro deseo que éstos nuestros amigos se conviertan en esqueletos. Aun no, por lo menos.

Los dos que transportaban al viejo marcharon con su carga: pero antes de que hubieran llegado muy lejos, Doc habló. Habló en el idioma gutural y musical al mismo tiempo, de los mayas, la lengua que sólo al hombre de bronce, y sus cinco ayudantes hablaban y entendían.

—Habladme en este idioma-dijo Doc —. Hacedles creer que estamos tramando algo.

Santini le dirigió una mirada de ira al escuchar aquellas palabras ininteligibles. Luego rugió:

—¡No! ¡No! ¡Hablen de forma que yo pueda entender!

—¡Vete al demonio, idiota! —le dijo Monk en el idioma de los mayas—. Oye, Doc, ¿por qué quieres que hablemos así? Sólo servirá para que se ponga a darnos puntapiés de nuevo.

—Quiero que nos separen-contestó Doc —. Si logro que me pongan solo, tengo un plan que quiero probar.

Monk preguntó:

—¿Qué plan es ése?

Jamás recibió contestación. Santini, ciego de ira, picó.

—¡Llevaos a Doc Savage a otro cuarto! —ordenó—. ¡Vigiladle dos de vosotros! ¡Pegadle un tiro al menor movimiento sospechoso!

A Doc le sacaron de allí inmediatamente.

Monk murmuró, hablando aun en el idioma de los mayas:

—No veo yo qué puede hacer Doc. Le han registrado y está atado como un fardo.

—¿Estás perdiendo tu fe en Doc? —inquirió Ham, agriamente.

Monk suspiró.

—Hermano-dijo —, él es la única esperanza que nos queda.

A Doc Savage le transportaron a una cámara circular practicada en la piedra, lugar que no tenía más que una salida, y le depositaron en el suelo.

Los dos hombres que le habían llevado se irguieron, jadeando y sudando.

—Este tipo pesa una tonelada-gruñó uno de ellos.

—¡Calla! —murmuró el otro.

Y colocó una linterna eléctrica de mano de forma que la luz diera sobre el hombre de bronce.

—Eso es-dijo el primero: —tenemos que vigilarle.— Pero Doc Savage no quería que le escudriñaran demasiado y les desanimó de que lo hicieran mediante el sencillo expediente de contemplarles con la mirada fija y los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Basta de eso! —rugió uno de sus guardianes.

Doc hizo como si no le oyera y, un momento después, las linternas fueron movidas para que no estuviera iluminado directamente, pero tampoco se hallara en la oscuridad. En aquella media luz no podía moverse gran cosa sin ser observado.

—Ese hombre puede hipnotizarle a uno con esos ojos-murmuró el más fuerte de los dos —. Eso es lo que dice Santini, por lo menos. Yo no pienso correr riesgos.

No existía, al parecer, posibilidad aluna de que Doc Savage lograra librarse, pues eran demasiado fuertes sus ligaduras.

Los hombres de Santini le habían arrancado a Doc los tacones de los zapatos para asegurarse de que no llevaba nada escondido en ellos. Los clavos que habían sujetado los tacones, sobresalían. Los zapatos iban provistos de cierres relámpago modernos en lugar de cordones.

Moviéndose imperceptiblemente, Doc enganchó uno de los clavos de los tacones en el anillo de uno de los cierres relámpago y lo abrió. Hizo lo propio con el otro zapato.

Desde el fondo del pasillo que conducía a la cámara, la voz de

Santini ordenó:
—¡Venid aquí los dos!
—¿A nosotros nos dice? —preguntó uno de los guardianes.
—¡Sí, sí!... ¡a vosotros! —contestó, con brusquedad, la voz de Santini.
—Pero... ¡si estamos vigilando!...
—¡Canes! —rugió la voz—. ¡Perros! ¡No escapará en el minuto que os necesito!
Los dos vigilantes salieron de la habitación de piedra.
Doc Savage se quitó los zapatos. Su enorme cuerpo pareció convertirse en goma, porque se dobló como un contorsionista y los dedos de sus pies hallaron los nudos de la cuerda.
Sus calcetines no tenían pie. Eran de esos que llevan una tira abajo para sujetarlos por las plantas de los pies como si fueran botines, y dejan los dedos al aire.
Los dedos de los píes del hombre de bronce adquirieron la agilidad y destreza de los de sus manos. En unos segundos los nudos quedaron cortados.
Se retorció de un lado a otro, trabajando con increíble velocidad; pero haciendo muy poco ruido. Se puso en pie.
En el fondo del pasillo, los dos guardianes miraban de uno a otro lado, perplejos, porque no habían encontrado a Santini en el punto de donde, aparentemente, había surgido su voz.
—¡Jefe! —gritó uno de ellos—. ¿Dónde demonios te has metido?
Sonaron dos golpes opacos. Ambos hombres cayeron sin conocimiento.
Ninguno de los dos supo nunca a ciencia cierta, lo que le había ocurrido, porque no vieron ni oyeron al hombre de bronce que se alzaba, de pronto, detrás de ellos y descargaba dos puñetazos simultáneamente.
Tampoco se dieron cuenta de que habían sido víctimas de una estratagema de Doc, basada en su habilidad como ventrílocuo.
Santini no había llamado. Había llamado Doc.
Este echó a andar y se asomó al cuarto en que se encontraban sus cinco ayudantes, las dos muchachas y Da Clima. Había bastantes hombres de Santini allí, vigilando. Si intentaba libertar a los cautivos, ello significaría lucha, ruido y alarma.
De una caverna próxima emanaban voces roncas, y frases

iracundas. Debía ser Santini que interrogaba a Dan Thunden. Se acercó.

Además de Santini, había cuatro hombres con el viejo de la barba blanca. Se habían atado cuatro cuerdas a muñecas y tobillos y cada hombre agarraba una de ellas y tiraba con todas sus fuerzas.

Daba horror verle las puntas de los dedos al viejo. Santini tenía en la mano unos alicates pequeños y, en el momento de asomarse Doc, le estaba arrancando otra uña a Dan Thunden.

Este gimió y se retorció. La sangre le manaba de los labios, donde se los había mordido.

—Ya no le quedan a usted uñas, signor Thunden-dijo Santini —. Parece que tendremos que arrancarle un ojo a continuación. Lo haré muy despacio para que pueda ver, con el otro ojo, el cuchillo, cuando corte los músculos para despegarle el que le saque.

El recitado de tan horribles detalles pareció lograr lo que la tortura anterior no había podido conseguir.

—¿Qué quiere saber? —gimió el viejo.

—Demasiado lo sabe usted ya-respondió Santini.

Doc se acercó un poco más, para hallarse en mejor situación de oír las palabras. Sus pies, aun desnudos, tropezaron con algo. Se agachó y buscó con los dedos.

Eran las mochilas que sus ayudantes habían traído del aeroplano. Estaban amontonadas. Doc dio la vuelta al montón, avanzó unos cuantos pasos y se detuvo.

Dan Thunden dijo:

—EL almacén se encuentra nada más que al entrar por la puerta de madera.

Santini profirió una blasfemia. —¿Quiere usted decir con eso que tenemos que correr el riesgo de que... de que...?

—De toparse con mis amiguitos, si-gruñó Dan Thunden —. Y Dios quiera que les ocurra a ustedes algún percance.

—¿Cómo podemos entrar allí?

—¿Sabe usted andar con zancos?

—¡No!

—¡Me tiene sin cuidado cómo entren ustedes! —estalló Dan Thunden—. Ya le he dicho dónde está el almacén.

—¿Cómo se abre? —inquirió Santini.

—Hay una repisa negra en la roca-contestó el viejo —. Aplíquele

a ella todo su peso.

Doc Savage no aguardó a oír más. Retrocedió. Se detuvo a pasar los dedos por las mochilas que había en el suelo, y así dio con la de Monk.

La de éste se distinguía porque contenía una cosa sin la cual rara vez se lanzaba Monk a una aventura-el asombroso laboratorio portátil que contenía substancias químicas y aparatos para casi cualquier experimento, todo ello empaquetado en un espacio increíblemente pequeño.

Con la mochila de Monk, Doc echó a correr pasillo abajo.

El hombre de bronce llegó a la maciza puerta de madera sin incidente alguno. Aplicó un oído contra ella. No oyó sonido alguno que pareciera como si frieran tocino. Sus dedos hallaron la palanca secreta y la puerta se abrió.

Sus movimientos en el pasillo de más allá, fueron silenciosos. En la mochila de Monk había una lámpara de repuesto y la usó. La repisa negra que había mencionado Thunden se distinguía perfectamente.

Doc se dispuso a aplicar su peso contra la piedra; luego vaciló. Retrocedió y buscó algo con que hacer fuerza sin acercarse demasiado. Estaba pensando en las numerosas trampas que había construido el viejo por todo aquel extraño lugar subterráneo.

Se oyeron pasos más allá de la puerta. Eran rápidos, de alguien que corría.

Doc se metió, silenciosamente, en la sombra. Se vió una luz.

Apareció Leaking, chorreando sudor, con el labio superior cogido entre los dientes. Su rostro tenía una expresión de desesperación y todo su obeso cuerpo temblaba de deseo y de ansiedad.

Doc comprendió, enseguida, lo que pasaba. Leaking había oído las palabras de Dan Thunden y corría a inspeccionar el cuarto antes que Santini.

Semejante acto sólo podía significar traición.

La luz que el hombre llevaba en la mano iluminó la repisa negra.

Evidentemente tenía muy poco tiempo a su disposición y aplicó todo su peso de la repisa negra sin pararse a pensar. Nada ocurrió.

El hombre retrocedió. En su excitación, no había dado importancia al hecho de que la pesada puerta de madera estuviese

abierta.

De nuevo se lanzó contra la piedra negra.

Se oyó el chirrido de un mecanismo. Brilló el acero. Sonó un golpe hueco, esponjoso...

Leaking se tambaleó. Pareció partirse por la cintura y caer en un mar de sangre.

La parte superior de su torso cayó hacia adelante, tapando la portezuela de piedra que se había abierto.

Doc avanzó rápidamente, sin mirar el cuerpo de Leaking y examinó el terrible mecanismo que se ocultaba detrás de la portezuela. Era de madera dura, ingeniosamente construido y funcionaba mediante una palanca sobre la que apretaba un peso grande.

Sujeto al dispositivo aquel, había un trinchante afilado como una navaja de afeitar. Había sido hecho, toscamente, de alguna pieza de hierro de un velero.

Estaba colocado de forma que diera un tajo hacia afuera en cuanto se ejerciese presión sobre la piedra negra.

Era aquel trinchante el que había partido en dos a Leaking.

Doc Savage aun llevaba la mochila de Monk. La abrió, usando la lámpara de bolsillo. Sabía dónde se hallaba cada una de las drogas. Sacó unas botellas y luego entró en el almacén, con los ojos muy abiertos por si había alguna trampa más.

El almacén no era grande y había toscos estantes en las paredes. En ellos reposaban tarros de barro cocido.

Doc abrió el más cercano, metió los dedos y sacó parte de su contenido.

No pareció sorprenderle ver que se trataba de unas hojas verde bilioso, secadas y empaquetadas cuidadosamente.

Las volvió a dejar en su sitio y destapó varios otros de los tarros más asequibles.

Por encima de las hojas de cada tarro vertió un poco del contenido de los frascos que había sacado del laboratorio portátil de Monk.

Se marchó tan sigilosamente como había llegado. No pudo haberlo hecho más a tiempo porque se oyeron pasos de hombres que se acercaban.

Aparecieron Santini y algunos de sus secuaces.

No vieron a Doc, porque este se había escondido en un punto delante del cual habían de pasar, dejándole atrás. A1 ver la puerta abierta, Santini soltó una serie de blasfemias y saltó hacia adelante. Descubrió el cuerpo partido de Leaking.

—¡Che! —exclamó, asombrado—. ¿Qué? ¿Qué, qué es esto?...

Luego rompió a reír a carcajada limpia.

—Leaking intentó traicionarme-rió —. Y Dan Thunden quiso hacer lo propio. Leaking cayó en la trampa de Thunden. ¡Come bello!

Entraron en el almacén y cogieron los tarros que hallaron más a mano, que eran, precisamente, los que había abierto Doc y rociado con la droga.

—Por fin tenemos el material-murmuró Santini, y abarcó todos los tarros con un gesto —. Hay bastante aquí para hacernos ricos a todos.

Un hombre miró a Santini con deseo.

—¿Jefe?

—¿Qué?

—Vas a cumplir tu promesa, ¿no? Dijiste en Long lsland aquella noche que a todos se nos daría la planta en cuanto encontráramos el almacén.

Santini vaciló. Luego movió afirmativamente la cabeza.

—Es cierto. A la tarde todos podéis...

A los hombres les brillaban los ojos de ansia. Parecían experimentar cierta locura, como hechizados ante la vista de la planta que contenían los tarros.

—Ahora-murmuró el que había hablado; —probémosla. Dicen que uno se siente mejor ya, inmediatamente después de tomarla.

Santini afirmó con la cabeza.

—¿Qué dices? La probaremos ahora... ¿o no?

—Es preciso mezclarla con agua —dijo Santini—. La probaremos enseguida. Todos nosotros.

—¡Muy bien!

El que había tomado la palabra casi lloraba de alegría y los otros estaban como él, excitados hasta el punto de la incoherencia.

—El verdadero "Manantial de Juventud" —dijo uno de ellos.

—Tú lo has dicho-asintió otro —¡La planta que le hace a uno vivir eternamente!

CAPÍTULO XX

"EL MANANTIAL DE JUVENTUD"

SANTINI y sus hombres aparecieron poco después en la caverna en que se hallaban los prisioneros, cargados con los tarros que contenían la planta.

Los cautivos les miraron, intrigados; todos menos Johnny que, además de ser arqueólogo y geólogo, tenía grandes conocimientos de botánica; pero nada dijo, de momento.

—¡La hemos encontrado! —gritó Santini—. ¡Viviremos todos eternamente y venderemos una cantidad suficiente para hacernos todos millonarios!

Santini se retiró a un cuarto cercano que al parecer, había sido cuarto de Dan Thunden en el pasado. Allí encontraría los utensilios necesarios para preparar las hojas, así como un manantial de agua fresca.

En la emoción del momento, los guardianes se olvidaron de sus prisioneros.

Había pocas probabilidades de que éstos pudieran escaparse sin ayuda, sin embargo.

Riendo, excitados, los hombres corrieron hacia el lugar en que se estaba preparando la mezcla y la cámara en que yacían Renny y sus compañeros quedó abandonada.

—No entiendo esto ni pizca-murmuró Monk —. ¿Oísteis lo que decían? Los locos esos creen haber encontrado algo que les proporcionará vida eterna.

Ham hizo un chasquido con la lengua.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó:— ¡El Manantial de Juventud! ¿Recordáis el Manantial de Juventud que, según la historia, anduvo buscando Ponce de León? Se suponía que se

hallaba en los alrededores de Florida.

—¡Te has vuelto tan loco como ellos! —contestó Monk.

—El Manantial de Juventud podría hallarse en este cayo-insistió Ham —. Tal vez, hace tiempo, el arrecife pudiera pasarse y llegaran hasta aquí embarcaciones. El Manantial de Juventud pudiera muy bien no ser un manantial, sino la extraña planta que tenía Santini. Tal vez proporcione la planta vida eterna, en efecto.

Johnny, que había permanecido callado, habló entonces.

—Ham tiene, eminentemente, razón-dijo.

Monk logró rodar de forma que pudiera ver a Johnny.

—¿Sí? —dijo.

—¿Recuerdas los restos de un naufragio que encontramos y que tenían un marcado parecido a fragmentos estructurales de una galera romana? —inquirió Johnny.

—¿Tiene eso algo que ver con esto? —preguntó Monk.

—Sí, y mucho. Esa galera naufragada fue lo que me hizo recordar una leyenda de la historia que explica la presencia de esta planta que proporciona, al parecer, vida eterna.

Monk soltó un resoplido.

—¿Has oído hablar alguna vez de Cirene? —le interrumpió Johnny.

—¿Cirene?

—Ce, I, erre, e, ene, e-deletreó Johnny.

En el rostro de Monk apareció una expresión dolorida, expresión habitual en él cuando pensaba.

—¿Fue esa una ciudad que existió por los tiempos del antiguo Egipto y de Cartago?

—Sí-asintió el geólogo —. Cirene se alzaba sobre una meseta y el origen de su riqueza era una fabulosa hierba medicinal, llamada Silphium. Hasta las monedas de Cirene representaban, en uno de sus lados, al monarca en el acto de observar cómo pesaban sus súbitos tan asombrosa planta.

"La leyenda atribuye a dicha planta grandes poderes. Dice que curaba todas las enfermedades, heridas y hasta lesiones orgánicas. Acudían naves de todos los puntos del antiguo mundo en busca de dicha planta y ésta adquirió un valor fabuloso.

"Los romanos se presentaron y gravaron, el Silphium con un impuesto enorme. Los habitantes de Cirene se enfurecieron y, como

odiaban enormemente a los romanos, se dispusieron a destruir por completo la hierba y librarse así de los elevados impuestos. Con el tiempo, el Silphium se extinguió.

"Muchos hombres han buscado, desde entonces, algunas hojas, aunque fuera una sola planta. Hace cosa de un año o dos, incluso, publicaron los periódicos la historia de un médico italiano que creía haber vuelto a descubrir Silphium en Cirenaica.

—No lo creo-gruñó Monk.

—¡Eso lo encontrarás en cualquier historia! —respondió Johnny —. Ahora bien, sería tonto creer que los habitantes de la antigua Cirene destruyeran por completo planta de tanto valor. Es posible que cargaran cierta cantidad a bordo de una galera y la mandaran a una isla u otra parte de la costa y que la galera se perdiera y acabara por dar con Cayo del Miedo.

En su vehemencia, Johnny se había olvidado por completo de usar palabras largas.

Los otros guardaron silencio cuando hubo acabado de hablar el geólogo.

Entraron dos de los hombres de Santini y, sin pronunciar palabra, cogieron a Da Clima y lo sacaron.

Renny se estremeció y dijo:

—¡Han dado principio a la matanza!

—¡Pobre Da Clima! —murmuró Pat, con sentimiento.

Una voz salió de la oscuridad.

—No os preocupéis demasiado de Da Clima —decía.

—¡Doc! —susurró Renny.

Apareció el hombre de bronce y, tras imponerles silencio, empezó a desatarles.

—Estaba esperando a que se llevasen a Da Clima-dijo.

—¡Esperabas que se lo llevaran! —exclamó Monk—. ¿Por qué?

—Porque es uno de sus hombres.

Monk se quedó boquiabierto.

—¿Da Clima es de la cuadrilla de Santini?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes eso, Doc?

—Desde que a Santini le avisaron, tan misteriosamente, que el paquete postal iba a ser llevado a mi despacho en Nueva York —contestó Doc—. El único que tuvo ocasión de decírselo, fue Da

Clima.

Kel Avery que, a pesar de lo mucho que había pasado seguía conservando su aspecto de actriz cinematográfica, se emocionó profundamente al oír las palabras de Doc.

—Cuando Da Clima vino a verme a Florida y se ofreció como guardia personal, ¿lo hacía por orden de Santini? —exclamó.

Doc movió, afirmativamente la cabeza. Había desatado a Renny, Johnny y Monk. Se puso a trabajar en los nudos de las ligaduras de Pat. Su situación era peligrosa. Podría volver alguno de los hombres de Santini de un momento a otro.

—Doc, ¿tenía yo razón en mi teoría acerca del Silphium de Cirene? —inquirió Johnny.

—Sí-respondió Doc; —he visto la planta y no cabe la menor duda de que se trata de la hierba, altamente medicinal, llamada Silphium.

Johnny dirigió una mirada de triunfo a Monk. Pero éste parecía no haber oído. Estaba ocupado en hacer muecas feroces y darse masaje a los brazos para restablecer la circulación.

—¡Aguarda a que pille a ese pájaro Da Clima! —gruñó—. Ya sabía yo que era mala persona desde el primer momento. Él tuvo la culpa de que nos cogieran. Fingió atascarse en un agujero y nos cortó la retirada.

Todos se hallaban en pie ya. Doc abrió una mochila y sacó las súper ametralladoras que les habían quitado a sus hombres. Al recibir la suya, Monk se acordó de otra cosa.

—Algunos de nuestros tambores de municiones no funcionaban-dijo —. Apostaría a que Da Clima fue el responsable de ello.

Se agruparon e iniciaron un avance. Por la conversación de sus guardianes, sabían que se hallaban en un punto sin salida de las cavernas. Para escapar, tendrían necesidad de pasar por entre Santini y su cuadrilla, ya fuera recurriendo a la cautela o a la violencia.

—Aun queda una cosa que no ha sido aclarada-dijo Monk —. ¿Qué es lo que convierte a los hombres en esqueletos en esta isla?

—Calla-contestó Doc; —eso tendrá que esperar.

—Conque tú sabes lo que es, ¿eh?

—Lo vi... hasta cierto punto-replicó Doc.

La mala suerte seguía acompañándoles, porque aparecieron

Santini y tres de sus hombres, riendo y secándose la boca, prueba evidente de que habían bebido la composición de Silphium.

Santini emitió un grito de sobresalto. Sus manos, al buscar la pistola, arrancaron la cinta encarnada de su pecho. Disparó al propio tiempo que daba un salto atrás. Su bala, soltada con demasiada precipitación, a nadie dio.

Los que se hallaban con él buscaron refugio, alzando uno de ellos una pistola ametralladora.

Los disparos de ésta obligaron a Doc y a los suyos a buscar dónde guarecerse. Se agazaparon tras salientes de roca y su situación era tan peligrosa como las más apuradas en que se habían encontrado.

—¡Maldición! —murmuró Monk—. ¿Tienes alguna de esas ampollas de gas, Doc?

—No pude encontrarlas. Santini no las colocó con el resto de nuestras armas.

Santini empezó a gritar de nuevo:

—¡Date presto! ¡Aprisa! ¡Traedme el paquete que contiene las ampollas de cristal que les quitamos a estos porcos!

—Eh, jefe. Puede uno contener el aliento hasta que el gas pierda fuerza —dijo uno de la banda—. Da Clima dice que lo hagamos.

—Las tiraremos de una en una —contestó Santini—. Así conservaremos siempre alrededor de ellos una nube de vapor. No podrán contener el aliento eternamente.

—Esa, ella es mi idea, si —interpoló la voz de Da Clima—. Da Clima tiene buena cabeza, ¿no?

El grupo de Doc se sintió presa de vivísima inquietud al oír las palabras, porque comprendieron que sus enemigos habían dado con un medio muy seguro de apresarles.

—Eso es obra de ese maldito Da Clima-exclamó Monk —. Si antes de morir se me concediese un deseo, pediría que el pájaro ese cayese en mis manos.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo —gruñó Ham.

Renny bramó:

—Doc, soy partidario de que les ataquemos. Es preferible morir dando que hacer.

—Aguardad —aconsejó Doc.

—¡Rayos! ¿Crees tú que hay otra salida?

—No. Ni siquiera perderemos el tiempo buscándola.

—Entonces…

—Limitaos a esperar. Ya veremos lo que pasa.

Durante los siguientes momentos pareció como si el porvenir no les tuviera reservado nada más que apuros. Santini y sus hombres disparaban, de vez en cuando, para impedir una carga. Sólo aguardaban la llegada de las ampollas de gas.

De pronto dijo Santini, en voz extraña.

—¿Os sentís… raros… muchachos?

Un hombre masculló una maldición. Otro gimió.

—Esa maldita planta… —empezó a decir alguien.

No acabó la frase, sino que se puso a toser. Estos sonidos fueron haciéndose más débiles hasta percibirse un golpe que bien pudiera ser el de un hombre al caerse.

Doc y su grupo aguardaron. Pat se hallaba lo bastante cerca de su primo para que éste pudiera oír su respiración regular. Allá, a lo lejos, se oyó un gruñido lastimero.

—¡Habeas! —exclamó Monk—. Me alegro que no le haya pasado nada.

—Vamos —dijo Doc.

Y salió, tranquilamente, de su escondite.

Monk intentó asir al gigante de bronce, pensando que estaba corriendo riesgos innecesarios. Pero nada ocurrió. Muy despacio, medio esperando una bala, Monk siguió el ejemplo de su jefe.

Nadie disparó contra ellos, a pesar de que se destacaban claramente en la luz que derramaban las lámparas de bolsillo de los hombres de Santini.

—¡Santo Dios! —exclamó Renny, saltando hacia adelante.

Hallaron a Santini tumbado en el suelo, exangüe, pero respirando aún. Los demás miembros de su cuadrilla se hallaban cerca, todos ellos inmóviles. Ni uno conservaba el conocimiento.

—He visto ocurrir la mar de cosas inesperadas —murmuró Monk, admirado;— pero ésta se asemeja a un acto de magia más que ninguna otra. ¿Cómo lo explicas?

—El té de Silphium que bebieron —le dijo Doc.

—¿Eh? ¿Es veneno acaso esa planta?

—Que yo sepa, no. Pero es que yo metí en los tarros más cercanos una cantidad de narcótico procedente de tu laboratorio

portátil.

—¡Les diste un narcótico!

—Indirectamente —asintió Doc,— sí.

Kel Avery emitió, de pronto, un grito penetrante. Se volvieron hacia ella, con sobresalto. La muchacha echó hacia atrás la cabeza y empezó a reír como una loca, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Temblaba y palmoteaba.

—Le ha dado un ataque de histeria ahora que ya ha pasado todo —murmuró Monk.

Y se acercó a tranquilizar a la actriz lo mejor que pudo.

—Salgamos de aquí —propuso Ham.

Echaron a andar en fila india por los tortuosos pasillos.

—Aun hemos de encontrar las piezas que le quitaron a nuestro aeroplano —les recordó Long Tom.

—Si —asintió Renny;— pero, aunque no las encontremos, podemos reparar los depósitos del hidroavión de Santini y llenarlos con la gasolina de los nuestros. Seguramente fue Dan Thunden quien agujereó esos depósitos.

Monk se paró en seco.

—¡Dan Thunden! ¿Qué ha sido de él? Le había olvidado por completo.

La contestación a la pregunta de Monk no salió de miembro alguno del grupo, sino de la piedra del propio Cayo del Miedo. El cayo entero pareció saltar violentamente.

Se oyó una explosión que les dio dolor de cabeza. Un torrente de aire, arena y piedrecitas cayó sobre ellos, derribando a Long Tom y a Johnny.

—¡Eso viene de una de las entradas! —exclamó Doc.

Echaron a correr hacia adelante, pero no habían llegado muy lejos cuando una carcajada terrible les detuvo. El sonido emanaba de uno de los pasillos de la izquierda y habló la voz del viejo Dan Thunden:

—¡Me acaban de oír cerrar una entrada y voy a cerrar las otras! Cuando vuelva a abrir este sitio, no quedará de vosotros nada más que huesos.

CAPÍTULO XXI

HORROR

ERA difícil dar con el que hablaba en aquellos pasillos que tanto eco tenían.

Doc inició una carga hacia el lugar de donde parecía salir la voz.

—Estaba atado la última vez que le vi-dijo el hombre de bronce —. Debe de haberse desatado. Es enormemente fuerte.

—Un ejemplo viviente del éxito de ese Manantial de Juventud —asintió Ham.

Dan Thunden tenía pistola, pues se oyó una detonación en la caverna.

Monk soltó un gruñido y cayó; pero volvió a levantarse, silencioso y sombrío.

—¿Estás malherido? —inquirió Doc.

—En la pierna; pero puedo andar.

Dan Thunden se aterró al ver que continuaban avanzando y huyó. Como conocía, palmo y palmo, todas las cuevas, viajaba a una velocidad que apenas les era posible conservarse lo bastante cerca de él, para seguir oyendo sus pasos.

—¿Hacia dónde se dirige? —murmuró Renny.

—Hay una pesada puerta de madera que cierra parte de la caverna —explicó Doc—. Parece dirigirse a ella.

—¿Qué hay detrás de esa puerta?

—Las cosas que fabricaron ese esqueleto que nos encontramos en la playa y que convirtieron en esqueleto a Hallet —replicó Doc.

Hallaron los huesos del desgraciado Hallet poco después. Estaban diseminados, porque alguno de los secuaces de Santini les había dado, evidentemente, algún puntapié al pasar.

Johnny estaba muy débil y le estaba ayudando Renny a andar.

Pat iba muy cerca de Doc, junto con Kel Avery, cuya histeria había desaparecido como por arte de magia al volver a haber peligro.

—Ese viejo es muy peligroso —advirtió Pat—. Si no le cortamos el paso nos sepultará aquí y nos echará lo que se oculta detrás de esa puerta.

No tardaron en ver a Dan Thunden. Había abierto la puerta de cerradura secreta y estaba franqueándola en aquel momento. Su figura se alzaba dos metros y medio del suelo.

—¡Va en zancos! —exclamó Long Tom—. ¿Qué te parece?

—Me parece que está pensando muy aprisa —contestó Doc, sombrío—. Y no nos queda mucho tiempo. Cierra esa puerta. Déjale escapar si es necesario.

Pero Dan Thunden tenía otros planes. Se volvió, haciendo frente a la luz de sus lámparas de bolsillo y se metió una mano en el bolsillo. Sacó un objeto pequeño de meta1 y lo lanzó.

¡Una granada de mano! Describió una parábola en dirección a ellos. Pero no llegó muy lejos. Doc, como de costumbre, no llevaba pistola. Lo único que tenía en la mano era una lámpara. La tiró.

Lámpara y granada chocaron en el aire, un poco más cerca de ellos que de Dan Thunden y casi en la puerta. Hubo un vívido destello de luz, una explosión y la inevitable corriente de aire.

Johnny y Renny se cayeron. Lo propio le ocurrió a Pat y a Kel Avery. El propio Doc se tambaleó. La puerta se partió y las vigas macizas hicieron enorme ruido al caer al suelo.

Dan Thunden, subido a sus altos zancos, perdió el equilibrio. Cayó, intentó apoyarse contra una pared de piedra y, al hacerlo, apoyó todo su peso en uno de los zancos. El zanco se partió.

El viejo cayó de cabeza.

Una cosa extraña le ocurrió al suelo a su alrededor. Pareció animarse de vida, ondular y apiñarse hacia donde yacía Dan.

En pocos segundos, el suelo, de aspecto oxidado, se extendió sobre la caída figura, cubriéndola y haciéndola parecer un montículo de arena rojinegra. Se oyó un ruido como si frieran tocino.

—¡Es demasiado tarde para ayudarle! —exclamó Doc—. Larguémonos de aquí.

Retrocedieron, corriendo, por donde habían venido, huyendo del horror aquel. Hasta que hubieron recorrido varias veintenas de

metros no se dieron cuenta de que la explosión había hecho caer grandes fragmentos de roca del techo.

Un poco más allá, estaba completamente cerrado el paso.

—¡Demonio! —exclamó Monk, descansando su pierna herida—. ¿Cómo vamos a llegar hasta donde está la cuadrilla de Santini?

No estaban destinados a llegar hasta ella, porque no pudieron hallar hueco alguno lo bastante grande para pasar por él. Y, detrás de ellos, aumentó el sonido que se parecía al de un huevo al caer en una sartén de aceite hirviendo.

Abandonaron sus esfuerzos por llegar a Santini; hallaron una salida y volvieron a la luz del sol.

Johnny fue el último en salir de la caverna. Se sentó al borde del agujero por el que habían salido los otros, escuchando el rumor que subía del subterráneo.

—¿Qué fue eso que vimos? —inquirió Kel Avery.

—¿Se refiere a lo que se apoderó de su bisabuelo?

—Sí.

—Carnivorus jormicoidea —le dijo Johnny.

Monk le dirigió una mirada torva y dijo, de muy mala manera.

—No estoy de muy buen humor. Usa términos sencillos por una vez, ¿quieres?

—Hormigas —respondió Johnny;— hormigas carnívoras. ¿No es eso, Doc?

El hombre de bronce afirmó con la cabeza.

—Usaban un extremo de las cavernas para colonia suya. Por eso la aislaba Dan Thunden por medio de esa puerta, con toda seguridad.

Monk exhaló un suspiro.

—¡Conque era tan sencillo! ¡Y yo que había empezado a creer en la existencia de una nueva amenaza para la Humanidad…!

Las voraces hormigas, que ascendían a millones, no eran una amenaza que pudiera despreciarse, como descubrieron durante los días siguientes.

Era necesario estar siempre en guardia contra ellas, porque viajaban en ejército y, al morder, introducían en el cuerpo un veneno que, tratándose de muchas hormigas a la vez, paralizaba a la víctima.

¡Ay del hombre a quien los insectos aquellos pillaran dormido!

Doc explicó, repetidas veces, que las hormigas aquellas no eran de una especie nueva para la ciencia.

Su estancia en la isla obedecía al deseo de extraer a Santini y a sus hombres.

Pero, cuando lo intentaron, no hallaron más que huesos. Había habido en la roca ranuras bastante grandes para que penetraran las hormigas.

El Silphium almacenado estaba intacto y Doc, buscando, halló plantas en pleno crecimiento en el cayo. Estas fueron arrancadas cuidadosamente y preparadas para transportarlas a Norteamérica.

Monk probó el efecto de un poco de té de Silphium sobre la herida de su pierna y el resultado fue asombroso. El orificio empezó a curarse casi inmediatamente.

—¡Muchachos! ¡Hemos encontrado algo! —exclamó—. ¡Hemos dado con el Manantial de Juventud!

Doc no le desilusionó en aquel momento. El hombre de bronce sospechaba que la longevidad de Thunden se debía a su perfecta salud más bien que al hecho de haber bebido té de Silphium.

A eso y, naturalmente, a que estando aislado Dan Thunden en el cayo, se había visto alejado de las diversiones y vida disipada de la civilización —cosas que hubieran podido minar su salud.

Resultó cierto que el Silphium no pasaba de ser una planta medicinal de gran valor, porque era un antiséptico y un tónico maravilloso y evitaba el contagio y la enfermedad.

Pero eso no lo supieron hasta muchos meses después, cuando cierto número de científicos y médicos hubieron hecho cuidadosos experimentos.

Entretanto, habían de ocurrir cosas que les hicieron olvidar por completo el Silphium o el Manantial de Juventud, como se acostumbraron a llamarlo.

También quedaron relegados al olvido los apuros pasados por culpa de Santini y de su cuadrilla.

Nuevas aventuras aguardaban a Doc Savage y sus cinco amigos. Pronto se verían envueltos en las redes de un extraño caso, cuya solución les obligaría a hacer uso de sus múltiples recursos, pero nada sospechaban cuando se hallaban preparando el avión para abandonar Cayo del Miedo.

Habían encontrado las piezas arrebatadas a los motores.

—Acaba de ocurrírseme una cosa que no ha sido aclarada aún —exclamó Monk, cuando empezaban a cargar.

—¿Qué? —inquirió Doc.

—El paquete de Silphium que Kel Avery envió por correo aéreo desde Florida.

—Está en Nueva York —le contestó Doc—. ¿Recuerdas cuando hablé con las autoridades postales?

—Sí; pero nadie te oyó… más que las autoridades.

—Les dije que abrieran el paquete, sacaran su contenido y metieran en su lugar algo que se pareciese mucho. Así lo hicieron.

Pat miró al hombre de bronce y preguntó:

—¿Te olvidas de alguna cosa alguna vez?

FIN

Título original: *Fear Cay*